

# EL MISTERIO ENTRE CERVANTES Y SHAKESPEARE



MARGOTTE  
CHANNING

**EL MISTERIO ENTRE CERVANTES Y  
SHAKESPEARE**



[WWW.MARGOTTECHANNING.COM](http://WWW.MARGOTTECHANNING.COM)

Esta historia está dedicada con todo mi cariño a los que disfrutáis con las aventuras de Germán.

## Agradecimientos:

A los lectores 0 que se han leído esta historia: muchas gracias por ayudarme y por la rapidez con la que me habéis dado vuestra opinión.

Quiero nombrar especialmente a Josu Larrauri por el trabajo realizado en el manuscrito, y a Susana Colomer que me ha ayudado a evitar un error grave en cierta técnica musical que, de haberlo cometido, hubiera imposibilitado que Germán realizara su demostración más espectacular casi al final del libro.

Gracias a los dos por vuestro entusiasmo y vuestra amabilidad.

Un beso a todos,

Margotte Channing

“La imaginación es más importante que el conocimiento. El conocimiento es limitado, en cambio, la imaginación lo abarca todo”

Albert Einstein

“Lo importante es saber lo que debe ser observado”

Edgar Allan Poe

## **ÍNDICE**

[UNO](#)

[DOS](#)

[TRES](#)

[CUATRO](#)

[CINCO](#)

[SEIS](#)

[SIETE](#)

[OCHO](#)

[NUEVE](#)

[DIEZ](#)

[ONCE](#)

[DOCE](#)

[TRECE](#)

[CATORCE](#)

[QUINCE](#)

[DIECISÉIS](#)

[EPÍLOGO](#)

## UNO

**Londres, 23 de marzo de 1613**

**Estimado señor:**

**Escribo estas líneas apresuradamente porque faltan pocos minutos para que tenga que salir al escenario, y apesadumbrado por no haberlo hecho antes. Os pido disculpas por ello ya que os aseguré que lo haría cuando leyera vuestra novela, la que tan generosamente me regalasteis cuando nos presentó mi buen amigo James Dalton hace ya ocho años en Valladolid.**

**Aunque el tiempo apremia permitidme explicaros que, a pesar de que mi intención era leerla en cuanto llegara a Londres, no pude hacerlo hasta hace pocos meses cuando fue traducida a mi idioma por Sir Thomas Shelton. Entonces me di cuenta de que “La Primera Parte del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha” era la novela más grande jamás escrita.**

**Fue tal el entusiasmo que me produjo su lectura, que tomé prestado uno de los personajes con que dotasteis tan magna obra, Cardenio, y lo convertí en el protagonista de mi última comedia de teatro que titulé “La historia de Cardenio”, con el único fin de mostrar al mundo el más profundo respeto y admiración por vos.**

**Por estos motivos, me ha causado una gran consternación enterarme esta misma noche de que habéis estado en varias ocasiones en la cárcel de deudores. Por causas ajenas a vos, estoy seguro. Os confieso que estoy tristemente sorprendido por el hecho de que un autor de**

**vuestra categoría se haya tenido que ver en tan penosas circunstancias y, por eso, me siento enormemente honrado de poder ofreceros la comedia que os acabo de mencionar para que hagáis lo que deseáis con ella, a la vez que me place informaros de que ha sido estrenada este año en el Teatro Globe de Londres con gran éxito, por lo que estimo que podéis hacer lo mismo en Madrid si ese es vuestro deseo, o venderla si así lo preferís.**

**Espero que no os sintáis ofendido ya que mi ofrecimiento está hecho con todo el respeto que se merece el creador de “El Quijote”, es mi mayor deseo que podamos volver a vernos y charlar sobre nuestro oficio, siempre que tengamos algún buen amigo como Dalton que pueda traducir lo que el otro dice, porque lamento confesar que sigo sin aprender vuestra lengua.**

**Junto con esta misiva os envío el manuscrito original de “La Historia de Cardenio” escrita y firmada por mí. James Dalton a quien ya conocéis y que me ha informado de vuestro infortunio, es quien os lo entregará en España, por lo que espero que todo resulte como es debido.**

**Me despido de vos, esperando no haberos incomodado, puesto que mi único interés en este asunto ha sido actuar como debe hacerlo un verdadero amigo,**

**William Shakespeare  
Londres, Inglaterra.**

**PS- Sirva esta carta como el más firme título de propiedad de la obra “La Historia de Cardenio”, cuyo dueño es desde ahora D. Miguel**

**de Cervantes Saavedra. Así lo firmamos yo, William Shakespeare, el autor, y como testigo mi buen amigo James Dalton, en Londres, Inglaterra el 23 de marzo de 1.613**

Cercedilla, Madrid. En la actualidad

—Me estoy abrasando, yo no aguanto más — se incorporó hasta sentarse en la tumbona y la miró por encima de las gafas de sol, pero ella parecía encantada — voy a preparar algo de comer ¿tienes hambre? — Germán sonrió al ver cómo reaccionaba al mencionar la comida, Isabel levantó sus gafas oscuras para mirarlo directamente con los ojos color miel entrecerrados y una sonrisa burlona,

—¿Qué tipo de pregunta es esa? — él rio y se levantó estirándose, luego, cogió su toalla y levantó la cara de ella para darle un beso en los labios.

—Estás resbaladiza por la crema — Isabel le dio un mordisco juguetón en la barbilla y se incorporó.

—Tienes razón, hace demasiado calor.

La casa estaba vergonzosamente helada. Era debido a que estaba gobernada por la domótica y su temperatura era recalibrada cada hora, dependiendo de la del exterior. Germán se fue al dormitorio y se puso una camiseta encima del bañador y cuando volvió Isabel ya no estaba, pero escuchó el ruido de la ducha que había junto a la cocina. Mientras sacaba lo necesario para hacer una ensalada, miró a su alrededor aún sorprendido por el lujo que los rodeaba.

La casa era de Genio, que se la había ofrecido en varias ocasiones, pero Germán no había aceptado nunca hasta este verano. El impresionante chalet estaba situado en una urbanización de lujo en la sierra de Madrid, y su amigo solo lo usaba para pasar parte de sus vacaciones o algunos fines de semana.

Germán lo había aceptado en un intento de despistar a los periodistas que lo seguían a todos lados desde el último caso, la idea era que disfrutarían dos semanas solos en un sitio tranquilo. Ya llevaban allí diez días, Genio y Dominó volverían de Canadá en tres días y pasarían todos juntos cuatro o cinco más. Después, esperaba que todo se hubiera tranquilizado, y poder disfrutar del resto de las vacaciones en su piso de Madrid sin tener a ningún periodista en la puerta.

Miró el móvil, que había dejado en silencio como todos los días y vio cinco whatsapp de Amaro. En cuanto leyó el primer mensaje dejó la ensalada a medias, dio un trago a la cerveza que había abierto y lo llamó,

—Hola jefe, ¿cómo estás?

—Bien jodido, no veas la que se ha liado. Y esto empeora por momentos — el policía suspiró sentándose en uno de los taburetes que había junto a la cristalera por la que se salía al jardín, intuyendo que se le habían acabado las vacaciones.

—¿Qué ha pasado? llevamos solo 10 días aquí... — pero su jefe no pudo esperar a que terminara la frase y lo interrumpió,

—¡Escucha!, esto es muy serio. Déjame que te lo cuente y si quieres seguir de vacaciones cuando termine... ¡tú mismo, haz lo que quieras!, pero el ministro me ha pedido que te llame.

—Está bien, tranquilízate y dime qué pasa — le escuchó resoplar, pero su voz sonó más calmada.

—Hace un par de horas ha aparecido asesinado uno de los frailes del

Monasterio del Escorial en el coro de la basílica. Lo han degollado encima del teclado del órgano — Germán dejó la cerveza encima de la mesa y lo escuchó asombrado — te puedes imaginar cómo están todos. Incluso han llamado de la Casa Real al ministro Argüelles preguntando quién se iba a encargar del caso, y en algún momento de la conversación ha salido tu nombre — volvió a resoplar — ahora dime si vienes o no...

—¡Joder!

—Lo que me imaginaba. Gilda me ha informado de todo — Gilda era la mujer del director del CNI, Enrique Llorente, y además la mano derecha del ministro del Interior Agustín Argüelles, lo que provocaba algún que otro conflicto que ella solía resolver bastante bien. Germán también había averiguado que había sido espía.

—Ya — después de un último carraspeo, Amaro le preguntó

—Esa es la situación. ¿Qué quieres que les diga? — Germán respiró hondo y notó un movimiento por el rabillo del ojo. Isabel ya se había duchado, se había puesto unos pantalones cortos y una camiseta y estaba apoyada en la jamba de la puerta con los brazos cruzados, escuchando la conversación.

—Diles que — pensó un par de segundos mientras la observaba — a las siete podemos estar allí — luego se despidió y se acercó a ella, colocó las manos en su cintura y la miró fijamente.

—Está usted muy apetecible, señorita Martín — sabía que estaría decepcionada, porque habían cogido esas vacaciones agotados y deseando huir de todo.

—¿Tenemos que irnos de verdad? ¿no se puede ocupar otro? — él acarició uno de sus mechones húmedos,

—Lo siento, pero parece serio — lo miró fijamente y le dio un beso en la mejilla, luego intentó sonreír porque sabía que él se sentía culpable por ella

y bromeó, aunque no tenía ganas

—Está bien, pero ¿podemos comer antes? — él volvió a ponerse con la ensalada mientras que ella sacaba el resto de comida de la nevera.

Pocas horas después, Germán conducía con Amaro sentado a su lado e Isabel en el asiento trasero. Después de unos kilómetros, no tuvo más remedio que decirle algo a su jefe

—Amaro, por favor, deja de pisar el freno imaginario cuando vamos a coger una curva, porque me estás poniendo nervioso — él se disculpó por tercera vez,

—Lo siento, le he dicho que estabais de vacaciones, pero ha insistido tanto que al final no he podido negarme — Germán se encontró con la mirada de Isabel en el espejo retrovisor que la desvió hacia la ventanilla. Él hizo una mueca al verlo, pero contestó calmado a su jefe.

—Lo entendemos, tranquilo.

Entraron en el señorial pueblo del Escorial y un par de minutos después, estaban ante la fachada norte del monumento, donde se encontraba la puerta por la que accedían los visitantes. Cuando bajaron del coche, los tres permanecieron unos instantes observando la grandiosa construcción.

—Cada vez que vengo, me impresiona — la voz de Isabel parecía algo más ronca de lo habitual y Germán la miró extrañado.

Cuando comenzaron a atravesar la explanada de piedra para dirigirse hacia la entrada, escucharon la conversación de un padre con su hijo que debía tener unos diez años,

—¡Mira Enrique!, ¿ves la torre de enfrente y las dos que tiene a los lados? — el niño se quedó mirándolas, callado — pues fíjate bien, porque ¡en cada una de ellas hay un ladrillo de oro! El Rey Felipe II, quería que el resto de los países europeos supieran que España no se había quedado sin dinero

por construir el Monasterio — Enrique entrecerró los ojos afinando la vista, hasta que dijo, admirado,

—¡Halaaaa!, es verdad! ¿y no los pueden robar, papá? — el padre volvió a cogerle de la mano mientras reía con ganas, y Germán observó cómo se alejaban,

—A todos nos han contado lo mismo alguna vez, mi padre cuando me trajo de visita la primera vez me dijo lo mismo — entonces se acercó a ellos un fraile joven, con la típica túnica negra con capucha de los Agustinos, los miró muy nervioso, y les preguntó:

—¿Son ustedes los policías de Madrid? — ellos asintieron — soy el hermano Damián, están esperándolos. Vengan conmigo, por favor — tragó saliva sorprendido mirando a Isabel, entonces Germán fue consciente, por primera vez, de que seguramente tendrían que entrar en lugares donde nunca lo había hecho ninguna mujer — Estamos intentando que no se enteren los visitantes, por eso el prior ha ordenado cerrar la basílica al menos mientras terminan de limpiar. Están esperándolos en el convento — siguieron al religioso que andaba bastante deprisa hasta una puerta moderna de madera oscura, sobre la que había un cartel de tamaño folio forrado de plástico que decía “Privado, no pasar”. Isabel y él se miraron y entraron siguiendo al joven fraile y a Amaro.

El convento por dentro parecía una casa antigua que estuviera pidiendo a gritos una reforma. Recorrieron un pasillo ancho y largo con numerosas puertas cerradas a ambos lados, y pasaron junto a una gran cocina donde trabajaban un par de cocineros y dos chicos muy jóvenes sin hábito, que parecían asustados. Su guía siguió hasta el final del pasillo y llamó con los nudillos a la penúltima puerta de la parte izquierda y sin esperar, asomó la cabeza y Germán le escuchó decir:

—Ya están aquí, señor — se oyó un murmullo como contestación y el

hermano se apartó para dejarlos pasar y cerró la puerta a su espalda.

Dentro de la habitación cuadrada y pequeña los esperaban el ministro y un desconocido. Argüelles los recibió con cara de alivio, sobre todo cuando vio a Germán.

—Buenas tardes, os agradezco enormemente que hayáis venido. Sé que hemos interrumpido vuestras vacaciones, pero las circunstancias son excepcionales — entonces se giró hacia el otro hombre que esperaba paciente — este caballero es Peter Wentworth, el hermano de Gilda — Isabel, sorprendida, echó una rápida mirada a Germán, pero el policía estaba mirando fijamente al británico — Peter, estos son: Amaro, Germán e Isabel, los tres son parte de un grupo de investigación especial de la policía, como ya te he comentado.

Amaro se adelantó para estrecharle la mano y junto a su cuerpo de jota, bajito, con barriga cervecera, casi enteramente calvo y con gafas, no podía existir un ser más diferente que el hombre que tenía delante. El desconocido tenía el pelo entre rubio y pelirrojo muy bien cortado, bigote y ojos verdes y aunque vestía unos vaqueros y un polo, poseía una elegancia natural, casi felina. Germán lo saludó después y pudo mirarlo a los ojos ya que eran de la misma estatura, metro ochenta y cinco. Entonces fue Isabel la que pudo observar el contraste entre el colorido del extraño y el pelo moreno y los ojos azules de su novio y también que, aunque tenían la misma estatura, la figura de Germán era algo más musculosa. Se estrecharon las manos y el poli solo dijo,

—Germán Cortés — una lucecita interesada apareció en la mirada del pelirrojo, que contestó,

—Peter Wentworth — luego tomó la mano de Isabel y se la llevó a los labios inclinándose para besarla, y Germán ladeó la cabeza con una sonrisa lobuna observando la escena divertido — y usted solo puede ser Isabel, una

dama tan bella como inteligente, según tengo entendido.

—Gracias — ella sonrió y Germán levantó una ceja mirándola con sorna. Se podía apreciar un suave acento en el inglés, no era exagerado, pero su español no era tan bueno como el de su hermana. El ministro decidió que ya habían perdido bastante tiempo,

—Por favor, sentémonos — señaló con una mano invitadora la mesa que había a su derecha. Germán hizo un gesto a Amaro que asintió, autorizándolo a que se encargara de la conversación y el ministro comenzó a hablar sin darse cuenta,

—Me imagino que Amaro ya os ha contado lo que ha pasado.

—Lo único que sabemos es que ha aparecido muerto un fraile en la iglesia.

—Sí, en el coro de la basílica, le han cortado la carótida. Se llamaba Félix Hernández — Germán esperó a que les contara el resto — como sabréis por las noticias, hace una semana asesinaron a un compatriota de 27 años en los servicios de caballeros de la Biblioteca Británica, en Londres — Germán e Isabel afirmaron con la cabeza — se llamaba Alejandro García de Haro, y los de Scotland Yard hasta ahora no han encontrado ninguna pista. Han comprobado las grabaciones y no hay nada, por supuesto se ve a la víctima pasearse por varias estancias hasta llegar a la que le interesa, pero no se ve nada extraño — suspiró — ni siquiera han visto que hablara con nadie — movió la cabeza, incrédulo — de lo que están seguros es de que iba a consultar un documento en concreto, al parecer llega hasta él ayudado con un plano de la biblioteca que consulta continuamente. En ningún momento interactúa con nadie.

—Perdone que le interrumpa ministro ¿sabe qué documento es el que quería ver? — el ministro pareció sorprendido.

—No tengo esa información ¿tiene alguna importancia?

—Puede tenerla — el ministro asintió y miró a Peter que también lo hizo.

—Por supuesto, Peter nos servirá, en este caso, como enlace con Scotland Yard y conseguirá todo lo que necesitéis. Como iba diciendo, Alejandro, después de unos minutos observando un documento, se dirigió al baño y ya no volvió a salir.

—¿No hay cámaras en el baño? — a esta pregunta respondió Peter

—No, allí está prohibido por ley poner cámaras en los servicios para preservar la intimidad de los ciudadanos.

—Entiendo, y ahora la pregunta que nos hacemos todos... ¿qué tiene que ver ese asesinato con este? — Germán miró al inglés que parecía extrañamente divertido, pero que se puso serio al ver que lo observaba.

—Cuando se comunicó a la prensa el asesinato de Alejandro, el gobierno británico y el español estuvimos de acuerdo en no compartir cierta información — Germán sintió que le recorría un escalofrío intuyendo lo que Argüelles iba a decir, pero esperaba estar equivocado — Alejandro también era un fraile agustino y vivía en el Monasterio al igual que Félix Hernández, al que han asesinado hoy. También le rajaron la garganta, aunque solo se hizo público que había muerto por heridas producidas por un arma blanca — Germán conocía la fuerza y la decisión que tenía que usar un hombre para degollar a otro.

—¿A qué había ido Alejandro a Londres?

—A un congreso internacional, junto con varios compañeros de la orden, aunque no todos procedían de este Monasterio. Tengo entendido que acudieron desde diferentes puntos de España.

—¿Un congreso sobre religión? — el ministro negó con la cabeza

—No, sobre algo relacionado con Cervantes. Todos los que fueron están cursando una carrera en la universidad, pero no conozco los detalles a

fondo. Por supuesto, el prior se ha puesto a nuestra disposición, los frailes son los primeros interesados en que este asunto tan desagradable se solucione lo antes posible.

—De acuerdo ¿y sabemos qué línea de investigación sigue Scotland Yard? — miró a Peter que contestó con una ligera sonrisa que estaba empezando a cabrear a Germán.

—Están casi convencidos de que lo asesinaron para robarle, porque faltan algunas cosas de valor, entre ellas el teléfono — Germán lo miró incrédulo.

—¿Lo dice en serio? — el ministro y Peter asintieron — ¿o sea que en Scotland Yard creen que alguien lo siguió para robarle el móvil, y que de paso decidió asesinarle rajándole el cuello? — chasqueó la lengua e hizo una mueca — parece un poco desproporcionado. No estaban en un callejón de mala muerte, sino en la Biblioteca Británica — lo que más le cabreaba en el mundo era que intentaran tomarle el pelo, entonces notó la rodilla de Isabel que presionaba suavemente la suya y se calmó. Aunque si veía que el tal Peter volvía a mirarlos como si fuera un ser superior...no respondía de sí mismo, respiró hondo y continuó hablando,

—¿Algo más que debemos saber? — el ministro asintió

—En los dos casos los atacaron por la espalda y ninguno de ellos se defendió — los miró un instante — no he visto el cuerpo, pero por lo que me ha dicho el forense el espectáculo era terrible, porque han muerto desangrados.

—Sí, lo imaginamos — a pesar de que Germán contestó tranquilo, estaban todos sobrecogidos porque ya habían visto personas degolladas antes, y no es algo a lo que nadie se acostumbre. El ministro asintió y continuó hablando más deprisa, como si quisiera terminar lo antes posible para poder marcharse.

—Hay una diferencia importante entre los dos asesinatos. En los baños de Londres apareció un chubasquero lleno de sangre que el asesino se había puesto seguramente para no mancharse, y aquí no — hizo una mueca antes de continuar — intento darte toda la información posible antes de que subas a ver la escena — seguía dirigiéndose a Germán, lo que no extrañó a sus compañeros, porque era conocida por todos, la admiración que sentía el ministro por su capacidad. Después, miró a Peter y terminó — Scotland Yard nos ha asegurado cooperación total, de hecho, mañana a primera hora tendréis toda la información en el correo — Peter lo confirmó con un murmullo.

—Gracias — Germán agradecía el esfuerzo del ministro al que nunca hubiera imaginado explicando los detalles de un crimen — es la primera vez que oigo algo así, un asesino que actúa en Londres y a la semana en Madrid — miró fijamente unos segundos al inglés que permanecía callado observándolos. Era algo irracional, pero desconfiaba de él, estaba seguro de que sabía algo que no les había contado.

Peter se dio cuenta de que todo lo que había oído sobre Germán era cierto, y empezó a sentir respeto por el español y también miedo, porque era posible que, todo lo que había planeado tan cuidadosamente se desmoronara. Pero se animó pensando que llevaba ventaja ya que los españoles estaban totalmente perdidos, se había asegurado de ello al acudir a esa reunión. Ahora debía marcharse y pensar cómo seguir despistándolos hasta conseguir lo que quería,

—Perdón, pero tengo una cita en Madrid — miró el reloj y se levantó — como ha dicho el ministro Argüelles ya os deben de haber enviado todo el material referente al caso — sacó una tarjeta de su cartera que le entregó a Germán — si necesitáis cualquier cosa más, podéis localizarme en este teléfono — se fue después de estrechar las manos de todos y Germán siguió

hablando con el ministro,

—¿Se han llevado el cadáver?

—Sí, hace un par de horas y los de la científica están acabando — también se levantó — creo que eso es todo ¿vamos?, os acompaño hasta la salida — lo siguieron al pasillo donde los esperaba el mismo fraile que los había guiado antes, y al que siguieron hasta la puerta del convento. Allí esperaban dos escoltas, que acompañaron al ministro en dirección al Patio de los Reyes, y los tres policías continuaron en dirección contraria, estupefactos por lo que acababan de escuchar.

## DOS

Real Monasterio del Escorial, 14 de diciembre de 1.767

El Infante Gabriel, hijo del Rey Carlos III, caminaba con rapidez porque intentaba contrarrestar el frío que hacía el Monasterio, y porque su preceptor estaría en la biblioteca en media hora, después del Ángelus, y él aún no había terminado la traducción griega que le había ordenado realizar el día anterior.

Entró en la Real Biblioteca pasando junto a los astrolabios, los globos terráneos articulados y las mesas de mármol y bronce, y estornudó tres veces antes de llegar a la estantería de los griegos. Después de sonarse, buscó el diccionario que su tutor le había recomendado, y se mordió el labio preocupado al ver que estaba en el último estante y que le era imposible llegar hasta él. Decidido, acercó una silla de terciopelo rojo a la estantería y se descalzó para subirse encima, e incluso desde allí arriba tuvo que ponerse de puntillas para llegar hasta el libro. Cuando lo cogió en sus manos volvió a estornudar por el polvo que había sobre la cubierta, lo que le hizo perder el equilibrio y tener que apoyarse en la estantería, y eso provocó que todos los libros del estante cayeran al suelo. Bajó de un salto, preocupado, con el enorme diccionario pegado al pecho y, dejándolo en una mesa cercana, se acercó a recoger los libros caídos, sorprendiéndose al ver que de uno de ellos había escapado una hoja de papel doblada en cuatro. Al desplegarla le molestó que no estuviera escrita en alemán, francés, español o italiano, idiomas que dominaba, pero cuando leyó la firma se quedó paralizado. Al escuchar el ruido de la puerta de la biblioteca reaccionó, se guardó el documento bajo la camisa y recogió los libros a toda prisa, mientras sentía

que el corazón le palpitaba con fuerza intuyendo la importancia del documento que acababa de encontrar.

En la actualidad...

La puerta de la basílica estaba custodiada por dos agentes de policía que los dejaron pasar después de identificarse. Dentro había varios más que los miraron con curiosidad, pero ninguno se les acercó hasta llegar a la escalera del coro, donde los esperaba un compañero de Villalba que los había oído llegar.

—¡Germán!, no sabía que vendrías por aquí — él contestó con una mueca irónica a su sonrisa.

—Ni yo, porque estaba de vacaciones hasta hace unas horas.

—¿Te lo han dado a ti? — Germán sabía que Adrián era muy cotilla y siempre procuraba no darle demasiada información.

—Es posible. No sé si conoces a Isabel y a Amaro, mi compañera y mi jefe, este es Adrián, es inspector en Villalba — lo miró para confirmar — sigues en Villalba, ¿no? — él asintió mientras estrechaba la mano de Isabel. Germán, mientras, explicó cómo se conocían — hemos coincidido en varios cursos — Adrián continuó hablando sin parar, mientras acompañaba a Germán que caminaba observando la escena del crimen y asintiendo distraído,

—Nos han llamado los primeros, ha sido por proximidad eso está claro, aunque también nos han avisado que se lo encargarían a algún grupo especial — Germán se aguantó las ganas de pedirle que se callara — ¡Chico! No había visto nunca tanto interés en un asesinato, hasta ha venido un comisario de Ávila y otro de Segovia ofreciéndose a cooperar ¡no veas que jaula de grillos! — Amaro se sentó en uno de los bancos sabiendo que lo único que

haría si se quedaba en el medio, era estorbar

—Cuéntame lo que sepas hasta ahora, por favor.

—Claro, venid — se acercaron al órgano que estaba rodeado por la típica cinta amarilla de la policía. Había dos de la científica con los típicos buzos blancos, uno de ellos recogía algo del suelo que metía en bolsas de pruebas y el otro sacaba las huellas del instrumento, que tenía grandes manchas de sangre seca en los dos teclados.

—¿La sangre es de la víctima?

—Parece que sí, aunque todavía tienen que analizarla, claro — hizo una mueca de asco — al menos ya han limpiado la del suelo porque no veas cómo estaba esto. El forense dijo que se debió desangrar en menos de un minuto, según sus palabras el asesino tiene experiencia. El corte está hecho sin titubear y por alguien con mucha sangre fría — esa información cuadraba con el hecho de que hubiera sido capaz de matar a dos hombres jóvenes, en sitios tan públicos.

—Tiene que haber algo más, no tiene ni pies ni cabeza que no se resistan — miró alrededor — pero no parece que haya habido forcejeo, ¿te ha llamado a ti algo la atención cuando has llegado?

—¡Qué va! Estaba todo como ahora. Y todavía no has visto al chico, parece muy fuerte. Aunque hay una explicación — miró a Germán, expectante.

—Que los drogaran. Sí, ya lo he pensado.

—Pero eso ya te lo confirmará el forense. Tengo tu correo guardado, si te parece, cuando llegue a la comisaría te paso las fotos que he hecho. A pesar de que los de la científica te darán las suyas, nunca está de más tener otra perspectiva de las cosas.

—Sí, nosotros también solemos hacerlas — Adrián asintió al ver que Isabel estaba fotografiando todo con su móvil.

—¿Cómo estaba el cuerpo?

—Sentado y con parte del torso y la cabeza derrumbada sobre el teclado, y por las salpicaduras de la sangre es por lo que el forense ha confirmado que no hay duda de que lo atacaron por detrás. El cadáver ha sido descubierto enseguida, porque — señaló el órgano — el tal Félix estaba tocándolo y de repente, los frailes han escuchado una cacofonía de notas sin ton ni son, producidas por la presión de la cabeza del muerto sobre el teclado.

—¿Quién lo ha encontrado?

—Otro fraile — miró su móvil antes de decir el nombre — un tal Francisco, le han tenido que dar un tranquilizante porque estaba bastante histérico. No he conseguido sacarle ni una palabra — movió la cabeza sonriendo irónicamente — por cierto, que el prior, el que manda en este sitio, está que trina, dice que hay que limpiar enseguida el instrumento porque es muy valioso...y bla, bla, bla — hizo un gesto con la mano como si fuera una boca que estuviera hablando — ya te imaginas. Lleva rondando por aquí y dando la tabarra todo el día — miró alrededor — y me alegro de que a partir de ahora tengas que tratar tú con él.

—¿Dónde está el fraile que lo encontró?

—Creo que, en su habitación, descansando — miró hacia la escalera porque se escuchaba el crujido de los escalones de madera, que indicaban que alguien subía y sonrió traviesamente susurrando — ahí viene el prior — y en voz más alta — ¡bueno!, pues me voy, si necesitas algo, tienes mi número — se despidió e inclinó la cabeza cuando se cruzó con el religioso que venía hacia Germán con el ceño fruncido. Era un hombre de unos 70 años, 1,60 de estatura, pelo totalmente blanco, con gafas, que vestía el hábito de los agustinos, al igual que el resto de los frailes del Monasterio: una túnica, larga hasta los tobillos, y negra al igual que el cinturón de cuero con el que se ajusta, y con una capucha en forma de pico que llega a la cintura.

—¿El inspector Cortés? — Germán asintió — tengo que hablar con usted, espero que por fin nos dejen limpiar este lugar, y que luego me acompañe a mi despacho para que me explique cómo va a llevar la investigación — Germán tuvo la sensación de que, a pesar del visible enfado, también estaba asustado.

—Por supuesto, ¿cómo debo dirigirme a usted?

—Puede llamarme padre Benito.

—Está bien padre, deme un momento para que mis compañeros me digan cuanto tiempo les queda, y si quiere luego nos pondremos en contacto con una empresa especializada en este tipo de limpiezas...

—¡No, no llamen a nadie! — los que estaban alrededor se quedaron mirándolos, sorprendidos por el grito del prior — perdone, pero esto ha sido demasiado para todos nosotros — juntó las manos como si fuera a rezar en un claro intento por tranquilizarse, y continuó hablando con un tono de voz mucho más bajo — este órgano es del siglo XVII, tenemos un conservador en el Monasterio y está esperando para ponerse con él, en cuanto sus hombres hayan acabado.

—De acuerdo, espere un momento — mientras se dirigía a los de la científica, echó una mirada a Isabel que se acercó al prior para hablar con él e intentar tranquilizarlo. Amaro, que estaba mirando los correos, guardó el móvil e hizo lo mismo.

—Chicos, ¿os queda mucho? — el más mayor, que se estaba quitando los guantes y que ya había guardado las herramientas y las bolsas de pruebas en un gran maletín negro, negó con la cabeza.

—Ya está. Hemos tardado más porque hemos sacado huellas de todo, incluso de los bancos — señaló los que estaban a menos de dos metros de ellos, y donde debían de sentarse los componentes del coro — había miles de ellas y seguro que ninguna es del asesino — se encogió de hombros — pero

es el procedimiento.

—Ya, ¿y en el órgano habéis encontrado algo?

—Nada viable, ese hombre es un fantasma — ladeó la cabeza mirando a Germán y luego le preguntó — oye, ¿no serás Germán Cortés? he oído que te llamaban Germán tus compañeros y como tampoco es un nombre tan común... — él sonrió porque seguía sin acostumbrarse a que la gente lo reconociera, y entonces la actitud del otro cambió radicalmente — ¡Hombre, encantado de conocerte! — le estrechó la mano — ¡verás cuando lo cuente en casa! — le dio las gracias, pero antes de que pudieran seguir hablando, Isabel lo salvó, como siempre.

—¡Germán! ¿puedes venir un momento? — se disculpó y se acercó a ella dándole las gracias con la mirada. Cuando se acercó a comunicar al prior que ya podían limpiar la zona, Amaro estaba comentando con él algo sobre los frescos del techo,

—Padre, ya han terminado — el religioso parecía bastante más tranquilo

—Voy a avisar al hermano que ya puede venir — se dio la vuelta para marcharse y Germán lo siguió, pero antes susurró a Isabel

—Vamos — ambos se quedaron mirando a Amaro que contestó,

—Id vosotros, tengo que hacer un par de llamadas — eso significaba que prefería que nadie ajeno le escuchara hablar, y Germán le dio las llaves del coche para que pudiera hacerlo con tranquilidad.

Siguieron al prior que, a pesar de su edad, andaba bastante deprisa y lo alcanzaron cuando ya salía de la basílica — ¡padre! ¡padre Benito! — el religioso se detuvo y los miró extrañado, esperando a que lo alcanzaran — ¿recuerda que tenemos que hablar?

—Sí, es verdad, acompáñenme — entraron en el convento y el prior no se detuvo hasta la cocina, donde habló con uno de los chicos que antes había

visto Germán y que estaba pelando patatas.

—Lorenzo, ve a buscar al hermano Bernardo Huete y dile que ya puede limpiar el órgano, que le acompañen los hermanos que necesite, pero que hay que dejarlo limpio hoy — cuando se marchaba, recordó algo — ¡ah! y que se lleven algunas lámparas del almacén para estar seguros de que no queda ninguna mancha, ni en el órgano ni en el suelo. Diles que quedan dispensados de los servicios y de las comidas comunitarias, hasta que terminen.

—Sí padre, voy ahora mismo — dejó el delantal doblado junto a las patatas que le quedaban por pelar y salió corriendo — el religioso lo regañó al verlo.

—No corras hijo, no es necesario.

—Sí, padre — el prior observó cómo el adolescente desaparecía por el pasillo y les dijo — se pondrá a correr en cuanto no lo vea, es muy inquieto. Síganme por favor — pasaron junto a la habitación donde habían estado antes, y entraron por la última puerta del pasillo.

Era un despacho sencillo, con un escritorio liso de madera clara con tres sillas y un cristo pequeño colgado en la pared, frente a ellos.

—Este rincón es perfecto para descansar de tanta obra de arte y tanto barroco — les indicó que se sentaran frente a él, mientras que él suspiró al dejarse caer en su silla, como estuviera agotado — no es que me queje, creo que una bendición vivir en este monumento a Dios, pero en ningún sitio me siento más cerca de él, que aquí — señaló la habitación con una mano y después miró a Germán fijamente — ¿es usted religioso?

—No demasiado, aunque fui a un colegio de curas terminé cansado de tanta misa, y lo digo sin ánimo de ofender.

—Lo entiendo. Muchas veces, la culpa de que algunos cristianos se alejen de la religión es nuestra. Hace tiempo que me di cuenta de que no se puede obligar a nadie a tener fe — escucharon unas campanadas y Germán

miró el reloj de su móvil — las nueve. Teníamos que haber cenado hace rato, todo esto ha perturbado las costumbres de nuestra familia — suspiró — pero lo peor es que hemos perdido a dos hermanos en muy pocos días. Como ya le dije al ministro estoy a disposición de la policía, solo les pido que resuelvan esto cuanto antes para que podamos volver a nuestra vida — levantó las manos del escritorio con las palmas hacia arriba en actitud suplicante — dígame qué necesita o pregúnteme lo que quiera, por favor.

—Antes que nada, hábleme de los dos religiosos asesinados, Félix y — hizo memoria — y Alejandro — el fraile lo miró con cara de susto,

—¿Qué tiene que ver lo que le pasó al hermano Alejandro con lo ocurrido con Félix? Creía que habían sido dos tristes coincidencias... — era evidente que nadie le había contado nada, pero no podía iniciar la investigación sin decírselo.

—Todavía no estamos seguros, pero no podemos descartar que el mismo asesino sea el que haya matado a los dos. Estoy seguro de que lo ha pensado — el anciano lo miró con los ojos muy abiertos, y el labio inferior le tembló unos segundos antes de que consiguiera reponerse

—Le aseguro que no. No lo entiendo...el hermano Alejandro murió víctima de un robo — se quedó mirando a Isabel como pidiendo su ayuda, por lo que ella se sintió obligada a contestar

—Padre, me temo que no fue así, como ha dicho Germán, todavía no lo podemos asegurar porque acabamos de iniciar la investigación..., pero parece que la forma de matarlos es similar, aunque todavía tenemos que comprobar bastantes cosas para estar seguros de que a los dos los mató la misma persona — el fraile asintió nervioso y comenzó a hablar.

—Pero ¿quién puede haber hecho algo así? — parecía muy asustado

—Todavía no tenemos información para hacer ninguna conjetura, y por eso necesitamos hacerle unas preguntas ¿le parece bien? — Germán habló

tranquilo y despacio, intentando que se calmara.

—Sí, sí, por supuesto.

¿Qué puede decirnos de los dos fallecidos?

—Pues que eran muy amigos y formaban parte del mismo grupo de estudio.

—¿A qué se refiere? ¿estudiaban juntos?

—Sí, en la Universidad Complutense. Hay otros hermanos que todavía están cursando sus carreras, pero Alejandro y Félix estaban preparando el trabajo de fin de grado.

—¿Es normal que haya tantos frailes estudiando?

—Una de las reglas de nuestra orden es “la diligente entrega al trabajo, tanto manual como intelectual, por el bien de la comunidad”. Tenemos de todo, algunos hermanos están aprendiendo cómo restaurar objetos de arte, lo que en un lugar como este es imprescindible, a otros les gusta la jardinería, pero estamos especialmente satisfechos del alto número de miembros de la orden que cursan estudios universitarios.

—El ministro me ha dicho que el hermano Alejandro estaba en Londres debido a un congreso.

—Sí, estaba organizado por la Biblioteca Británica.

—¿También fue el hermano Félix? — el padre agrandó los ojos y asintió después de tragar saliva — sí, acudieron varios hermanos invitados por la Universidad Complutense.

—¿Cuántos frailes viven en el Monasterio?

—43 — Germán se quedó con las ganas de maldecir en voz alta porque era imposible vigilar a tanto sospechoso.

—¿Alguien más vive aquí?

—Imagino que sabe que tenemos un colegio desde primaria hasta bachillerato, y que los alumnos se pueden quedar internos desde que

comienzan a cursar la E.S.O. Solemos tener unos 100 alumnos internos, pero al ser verano el colegio está cerrado. Gracias a Dios.

—Necesito una lista con los nombres de los hermanos que están en la universidad y otra con los que viajaron a Londres, ¿sobre qué trató el congreso?

—No recuerdo el título exactamente, pero trataba sobre la influencia de Cervantes en la literatura mundial, o algo parecido.

—¿Qué carrera había estudiado el hermano Alejandro? — el fraile observó durante un momento cómo Isabel apuntaba sus respuestas en su cuaderno.

—Había terminado Literatura española y comparada, y el hermano Félix, Filología Hispánica. Como le he dicho, ambos estaban preparando el T.F.G., necesitamos hermanos que estudien y que puedan cuidar como se merece nuestra biblioteca, no sé si sabrán que es una de las más importantes del mundo — Germán no pudo evitar sonreír al recordar su visita cuando era un niño, junto a sus padres.

—Sí, he visitado el monumento entero en varias ocasiones. Otra cosa padre, me imagino que ya se habrá dado cuenta de la importancia de ser discretos con todo lo relativo a la investigación, no querrá que esto se llene de periodistas...

—¡No, Dios nos libre! — movió la mano derecha como si pudiera alejarlos con un simple gesto — le puedo asegurar que no tengo intención de contar nada a nadie. Hacemos una vida muy retirada, señor Cortés.

—Inspector, por favor.

—Sí, claro, inspector — el anciano se puso pálido y se tocó un momento la frente como si le doliera la cabeza — eran dos jóvenes que no habían hecho daño a nadie, trabajadores y muy apreciados por todos. Y muy buenos amigos, parecían hermanos porque siempre estaban juntos — había

sacado un rosario de madera de un bolsillo del hábito y se aferraba a él con su mano derecha. El policía se sintió mal al ver su palidez.

—Padre, creo que es mejor que sigamos mañana, así podrá descansar. Vendré a las nueve y empezaré con los interrogatorios, por favor, tenga preparadas las listas — el prior asintió, pero a Germán le pareció que estaba distraído, como si pensara en otra cosa. De repente, tuvo la seguridad de que le ocultaba algo — y es imprescindible que hable con el hermano que ha descubierto el cuerpo — el padre se levantó y se tambaleó un poco al hacerlo y Germán se acercó a él para evitar que se cayera. Cuando lo tuvo sujeto por el brazo, le preguntó — Creo que le han dado un tranquilizante y que hoy no puede contestar a mis preguntas ¿se llama Francisco? — el prior asintió, cada vez su aspecto era peor.

—¿Se encuentra bien?

—Sí, muchas gracias, no se preocupe, es que todo esto es demasiado.

—Descanse, mañana volveremos — el fraile se dejó caer en la silla y se quedó mirando el rosario que seguía en su mano. Germán e Isabel salieron y ella cerró la puerta suavemente, cuando pasaron junto a la cocina, Isabel se dirigió a uno de los frailes que estaba preparando la cena.

—Por favor, que alguien vaya a ver al prior, está en su despacho y no se encuentra bien — uno de ellos se quitó los guantes que llevaba para cocinar y salió con el delantal y los manguitos puestos.

Cuando salieron al Patio de los Reyes, la luz de la luna los acompañó mientras lo recorrían en silencio hasta el coche, donde los esperaba Amaro dormido. Antes de entrar, ella le preguntó

—¿Por qué habrá reaccionado así cuando has preguntado por el que ha encontrado el cuerpo? — Germán se quedó un momento observando el aspecto fantasmal del monasterio bañado por la luz de la luna, antes de contestar

—Porque el prior oculta algo, y mucho me temo que sea algo peligroso.

Eran las once y media cuando llegaron a su piso de Madrid, después de dejar a Amaro en casa. Habían hablado poco en el coche, lo suficiente para organizar el trabajo del día siguiente.

—Entonces ¿mañana vas a ir tú solo? — Germán asintió mientras sostenía la puerta del ascensor para que ella pasara y luego, pulsaba su planta.

—Sí, prefiero que tú empieces a recopilar los datos del asesinato de Londres. Tenemos mucho trabajo, solo reconstruir lo del congreso...va a ser complicado.

—¿No hemos descartado demasiado pronto que haya sido alguien del exterior? — él la miró serio

—No descarto nada, pero por algún sitio hay que empezar, mañana cuando los interroge me haré una idea más clara de la situación. Tengo que hablar con el tal Francisco, es raro que hayan tenido que sedarle — musitó, pero Isabel interrumpió sus pensamientos.

—Y también que en Scotland Yard sean tan solícitos y nos den todo lo que necesitemos — Germán opinaba lo mismo, los ingleses nunca se habían caracterizado por su cooperación con el resto de la policía europea.

—Sí, veremos si el hermano de Gilda realmente tiene contactos, o es un bocazas — entró en la casa con las maletas de los dos.

—Bienvenido a casa — él sonrió al escucharla.

—Muchas gracias, pero me hubiera gustado volver dentro de una semana. Estoy cansado ¿nos vamos a dormir, o quieres cenar algo?

—Llevas todo el día preguntando unas cosas... pero ¿cuándo me he ido yo a la cama sin cenar? — él rio a carcajadas y dejó el equipaje en el salón para entrar detrás de ella en la cocina, en busca de algo comestible.

Estaba tomando un café en un bar cercano al Monasterio al día

siguiente, cuando recibió una llamada de un número desconocido. Le extrañó, pero lo cogió al segundo timbrazo,

—¿Diga?

—¿Es el inspector Cortés? — mientras contestaba, le hizo un gesto al camarero y pagó el café.

—Sí, soy yo.

—Perdona que te moleste, soy Claudia Barco, no sé si me recuerdas...

—Sí, por supuesto. Mi compañera y yo estuvimos hablando contigo en tu clínica por el asesinato de Francisco Jiménez Matís — su ex prometido fue una de las víctimas en su anterior caso — ¿cómo estás?

—Pues muy preocupada. Ya sé que vas a pensar que tengo mucha cara, pero quería pedirte un favor — Germán alzó las cejas extrañado, pero contestó

—Si puedo ayudarte... cuéntame Claudia.

—Verás, hace cuatro días que ha desaparecido mi prima Laura, es una chica muy responsable e incapaz de irse de su casa sin avisar. Su madre está segura de que le ha pasado algo malo, pero los de la comisaría no se lo están tomando en serio.

—¿Es menor de edad?

—¡No, que va!, ha terminado la universidad hace un año y está preparando el trabajo de fin de carrera, además la han cogido como becaria en la universidad. Está muy contenta — Germán se quedó parado mientras la escuchaba, pero no por lo que le estaba contando, sino porque había un par de periodistas esperándolo en la puerta del Patio de los Reyes. Se acercó sin despegar el teléfono de la oreja, a paso vivo, mientras maldecía para sus adentros porque no pudieran dejarlo tranquilo.

—Vamos a hacer una cosa, mándame un mensaje con sus datos: nombre completo, DNI, dirección, teléfono y donde se la vio por última vez,

y le echaré un vistazo cuando pueda. Intentaré hablar con los compañeros que lo llevan ¿de acuerdo?

—Claro, muchísimas gracias, ya sé que no tienes ninguna obligación, pero no sabía a quien recurrir.

—De nada, te llamaré en cuanto sepa algo. Hasta luego — colgó casi sin escuchar su despedida, porque atravesaba la puerta del convento después de dar esquinazo a los periodistas que lo habían seguido hasta la entrada, preguntándole por los detalles más morbosos del asesinato.

Un fraile desconocido lo llevó a la misma habitación donde habían hablado con el ministro y con Peter y, cuando vio quien estaba dentro, no pudo disimular su sorpresa.

## TRES

Real Monasterio del Escorial, 14 de diciembre de 1.767

Veinte minutos después Gabriel había terminado la traducción y por eso había podido estudiar con más detenimiento la carta, decidiendo a quién debía enseñársela antes que a nadie. Cuando llegó su tutor, ya la había guardado de nuevo bajo su camisa e intentó aparentar tranquilidad, aunque estaba deseando que terminara la clase.

—Buenos días, Alteza Real — a pesar de que el padre Pérez Bayer nunca sonreía, él sí lo hizo.

—Buenos días, padre — el religioso se acercó cojeando del pie derecho, en ese momento el Infante recordó los comentarios de los criados del Monasterio, que decían que era cojo de nacimiento y que por eso tenía tan “mala leche”. Se sentó frente a él y Gabriel le preguntó, como hacía siempre — ¿cómo os encontráis hoy? — al religioso nunca dejaba de sorprenderle la amabilidad de su alumno. Había tratado a muchos miembros de la familia real, y Gabriel era diferente a sus hermanos y a sus padres, no solo por su voluntad de aprender sino también por su forma de tratar a los demás.

—Bien, alteza, muchas gracias, me resiento de los huesos, pero eso es normal ya que el Señor ha permitido que viva tantos años — el adolescente asintió serio y Pérez Bayer vio en su rostro cómo sería de adulto, dentro de pocos años. Sus ojos grises brillaban con una mezcla de inteligencia, bondad y curiosidad que podían llevarle a hacer grandes cosas. Solo había que procurar que nadie lo guiara por el camino equivocado,

—Y todos los que nos beneficiamos de vuestra sabiduría, damos

gracias a Dios por ello — el padre asintió y estiró la mano pidiendo el pliego de papel que su alumno tenía ante él.

—¿Me permitís la traducción? — Gabriel se la entregó — no quiero robaros más tiempo del necesario de vuestra clase de música, sé cuánto os gusta la compañía del padre Soler — el adolescente notó algo extraño en el tono del sacerdote, pero no vio nada en su expresión que le indicara lo que había querido decir.

No era la primera vez que se daba cuenta de que su tutor no sentía ninguna simpatía por su profesor de música. Intuía que había hablado con su padre, el Rey, sobre ello porque recientemente el monarca le había preguntado si le gustaban mucho las clases del padre Soler. En esa ocasión evitó que su padre le retirara las clases, y ahora su intuición le dijo que era mejor callar. Su preceptor al darse cuenta de que no iba a contestar puso toda su atención en la traducción, y siguió las líneas escritas a pluma con el dedo índice murmurando en voz baja mientras leía. No necesitaba comprobar el libro de Homero del que había traducido su alumno, porque se sabía el Canto VI de “La Ilíada” de memoria. Cuando terminó, no pudo evitar sentirse orgulloso, a pesar de que consideraba que el orgullo era un pecado despreciable.

—Está muy bien alteza, veo que habéis sacado provecho del diccionario que os recomendé — se lo quedó mirando fijamente y el Infante asintió — para mañana, comenzaremos con el Canto XI de “La Odisea”, digamos... ¿las dos primeras páginas para empezar? — Gabriel volvió a asentir muy serio y recogió las hojas, pero el fraile le dijo — es mejor que os llevéis también el diccionario, creo que lo necesitaréis.

—Gracias, páter — el jerónimo observó pensativo cómo salía de la biblioteca, al ver que su alumno tenía tanta prisa por marcharse. Al finalizar las clases solía preguntar algo que le había llamado la atención al realizar la

traducción, o alguna acepción sobre un término latino o griego. No en vano era el alumno más aplicado que jamás había tenido.

Se quedó mirando el tintero de cristal que Gabriel había utilizado preguntándose qué le ocultaba.

Actualmente...

Gilda lo saludó intentando aparentar naturalidad, pero Germán notó una extraña tensión en su voz,

—Buenos días Germán, pasa por favor, y no te quedes tan sorprendido. No es tan extraño que nos veamos, ¿no? — él cerró la puerta, y se acercó a ella.

—Buenos días Gilda — se dieron dos besos, porque los recientes acontecimientos los habían llevado a considerarse amigos.

—Siento lo de tus vacaciones.

—Yo también — la risa inesperada de ella le pareció forzada y la miró atentamente.

Hoy llevaba la melena pelirroja suelta e iba muy maquillada, lo que resaltaba sus ojos verdes, pero, aunque estaba muy guapa, el maquillaje no conseguía ocultar unas profundas ojeras y una sorprendente mirada de desesperación.

—¿Por qué te sorprende tanto verme? — decidió ser precavido

—Por nada, simplemente no esperaba que vinieras, además, me parece que a los frailes no les gusta nada que andemos por aquí...

—Estoy segura de que no, pero a mí me consideran una amiga — se encogió de hombros — digamos que les eché una mano hace años y están agradecidos. Es una vieja historia.

—Me encantaría que me la contaras cuando tengamos tiempo — ella contestó mientras se sentaba y señaló la silla que tenía enfrente, para que él hiciera lo mismo.

—Lo haré, en su momento — miró el reloj — le he pedido al prior que nos dejara hablar, pero llevo prisa porque dentro de un rato tengo una cita en la Embajada Británica — Germán la miró con el ceño fruncido y ella movió la cabeza — un tema familiar, nada que pueda interesarte. Y hablando de la familia, me imagino que te llevarías una impresión extraña sobre mi hermano ayer, y en parte es culpa mía.

—¿Y eso? — a cada momento que pasaba, la conversación le parecía más surrealista.

—Peter actúa como un chiquillo a veces, debido a que yo lo he sobreprotegido en exceso desde que era pequeño. Mi madre murió al caerse de un caballo cuando yo era una niña, y mi padre poco después se casó de nuevo y de esa unión nació Peter. Cuando él tenía tres años su madre se fugó con un amigo de la familia, y nunca más supimos nada de ella. Cuando nuestro padre murió, yo tenía diecisiete años y Peter siete, y me sentía casi como su madre — se mordió el labio quizás para impedir hablar de más.

Germán la conocía desde hacía tres años y nunca le había oído hablar tanto sobre su vida, solía ser una mujer bastante impenetrable. Por eso la conversación cada vez le parecía más rara.

—Lo siento. Yo tuve una infancia muy buena, aunque me hubiera gustado tener hermanos, pero no entiendo por qué me cuentas todo esto ahora.

—Peter me ha escuchado hablar sobre ti en varias ocasiones, en tan buenos términos que quería conocerte y ver tu trabajo. Y debido a sus contactos con Scotland Yard, le dije al ministro que sería una buena ayuda en este caso, pero quizás me he equivocado — volvió a encogerse de hombros

— en fin, lo conozco mejor que nadie y sé que a veces se pone tan insoportable que te entran ganas de darle un buen puñetazo — puso las palmas boca arriba como si pidiera disculpas — lo que quiero decir es que si tienes cualquier problema con él, yo puedo ser vuestro enlace con Scotland Yard — Germán no se creía absolutamente nada de lo que le había contado, pero estaba seguro de que no le diría la verdad. Al menos en ese momento.

—Te lo agradezco, pero de momento no nos ha dado ninguna razón para que no trabajemos con él — ella lo miró, como si estuviera sorprendida por su respuesta.

—Por supuesto tiene buenas relaciones con Scotland Yard y puede conseguir toda la información que necesitéis. Pero déjame que insista en que tengo las mismas aptitudes que él, para hacer de enlace en este asunto.

—No lo pongo en duda, pero sé lo liada que estás siempre y estoy seguro de que tu hermano lo hará bien — se negó a lo que le pedía porque no le gustaba que lo tomaran por tonto, y parecía que eso era lo que pretendían los dos hermanos. Decidió no fiarse de ninguno hasta saber qué se traían entre manos.

—Bien, entonces espero que trabajéis cómodos juntos.

—Estoy seguro, por cierto... una pregunta ¿habitualmente a qué se dedica tu hermano?, ayer no dijo nada.

—Bueno, se mueve en muchos ambientes, tiene digamos...muchas habilidades.

—Pero no consigo entender qué interés le mueve a ayudar a la policía española, al menos en este caso.

—Los dos tenemos las dos nacionalidades, la británica y la española, no es extraño que queramos ayudar a nuestro país — Germán la miró un largo instante antes de murmurar,

—Comprendo — Gilda sonrió y continuó

—El Ministerio y por qué no decirlo la Casa Real, quieren que se trate este caso y todo lo que lo rodea — señaló a su alrededor — con el máximo cuidado y discreción — hizo una mueca — ya sé que estas cosas te cabrean, pero tenía que decírtelo — lo miró fijamente — te conozco, Germán y sé que los tratarás justamente — se inclinó hacia él como si fuera a hacerle una confidencia — ni siquiera sé si eres religioso o no, pero es algo que no nos preocupa porque sabemos que no dejarás que eso te afecte — al ver que no contestaba, se levantó con el bolso entre las manos siendo imitada por Germán, y quedándose a pocos centímetros el uno del otro.

Él se mantuvo erguido mirándola en silencio, algo apenado porque hasta ese momento creía que podía confiar en ella y Gilda cambió de tema

—Imagino que mientras tú interrogas a los frailes, el resto del grupo estudiará lo que os envíen desde Londres y los informes de los técnicos que vayáis recibiendo.

—Esa es la idea, de momento.

—Ya sé que no tengo derecho a preguntar todavía, pero ¿tienes alguna teoría? No deseches la posibilidad de que haya sido alguien del exterior — por lo visto nadie quería que el asesino fuera uno de los frailes.

—Valoras demasiado mis habilidades — rio sarcástico empezando a enfadarse — ni siquiera he leído el informe forense de ninguno de los dos asesinatos, ni he podido observar a fondo las escenas del crimen...en realidad, todavía no he hecho nada — ella pareció percatarse de que había conseguido enfadarlo y prácticamente huyó.

—Ya, bueno, gracias por todo, ya me marchó. Nos mantenemos en contacto — cuando se fue, él se dirigió al despacho del prior.

Isabel daba gracias porque pronto volvería Dominó. Se había ido a Canadá con Genio combinando trabajo y placer, después del flechazo que habían sentido nada más conocerse y de salir juntos unas cuantas semanas.

Genio tenía programado el viaje desde hacía meses y al poco de conocerla le había pedido que lo acompañara, y ella había aceptado, sorprendiéndolos a todos.

Sacudiendo la cabeza para despejarse, tomó un sorbo de café y comenzó a leer los correos que habían llegado desde Scotland Yard, con la libreta al lado para apuntar todo lo que les pudiera interesar.

Francisco Ayuso, el hermano que había encontrado el cuerpo, estaba en la capilla del convento, rezando. El prior había intentado que Germán retrasara ese interrogatorio, con el argumento de que todavía no estaba recuperado del shock, pero no podía, era imprescindible que hablara con él.

Cuando llegó a la capilla, encontró al hermano Damián, el que los había acompañado el día anterior y le preguntó quién era Francisco, ya que había cuatro o cinco hermanos rezando arrodillados en los bancos, y le indicó el que estaba en el primer banco.

Se acercó hasta él y se quedó observándolo sorprendido, porque parecía a punto de sufrir una crisis nerviosa. Sus manos estaban entrelazadas con fuerza y las mantenía pegadas a su pecho, y todo su cuerpo se movía hacia delante y hacia atrás como si fuera un tentetieso. A la vez, con los ojos cerrados murmuraba algo entre dientes sin parar, aunque el poli no entendía lo que decía. Era moreno, con el pelo muy rizado y algo rechoncho,

—Perdone, ¿es usted el hermano Francisco? — al escucharlo, se giró a mirarlo con cara de terror. Intentó tranquilizarlo,

—Tranquilo, cálmese, soy policía — le enseñó la placa — el prior sabe que he venido a hablar con usted, ¿se encuentra bien? — aunque asintió no parecía estarlo, y cuando le había dicho que era poli se había asustado aún más — escuche, me voy a sentar a su lado ¿de acuerdo?, y si no le importa, preferiría que usted también lo hiciera — se lo dijo porque seguía de rodillas — ¿quiere que vayamos a otro sitio para hablar? — el fraile negó con la

cabeza.

—No, por favor, quiero quedarme aquí — la voz infantil hizo que a Germán se le pusieran los pelos de punta.

—Muy bien Francisco, siéntate por favor, solo quiero hacerte unas preguntas — decidió tutearle, intentando ganarse su confianza.

—De acuerdo — se sentó, suspiró y se miró las manos. Tenía las uñas muy mordidas, tanto, que debían de dolerle bastante.

—Cuéntame lo que pasó ayer.

—Fui a la basílica muy temprano porque a esa hora el hermano Félix solía tocar el órgano, y a mí me gustaba mucho oírlo. Me senté en los bancos de abajo escuchando... — lo interrumpió antes de que le contara lo del cadáver.

—¿Viste a alguien más?

—No lo sé — frunció el ceño — seguro que me crucé con algún hermano.

—¿Recuerdas quiénes eran?

—No, ¿eso importa? — Germán lo miró incrédulo, y contestó

—Sí, importa mucho, me gustaría que lo pensaras más tarde y si te acuerdas de algún nombre, que me lo digas después o mañana — Francisco asintió — bien, estabas abajo y ¿entonces?

—Estaba escuchando la música, me gusta mucho ¿sabes? — ante la mirada de Germán, continuó — entonces la música se paró un momento, pero enseguida se oyeron varias notas tocadas a la vez, como si un niño estuviera jugando con el órgano y subí a ver qué pasaba.

—¿Estabas en los bancos cercanos al coro? — lo miró extrañado y luego negó con la cabeza,

—No, siempre me siento en los primeros bancos, junto al altar. Me gusta más, así tengo más cerca a Dios

—Sigue, por favor

—Entonces subí las escaleras y lo encontré — hizo un mohín como si fuera a llorar — todo estaba lleno de sangre ¡fue horrible! — eso quería decir que había coincidido con el asesino.

—¿Había visitantes en la basílica?

—No, todavía no era hora de abrir.

—Y luego...

—Me acerque poco a poco hasta él, despacio, porque estaba muy asustado. La cabeza del hermano Félix estaba apoyada en el teclado y por eso seguía sonando el órgano — su labio inferior tembló y, de repente, comenzó a recitar unas palabras que hicieron que a Germán se le volvieran a poner los pelos de punta — “...porque estos son días de venganza, para que se cumplan todas las cosas que están escritas” — cuando terminó de hablar, Francisco lo miraba con una sonrisa inocente en los labios.

—¿Quieres decir que Félix se lo merecía? ¿Y que lo han matado en nombre de Dios? — pero el fraile parecía confuso y volvió a mirarse las manos, Germán entrecerró los ojos y pensó durante unos segundos, luego le preguntó

—¿Es una cita de la biblia? — como contestación el otro susurró

—Lucas 21- 22 — Germán lo anotó para buscarlo más tarde.

—¿Viste a alguien más cuando subiste al coro, además de al hermano Félix?

—No.

—Desde los bancos que hay junto al altar hasta las escaleras del coro, hay bastantes metros ¿no te encontraste con nadie? — frunció el ceño concentrado antes de contestar,

—Con un hermano, pero estaba muy lejos y no pude verle la cara, porque iba encapuchado. Cuando comencé a andar hacia el coro, él ya iba

hacia la puerta — Germán lo miró extrañado y también lo apuntó.

—¿No pudiste ver nada de él que te indicara quién es?

—No, llevaba la capucha puesta — German intentó ser paciente

—Pero era alto o bajo, gordo o delgado...

—Estaba muy lejos — estaba claro que, de ahí, no le iba a sacar.

—¿Qué me puedes contar del hermano Alejandro, al que asesinaron en Londres? ¿cómo era?

—Me trataba bien, otros nunca hablan conmigo porque piensan que soy un poco tonto, pero él si lo hacía.

—¿Y Félix?

—Sí, Félix también.

—¿Eran amigos tuyos?

—No, porque yo no estudio, los que estudian pasan mucho tiempo en la biblioteca y van a clase juntos.

—¿Y por qué tú no estás estudiando? — volvía a parecer confuso.

—Yo no puedo, las palabras de los libros se juntan en mi cabeza y no entiendo lo que dicen. Pero yo los ayudaba. Si tenían que buscar libros o manuscritos, yo era el encargado de hacerlo. Ayudo a todos los hermanos que estudian, me apuntan lo que necesitan y yo siempre lo encuentro. Me gusta ese trabajo, es algo importante.

—Sí que parece importante y ¿sabes por qué fue Alejandro a Londres?  
— se encogió de hombros muy nervioso

—Claro, yo también fui, el profesor nos invitó. Es un congreso famoso para hablar de Cervantes, ¿sabes?, yo fui como ayudante del bibliotecario — Germán, alucinado, sacó la lista que le acababa de dar el prior y vio que Francisco no mentía, estaba entre los que acudieron al congreso. Aquello mejoraba por momentos. Tenía dos cosas claras: que tendrían que hacer a Francisco una valoración psicológica, y que no estaba seguro de que

estuviera contándole toda la verdad. Pero antes de tomar ninguna decisión, hablaría con el prior sobre él.

—¿Y dices que Félix tocaba el órgano todas las mañanas? — ante su sorpresa, a Francisco se le saltaron las lágrimas.

—Sí, lo hacía muy bien, aunque no era el organista. Y a veces tocaba para que yo cantara — sonrió como un niño — si quieres te puedo cantar algo — ante la incredulidad del policía, se levantó y comenzó a cantar “Salve Regina” con una voz tan pura y de forma tan conmovedora, que se sintió privilegiado por poder escucharlo.

Cuando terminó, volvió a arrodillarse e inclinando la cabeza volvió a rezar balanceando el cuerpo compulsivamente, mientras el policía lo observaba boquiabierto. Lo llamó varias veces, pero no consiguió sacarlo del trance y fue a buscar al prior.

—Seguramente lo ha puesto nervioso, es una persona muy pacífica, pero si lo ha tratado con dureza... — Germán lo miró con el ceño fruncido.

—Mire padre, lo primero que tenía que haberme dicho es que ese hombre tiene una enfermedad mental. Aunque no conozco su diagnóstico, no hace falta ser muy listo para darse cuenta de que no está bien — levantó la mano deteniendo sus explicaciones — no tengo nada en contra de los religiosos, pero no voy a permitir que me oculten cosas, como no se lo permitiría a nadie.

—No entiendo a qué viene ese comentario, no estamos ocultando nada — a pesar de sus palabras, sus mejillas se ruborizaron levemente bajo la mirada acusadora de Germán, que se preguntó en qué más le habría mentado aquel anciano

—Dígame qué le pasa, ¿tiene algún tipo de trastorno mental?, y si es así, ¿por qué no nos avisó?

—Porque no quería que ocurriera precisamente lo que ha ocurrido — el

religioso se puso en pie, mirándole desde su pequeña estatura mientras Germán seguía sentado, demasiado enfadado para ser educado — Francisco es incapaz de hacer daño a nadie, al menos sabiéndolo. Jamás podría ser el causante de ese horror que cometieron con el pobre hermano Félix — Germán estaba empezando a perder la paciencia.

—Por favor, siéntese y dígame la verdad — el religioso lo miró con la boca abierta con la intención de contestar algo que no debía, pero se lo pensó mejor y volvió a sentarse con un suspiro.

—Francisco estudió en nuestro colegio con una beca concedida por cantar en la escolanía del Monasterio. Tiene una aptitud para el canto asombrosa, durante varios años fue la mejor voz que tuvimos en el coro y aún sigue cantando en nuestras misas como solista — suspiró — pero al poco tiempo de que viniera a estudiar aquí, tuve que hablar con sus padres porque nos dimos cuenta de que le pasaba algo, era mucho más lento aprendiendo que los otros niños a pesar de que ponía mucho interés. Francisco tiene lo que llaman una inteligencia límite. El cociente intelectual medio de la población se encuentra entre el 85 y el 115, de 70 a 85 se considera inteligencia límite y un cociente por debajo de 70 está catalogado como discapacidad intelectual. Y él tiene 74 de C.I. Eso hace que, no solo vaya más lento que todos los demás en el día a día, sino que le es mucho más difícil asimilar hechos inesperados y dolorosos, como por ejemplo el encontrar el cuerpo de Félix. Cuando subimos al coro alertados por sus gritos, estaba sentado en una esquina contra la pared con un ataque de nervios, y no fuimos capaces de conseguir que se calmara. Por eso el hermano Javier le administró un sedante y lo mandó a la cama.

—De acuerdo, pero ¿conoce la diferencia entre el bien y el mal?

—¡Por supuesto!, ¡sino jamás lo hubiéramos admitido en la orden! — pidió disculpas por levantar la voz y continuó hablando después de respirar

hondo — Francisco tardó un par de años más de lo normal, pero terminó sus estudios, aunque sus notas fueron muy discretas. Después, sus padres nos preguntaron si sería posible que se quedara aquí porque era muy feliz entre nosotros. No niego que tuvimos nuestras dudas, pero después de pensarlo largamente, lo hablamos entre todos y decidimos admitirlo. Por supuesto los priores provincial y general estuvieron de acuerdo, e incluso lo entrevistaron antes de dar su opinión — movió la cabeza intentando que lo creyera — sé que puede parecer extraño, pero le puedo asegurar que tiene un alma noble y pura como la de un niño, a la que cualquiera podría engañar. Está mucho más seguro y protegido entre nosotros que luchando contra la maldad del mundo, fuera de estos muros.

—¿Está tomando alguna medicación?

—Únicamente los tranquilizantes cuando tiene una crisis. No es un enfermo mental y le repito que sería incapaz de hacer daño a nadie. Precisamente por este motivo no quería decirles lo que le ocurre, sabía que sospecharían de él — estaba indignado.

—Lo comprendo padre, pero hace un momento en la iglesia, mientras hablaba con él ha actuado de manera muy extraña, de repente, ha comenzado a rezar como si estuviera en una especie de trance y no he conseguido que volviera a prestarme atención.

—No creo que muchas personas actúen de manera normal, después de encontrar a alguien a quien quieren en un charco de sangre. Y más si no tiene las mismas capacidades para afrontarlo que tenemos usted o yo — uno cero para el cura, tenía que reconocerlo.

—De acuerdo, hoy le dejaré tranquilo, pero volveré a hablar con él dentro de un par de días. Ahora dígame, ¿qué hacía Francisco en el congreso?

—Fue como ayudante del hermano bibliotecario, el padre Beltrán — o sea que era cierto.

—Muy bien, ahora quiero hablar con los siguientes hermanos — miró la lista de los que habían viajado a Londres — Guzmán, Eduardo, Ismael y Salvador. Más tarde hablaré con el padre Beltrán y con el hermano Javier, el enfermero.

—Lorenzo, el pinche de cocina le ayudará a encontrarlos. Ya he hablado con él, y el cocinero está de acuerdo en prescindir de él esta mañana.

—De acuerdo, gracias padre — antes de salir, le detuvo la voz del anciano.

—Germán — el poli dio la vuelta con la mano en el picaporte — a pesar de que Dios para nosotros está sobre todas las cosas, respetamos la justicia del hombre.

—Me alegro de oírlo — se fue cerrando la puerta suavemente.

En el umbral de la cocina no supo distinguir cuál de los tres frailes que trabajaban era el que le había dicho el prior,

—Buenos días — lo miraron interrogantes después de saludar — soy policía — vaya idiotez, ya lo sabían — necesito hablar con Lorenzo — uno de ellos contestó señalando el pasillo

—Está desayunando en el huerto, le gusta hacerlo allí. Ya está avisado de que tiene que ir con usted, nos lo ha dicho el prior.

—¿Dónde está el huerto?

—Cruce la puerta que hay justo enfrente y se encontrará en el comedor, si lo atraviesa, al final verá un ventanal grande que da al huerto. Es la manera más rápida de llegar.

—Gracias — mientras andaba sacó el móvil y llamó a Isabel, tenía una sensación rara.

—¿Qué tal va todo?

—Bien, pero hay algo importante que no nos habían dicho, encontraron en la cartera de Alejandro una carta de amor, bueno o de desamor, si lo

prefieres...

—¿De amor? ¿es decir que tenía una relación secreta con alguien?

—No lo sé — Isabel pensó durante unos segundos — es como si en realidad no fuera una carta de amor, aunque lo parece. No sé cómo explicarlo, lo sabrás cuando la veas.

—Sabes que no me estás aclarando nada ¿verdad? — ella soltó una risa por lo bajo,

—¿Te la mando al móvil?

—No, luego la veo en el centro. Quiero centrarme en los interrogatorios, aunque tendré que volver otro día a terminarlos. Por cierto, que te voy a mandar una lista con los nombres de los frailes y los trabajadores del Monasterio — la apoyó sobre una mesa del comedor e hizo un par de fotos que le envió por correo — cuando tengas un momento — ella gruñó pensando en todo lo que tenía que hacer, pero él hizo como si no lo hubiera oído — quiero que pidas antecedentes de todos, luego hablamos — colgó cuando salía al huerto. Miró hacia los lados, asombrado por lo grande que era el terreno y lo bien cuidado que estaba. Sentado en un banco bajo unos árboles, estaba el adolescente desgarbado con el que el prior había hablado el día anterior en la cocina. Observaba tranquilo al policía acercarse mientras mordía un bocadillo gigantesco,

—Eres Lorenzo, ¿no? — él asintió sin dejar de masticar

—¿Me puedo sentar? — había sitio de sobra en el banco.

—Claro, pero no te voy a dar un trozo. Hoy me lo estoy comiendo más tarde de lo normal y tengo un hambre que no veas — el policía sonrió al verle pegar otro mordisco con ensañamiento

—¿De qué es el bocadillo?

—De bacon con queso, ¡está buenísimo!, me lo acaba de hacer Mateo, el cocinero — estaba muy delgado y por el largo de sus piernas debía de

andar cerca del metro ochenta. Tenía el pelo rubio y lacio, y los ojos negros y expresivos.

—¿Trabajas aquí?

—Sí, soy pinche — le estaba preguntando más por hacer tiempo hasta que terminara que por otra cosa, pero el chico lo miró como si pensara que no era muy listo,

—¿Sabes quién soy?

—Sí, el poli. El prior me dijo que vendrías hoy y que tenía que acompañarte donde quisieras ir.

—¿Y no te importa? — tuvo que esperar a que tragara antes de contestar

—No. Seguro que andar por el Monasterio dando vueltas, es mejor que pelar patatas y verduras o que quitar las escamas de algún pescado asqueroso, ¡el olor se mete en la nariz durante días! — se estremeció de asco y luego miró el último trozo de pan que tenía en la mano, se relamió un poco, pero no se lo comió. Extrañado, Germán quiso saber por qué,

—¿No vas a comértelo?

—No, es para Saltarín — se dio la vuelta para mirar hacia el fondo del huerto y murmuró — debe de estar esperándome desde hace rato, ya te he dicho que hoy he salido más tarde — miró a Germán y le dijo — por favor, no me sigas, sino se asustará y no se acercará al muro — el poli sintió curiosidad.

Lorenzo se acercó a la valla de piedra que los rodeaba y comenzó a hacer un ruido extraño, como si llamara a un pájaro o algo así. Luego, se subió a una piedra para poder llegar al borde del muro y estiró su mano ofreciendo el trozo de pan. Entonces, de un salto, apareció una ardilla que cogió el pan cuidadosamente y comenzó a comérselo, tranquila, ante él. Era muy roja, grande y tenía una cresta larga en medio de la cabeza, Germán

nunca había visto una así. El muchacho aprovechó el momento y muy despacio, pasó el índice de su mano derecha sobre la cabeza de la ardilla acariciándola, sin que el animal dejara de comer, lo que le indicó al policía que esa escena se había repetido en muchas ocasiones e hizo que se sintiera especial por haber podido contemplarla.

Cuando la ardilla terminó, aún se quedó unos segundos mientras Lorenzo seguía acariciándola con suavidad y susurrándole algo. Luego, igual que había venido, se fue y el chico se bajó de la piedra y se acercó a Germán con una sonrisa en los labios.

—Siéntate un momento, por favor — lo hizo en el mismo banco de piedra donde había comido — ¿cuánto llevas trabajando aquí?

—Desde el año pasado cuando acabé la ESO. No podía seguir estudiando y mi madre me encontró este trabajo.

—¿Y te gusta? ¿te gustaría ser cocinero cuando aprendas lo suficiente?

—Todavía no estoy seguro, pero es mejor que fregar todo el día como hago ahora.

—¿No te gustaba estudiar?

—No es eso, es que necesitamos el dinero. Mi padre se murió cuando yo era pequeño y mi madre limpia casas, pero a veces está enferma y no puede trabajar, y entonces no cobra. Pero tuvimos suerte y gracias a un amigo conseguí este trabajo. Por lo menos si mi madre se pone mala, tenemos dinero para el alquiler y para comer.

—¿Conocías a los frailes que han muerto?

—¡Claro, los conozco a todos! Vivo aquí de lunes a viernes y los fines de semana me voy a mi casa.

—¿Y qué te parecían Félix y Alejandro?

—Eran simpáticos, pero andaban todo el día con secretos. Casi no tenían relación con el resto, solo se juntaban con los demás en las comidas.

—¿Secretos?, ¿qué quieres decir?

—No lo sé, estaban todo el día cuchicheando, y si te acercabas a ellos se callaban. Yo creo que a los demás eso no les gustaba.

—¿Tú comes con los frailes?

—¡Noooo! — se rio a carcajadas por la pregunta — los frailes comen juntos en el comedor. A menos que tengan algún invitado especial o que sea fiesta, o algo así, no se juntan con nadie.

—¿Y tú dónde comes?

—Los de fuera comemos en la cocina — Germán sacó la lista de los nombres que le había dado el prior,

—Estos son los hermanos con los que quiero hablar primero, dice el padre Benito que son los que más relación tenían con los dos que han muerto, porque también están estudiando en la universidad. Además, necesito que me enseñes las habitaciones de Félix y Alejandro — el chico miró la lista y dijo pensativo,

—Sí, todos estos se sientan juntos en el comedor y en la iglesia, pero no me había fijado en que son los únicos del convento que están estudiando en la universidad — se encogió de hombros antes de decir — a lo mejor por eso se llevaban tan bien — Germán lo miró mientras una idea sorprendente comenzaba a formarse en su mente.

## CUATRO

Real Monasterio del Escorial, 14 de diciembre de 1.767

El Infante Gabriel encontró al padre Soler en el coro esperando impaciente para practicar juntos la última sonata que había compuesto,

—¡Alteza! — tenían una hora de clase tres veces por semana. Aprender a tocar bien el clavecín era una obligación que se había impuesto Gabriel a sí mismo, al igual que aprender varios idiomas y poder leer todos los libros que pudiera, en el idioma original en el que habían sido escritos. Pero Gabriel ese día actuó de forma diferente, no se sentó ante el piano como hacía habitualmente, sino que miró a su alrededor para asegurarse de que no había nadie. Y solo entonces, sacó el manuscrito de debajo de su camisa, y se lo entregó al cura

—Padre, por casualidad he encontrado esto dentro de un diccionario de griego, y me gustaría que me tradujerais lo que pone. Vuestro inglés es mucho mejor que el mío — el sacerdote se levantó y cogió la hoja intrigado

—Enseguida, alteza — frunció el ceño al leer el encabezamiento — Tiene más de 150 años, está fechada en 1.613 y escrita en Londres — Gabriel asintió y le hizo un gesto con la mano señalando los bancos que tenían al lado.

—Sentémonos buen padre, creo que será lo mejor — a pesar de que el Infante todavía no había estudiado inglés, al menos oficialmente, había entendido lo suficiente — el fraile se sentó y comenzó a traducir la carta en voz alta y cuando terminó, los dos permanecieron en silencio unos segundos, después, el religioso comentó,

—Al final, aparecen dos rúbricas, la de W. Shakespeare, y al lado la de un tal J. Dalton — siguió mirando la carta sin poder creer lo que acababa de leer, pero el Infante interrumpió sus pensamientos,

—Padre — lo miró distraído porque pensaba en las consecuencias que tendría la aparición de aquel papel — ¿cómo es posible que ningún miembro de mi familia conozca la existencia de este documento? — el religioso decidió ser sincero, quizás demasiado.

—Alteza, sabéis muy bien que sois el primero de la familia real que pasa tanto tiempo entre libros. Y en cuanto a los hermanos, ninguno habrá abierto ese libro en concreto — suspiró — ¡en un diccionario de griego!, desde luego no es la materia favorita de la mayoría.

—Sí, pero vienen a menudo sabios de los lugares más lejanos a visitar la Real Biblioteca, ¿cómo es posible? Si han pasado 150 años... — el religioso se encogió de hombros sin saber realmente qué contestar.

—No lo sé, puede que no lleve tanto tiempo dentro de ese diccionario — se encogió de hombros.

—Me gustaría pedir os un favor — el padre Soler no contestó, porque era la primera vez que el Infante le decía algo así y no imaginaba qué podía ser — que no digáis nada a nadie, al menos de momento — el fraile se levantó nervioso, y le devolvió la carta sin querer tenerla ni un minuto más en su poder.

—Pero... el prior debe saberlo, el libro pertenece a la Biblioteca — el fraile intentó no demostrar el miedo que se había instalado dentro de su pecho, pero el chico contestó, seguro de sí mismo.

—Sí, lo entiendo páter, pero me gustaría encontrar el manuscrito del que habla, y ya sabéis lo que ocurrirá en cuanto la enseñemos, que no volveremos a verla nunca más. Seguramente la llevarán a Madrid para estudiarla o desaparecerá en algún museo — miró la carta que estaba de

nuevo entre sus manos — quiero saber qué pasó, por qué nunca ha aparecido esa obra de teatro ¿podría ser que cuando muriera Cervantes estuviera en su poder? — el fraile negó, decidido, con la cabeza

—Si eso hubiera sido así, hubiera salido a la luz, sería algo muy valioso, ¡la confirmación de que los dos mayores genios de la literatura no solo se conocieron, sino que el maestro Cervantes influyó en una obra de teatro del gran Shakespeare, que posteriormente le regaló! — murmuró el fraile pensativo

—Creo que tuvo una hija...

—Sí, y una nieta, que murió siendo una niña. Cervantes no tiene descendientes directos, pero tenía varios hermanos, seguro que alguno de ellos tuvo hijos y nietos — frunció el ceño intentando recordar sus estudios de literatura, pero nunca les prestó demasiada atención. Sus únicas devociones eran Dios y la música, por ese orden — creo...creo que hubo un rumor que decía que tuvo un hijo natural con una napolitana, que se llamaba... — hizo memoria, pero no fue capaz de recordar — no lo recuerdo — cuadró los hombros intentando razonar con el adolescente — si vuestro padre lo supiera, no lo aprobaría. Sabéis que todo lo que hay en el Monasterio pertenece a la Corona — observó la cara del Infante al que conocía perfectamente, pero que permanecía mudo, utilizando su silencio como un arma, algo en lo que ya era un maestro — supongo...que podríamos guardar la carta unas semanas e investigar un poco mientras tanto.

—¡Sí, eso es lo único que os pido! — el fraile asintió muy serio, y después comenzaron la clase, aunque en las maneras del Infante se podía adivinar que estaba deseando volver a la biblioteca para comenzar a buscar pistas, ¡quién sabía lo que podía encontrar!

Monasterio del Escorial, en la actualidad

Lorenzo había salido de la habitación de Félix Hernández a petición de Germán, que se puso los guantes para poder registrar tranquilamente el pequeño dormitorio. Solo tardó media hora en inspeccionar minuciosamente las pocas posesiones materiales del dueño. Después, se quedó pensativo en medio de la habitación observando la estrecha y sencilla cama, y el escritorio lleno de libros y donde también había un ordenador que se llevaría después. Una silla, un perchero, un armario con dos hábitos y un par de vaqueros, además de una cómoda con camisetas y ropa interior completaban sus posesiones. No parecía demasiado.

En la parte baja del armario, a la altura de su rodilla, se topó con una tabla donde reposaban dos pares de zapatillas de deporte y unos zapatos, pero no podía ver lo que había debajo, por lo que se arrodilló y metió la cabeza iluminando el suelo del armario con su linterna, y allí la encontró. Al fondo, había una caja de cartón pegada a la pared. Cuando la cogió alargando el brazo se sorprendió por lo que pesaba y la llevó al escritorio, sentándose para abrirla tranquilamente.

Parecía una caja de zapatos normal pero no tenía etiquetas ni marcas de ningún tipo por fuera. Al abrirla, encontró tres entradas para la casita del príncipe ya utilizadas, y otra caja, aunque esta era de madera y tenía seis monedas dentro que él no había visto antes. Cogió una de ellas y se la acercó a la cara para verla bien, era plateada y muy brillante, como si fuera nueva.

En una de las caras aparecían grabados una escuadra y un compás y en la otra una frase: “Pro veritate et iustitia” encima de una cara muy conocida, la de Cervantes. Entrecerró los ojos y repitió la frase en voz baja, intentando recordar su latín, si no se equivocaba quería decir: “Por la verdad y la justicia”. Volvió a dar la vuelta a la moneda y observó la otra cara, el compás

abierto estaba en contraposición con la escuadra creando un ángulo de noventa grados y formando un típico símbolo masónico. Cuando comprobó que todas las monedas eran iguales guardó todo en la caja de nuevo y la cogió junto con el ordenador. Fuera lo esperaba Lorenzo jugando con el móvil.

—¿Vamos a la habitación del otro hermano? — el chico le condujo tres puertas más allá. Después de realizar la misma inspección que con el otro fraile, solo encontró su ropa.

—Lorenzo — el chico se acercó, aunque no llegó a entrar en la habitación

—¿Qué?

—¿El hermano Alejandro no tenía portátil?

—Sí, todos los que estudian lo tienen, el resto tienen que utilizar los dos que hay en el cuarto de estudio.

—Ya, pues aquí no está el suyo, ¿tienes idea de donde puede estar? — Lorenzo se encogió de hombros y negó con la cabeza — está bien, vamos a ver a los demás.

—Ehhh, verás, es que me parece que ahora no pueden hablar contigo, están confesándose — Germán lo miró como si le estuviera tomando el pelo.

—¿Los cuatro?

—He ido a buscarlos mientras estabas en la habitación del hermano Félix porque no sabía dónde estaban, y me lo ha dicho el bibliotecario — se inclinó hacia él y le susurró — es con el que deberías hablar, sabe todo sobre ellos. Después del prior es el que más manda — frunció el ceño y dijo — aunque a veces parece que manda más que el prior — Germán no pudo evitar sonreír

—¿Y tú crees que ahora será un buen momento para hablar con él?

—Seguro, está solo en su despacho. Le molesta mucho cuando lo interrumpen, pero como eres un poli a ti no te regañará, seguro — Germán

permaneció serio a pesar de que le costó un poco mantener la compostura.

—No te preocupes por mí, estoy acostumbrado a que me regañen, te sigo Lorenzo.

Salieron del edificio por una puerta que había junto al despacho del prior, y atravesaron un claustro con columnas que rodeaba un pequeño jardín de rosales. Después de subir un par de tramos de escalera, entraron por una de las puertas laterales al salón principal de la Real Biblioteca. Germán se detuvo un momento observando los miles de libros que contenía aquella enorme estancia, era la parte del Monasterio que más le había impresionado, cuando sus padres lo llevaron a conocer el monumento con nueve años. Más que los cuadros, los tapices o las estatuas. Le pareció que estaba en otro mundo cuando vio los cuarenta mil volúmenes que dormían en las estanterías, vueltos del revés, con los lomos de los libros hacia dentro, como hacían siglos atrás pensando que así se conservaban mejor.

Por entonces estaba descubriendo la magia que suponía leer, había empezado con los tebeos que guardaba su padre de Tintín y Milú, y se volvía loco con ellos. Y con Astérix y Obélix, El Capitán Trueno...poco después seguirían las novelas policíacas para terminar devorando todo lo que caía en sus manos. Pero siempre recordaría el momento en el que vio esa sala por primera vez, seguro en su inocencia, de que aquellos libros serían mucho más divertidos que los que él tenía en su casa, ya que los habían comprado los Reyes. Sonrió y cruzó la sala pasando junto a las grandes estanterías de madera oscura llenas de libros, y a los globos terráneos, los astrolabios y otros instrumentos científicos que no reconocía. Levantó la mirada extrañado porque de repente los frescos y las cornisas le recordaron a la Capilla Sixtina, algo que no recordaba ni tampoco que allí hubiera tanta luz natural, procedente de cinco ventanas y cinco balcones que daban al Patio de los Reyes.

Hacia la mitad de la biblioteca entre dos grandes estanterías había una discreta puerta, que avisaba con el ya conocido cartel de “PRIVADO- NO PASAR”, que Lorenzo cruzó mirando hacia atrás para asegurarse de que lo seguía. Después de bajar cinco escalones, entraron en otra biblioteca mucho más pequeña y menos espectacular, pero a juicio del policía infinitamente más interesante. Estaba llena de manuscritos y de libros que parecían a la espera de que alguien les diera autorización para ir a exhibirse a la sala principal. Ese hombre debía ser el fraile que estaba sentado frente a ellos, en una gran mesa atestada de libros y leyendo uno de ellos ayudado por una lupa. El libro al que prestaba toda su atención tenía un tamaño considerable y estaba depositado sobre un atril dorado.

El bibliotecario debía tener unos 70 años y no parecía tener muy buen oído porque se sobresaltó al verlos frente a él, su pelo era completamente blanco y lo tenía cortado a cepillo. Era muy delgado, incluso huesudo.

—Padre Beltrán, soy Germán Cortés, inspector de policía — el fraile asintió nerviosamente. Germán se fijó en la silla en la que estaba sentado que hacía juego con la mesa y que era de madera muy oscura, con escenas del Quijote talladas por toda su superficie.

—Muchacho, te he dicho muchas veces que no me des esos sustos, tienes que avisar cuando estés aquí — el fraile miraba a Lorenzo con el ceño fruncido, pero al ver a Germán su expresión se hizo más cauta.

— No sé si le habrá hablado el prior sobre mí.

—Sí, pero no me avisó de que vendrías aquí — parecía ofendido por ello.

—Tampoco lo sabía él.

—¿Quieres sentarte?

—Sí, claro, muchas gracias — antes de hacerlo, Germán miró a Lorenzo, que le dijo.

—Esperaré en el pasillo — chico listo.

—Gracias, y cierra la puerta por favor — esperó a que lo hiciera antes de seguir hablando, mientras sacó su libreta y el boli, y aprovechó para mirar el libro que estaba sobre el atril.

—¿Es una edición del Quijote? — los ojos oscuros del padre Beltrán brillaron al poder hablar de lo que parecía ser su pasión.

—Sí, está hecha a mano y con unas ilustraciones preciosas — pasó su dedo índice suavemente por la página que permanecía abierta — adornado con pan de oro, entre otras cosas. Es una joya — suspiró — probablemente sea la edición del Quijote más bonita que he visto nunca.

—¿Es muy antigua? — lo miró sorprendido

—¿Qué? No — negó con la cabeza — ¡qué va!, el autor es un sevillano jubilado que antes trabajaba en la seguridad social. Terminó esta maravilla el año pasado después de diez años trabajando en él, pero dice que en su familia nadie lo valora demasiado — miró el dibujo que había en la página que estaba abierta y le hizo un gesto con el dedo a Germán para que se acercara a verlo — él lo hizo y miró por encima del hombro del fraile para poder ver la ilustración: eran Don Quijote y Sancho Panza sobre sus monturas, cabalgando hacia un ocaso en el que los rayos de sol eran débiles líneas doradas en relieve. Toda la página mostraba unos asombrosos tonos azules, marrones y dorados, él no entendía mucho, pero estaba seguro de que aquél dibujo era extraordinario.

—¿Y ese hombre nunca había hecho algo así? — volvió a su sitio pensando que le encantaría ver el libro entero.

—No, precisamente ha tardado tanto porque no ha podido dedicarle tiempo hasta que se jubiló. En una visita al Monasterio, me tropecé con él en la biblioteca cuando estaba admirando los frescos, y le pregunté si le gustaban, me dijo que sí y que a él también le gustaba pintar. Como buen

sevillano era muy entretenido hablar con él y después de un rato, me contó que estaba copiando a mano El Quijote, y que llevaba diez años trabajando en él, aunque iba a terminarlo pronto. Suele venir a menudo al Escorial porque una de sus hijas vive aquí, por lo que nos hemos visto varias veces, y en una de sus últimas visitas me dijo que quería traerme su libro para que lo valorara.

—¿Con qué fin? ¿quiere venderlo?

—Sí, me lo dejó en custodia hace unos días para que le diga en qué precio se podría vender. Según mi opinión, por supuesto.

—Sí, entiendo. Si no le importa, empezaremos con las preguntas.

—Claro — apoyó la espalda en la silla y dejó la lupa en la mesa, entrelazando los dedos y mirándolo tranquilo.

—Me gustaría que me contara qué relación tenía con el hermano Alejandro y el hermano Félix.

—¡Esos pobres chicos! — su rostro adoptó una expresión de pena y cabeceó afirmando — los hermanos que están estudiando lo hacen en gran parte bajo mi tutela, el prior hace tiempo que dejó en mis manos el control de sus estudios, sus horarios...todo. Es debido a que fui profesor en la universidad, él considera que soy el más indicado para hacerlo, por lo que yo soy el que trataba con ellos diariamente.

—Es decir — esa información era nueva — que usted dirigía sus estudios o estaban bajo su autoridad en todo — el anciano lo miró sorprendido.

—En realidad deben dirigirse a mí para todo lo que necesiten, incluyendo los permisos excepcionales para salir. Como te he dicho el prior ha delegado en mi su autoridad en el caso de los estudiantes universitarios. Con la cantidad de trabajo y responsabilidades que conlleva dirigir este lugar, necesita ayuda y yo me ofrecí a hacerlo, pero hay otros hermanos que se han

responsabilizado de tareas muy importantes como por ejemplo el hermano Esteban, que es el encargado de la dirección del colegio.

—¿Y qué me puede decir de los dos fallecidos? ¿se llevaban bien entre ellos? ¿y con los demás estudiantes?

—Los dos eran muy diferentes, Alejandro era más inteligente, más... decidido, enseguida entendía todo; a Félix le costaba más, pero Alejandro siempre le ayudaba, se complementaban. Los dos se llevaban muy bien y con el resto de los estudiantes también — abrió la boca y fue a decir algo más, pero en el último momento, no lo hizo

—¿Félix estaba muy afectado por la muerte de Alejandro?

—Estaba muy nervioso, pero considero que dentro de lo normal — nervioso, no triste, curiosa respuesta.

—¿Conoce a los profesores de la universidad que les daban clase?

—Claro. Todos los hermanos estudian en la Universidad Complutense, donde yo estuve dando clase varios años hasta que acepté el puesto de director de la biblioteca. Allí hay varios profesores a los que ellos saben que pueden recurrir si tienen algún problema, y uno de ellos especialmente es como si fuera de nuestra familia, incluso suele venir a comer con nosotros al menos una vez al mes. Es un buen amigo y siempre está pendiente de nuestros estudiantes.

—¿Y cómo se llama?, me gustaría hablar con él.

—Pedro Ferrara, es catedrático de Lengua Española y especialista en Cervantes — Germán asintió y preguntó algo que le daba vueltas en la cabeza desde hacía rato,

—¿Cervantes tuvo algo que ver con el Monasterio?, veo referencias tuyas por muchos sitios... — el padre lo miró sorprendido y pensó la respuesta durante unos pocos segundos.

— En realidad no, no hay constancia de que Cervantes visitara el

Escorial, lo único que se me ocurre es que al ser esta una biblioteca tan importante, tenemos muchas ediciones distintas del Quijote — entrecerró los ojos recordando — ¡ah, sí! creo que hay un cuadro suyo propiedad del Monasterio que está cedido al Palacio Real — Germán, entonces, sacó una de las monedas que había encontrado en la habitación de Félix y que se había guardado en el bolsillo del vaquero, y se la enseñó al fraile. Él extendió una mano huesuda para cogerla,

—No puedo verla bien, déjamela, por favor — la observó a través de la lupa y recitó la leyenda que había sobre la cabeza cervantina, pero cuando la giró y vio la escuadra y el compás, la moneda se cayó de su mano y miró al policía sospechosamente — ¿de dónde la has sacado? — la moneda vibraba sobre la madera como si no quisiera quedarse quieta, hasta que Germán la cogió de nuevo.

—Estaba entre las pertenencias del hermano Félix.

—¡No es posible! — Germán lo miró, asombrado ante su ferocidad.

—¿Por qué no?

—Porque es de una logia masónica y los masones son enemigos de la iglesia católica,

—Padre, eso es un cuento para niños, sé que antiguamente se pensaba que los masones eran los culpables de todos los males del mundo, pero... — el fraile levantó la mano como señal de que no quería seguir escuchándolo.

—Vete por favor, tu ignorancia es aceptable porque no eres miembro de nuestra comunidad, pero todos los hermanos saben perfectamente lo que opina el Papa Francisco sobre los masones. Y ninguno de ellos desconoce las consecuencias de jugar con algo así — señaló la moneda como si fuera contagiosa

—Con consecuencias ¿a qué se refiere?

—A la excomunión y a la expulsión de nuestra orden por supuesto, no

se puede ser masón y católico a la vez, es imposible. Esto es muy grave, me temo que tendré que dar parte al prior, por favor déjame a solas — el anciano cogió el bastón que tenía apoyado contra la mesa y se levantó. Al ver lo nervioso que se había puesto, Germán decidió marcharse de momento, pero volvería porque estaba seguro de que el bibliotecario sabía mucho más de lo que le había contado.

## CINCO

Real Monasterio del Escorial, 12 de junio de 1.770

Gabriel bajó del coche de caballos rápidamente sin poderse creer que estuviera allí de nuevo, inclinó la cabeza a modo de saludo al pasar junto a dos frailes al atravesar el Patio de los Reyes, y no bajó la velocidad hasta que llegó a la basílica. Una vez dentro, se quedó quieto unos segundos intentando calmarse y se santiguó, entonces, escuchó el sonido del clavecín y respiró aliviado. Incluso pudo controlarse para no subir corriendo las escaleras del coro, bajo la mirada curiosa de los frailes y sacerdotes que rezaban el rosario.

El padre Soler esperaba a que terminara la decena de avemarías para volver a tocar la entrada para la siguiente, cuando escuchó el crujido de los viejos escalones del coro, levantó la mirada sorprendido y sonrió al reconocerlo ¡por fin sabría lo que había ocurrido! Se saludaron sin palabras y el Infante se sentó en el primero de los bancos que había frente al clavecín, poniéndose cómodo para esperar a que terminara el rosario. Cuando se acabó y los frailes se fueron, el padre se levantó y se dirigió a Gabriel que también se había puesto en pie y le puso la mano en el hombro mirándolo con gravedad,

—¿Cómo os encontráis alteza? — había rumores de que su padre no dejaba que se alejara de su lado, ni siquiera para venir al Monasterio. Eso le había acarreado varios enfrentamientos con su hermano Carlos, el heredero al trono, porque estaba celoso de la relación del Rey con Gabriel. Por eso el Infante había tenido que esperar a que la familia Real viniera al Monasterio a pasar el verano, para poder venir él mismo.

—Bien, bien. Imagino que lo decís porque su majestad no me ha dejado venir antes — se encogió de hombros — ¡como me voy a quejar porque mi padre me tenga cariño! Pero sentémonos padre que, aunque he venido sentado en el coche, tantas horas de traqueteo siempre consiguen cansarme.

—Por supuesto alteza y permitidme que os diga que estoy de acuerdo con vos, en que sois afortunado porque vuestro padre os quiera tanto.

—Sí — bajó la voz cambiando de tema — imagino que tenéis ganas de saber si tuve éxito — el fraile asintió y él sonrió encantado de poder contárselo a alguien, por fin — pues bien, ¡lo tuve, y ya sé lo que ocurrió!, aunque no conozco el motivo — miró hacia las escaleras antes de continuar — puedo aseguraros que el manuscrito no salió de Inglaterra, a pesar de los deseos de su dueño — el sacerdote no se sorprendió, porque después de tanto tiempo sin haberlo encontrado se imaginaba algo así — es posible, aunque esto no tiene demasiada importancia, que la razón fuera porque James Dalton, el amigo de Shakespeare, tuviera graves problemas económicos y se viera obligado a vender el manuscrito. En cualquier caso, estoy seguro de que Shakespeare murió convencido de que su regalo había llegado a manos de Cervantes.

—Pero ¿sabéis quién lo tiene ahora? — el Infante asintió muy sonriente.

—El Conde de Fitzwilliam. He podido leer una copia de sus posesiones, que son cuantiosas, porque es uno de los hombres más ricos de Inglaterra y en ella se describe un manuscrito como el que buscamos — se quedó pensativo un momento — y aunque está catalogado como una copia, por los detalles de la compra, creo que es el original.

—¿Creéis que algún antepasado suyo se lo compró al señor Dalton?

—Por las fechas creo que lo debió de adquirir su abuelo — sonrió

irónico — además, al conde actual no le interesan ese tipo de obras — el sacerdote lo miró extrañado

—¿No es amante de la cultura? — el Infante lo miró con una sonrisa muy particular.

—Sí, pero solo de la musical, por lo que he podido saber es un apasionado de las sonatas de Doménico Scarlatti — el religioso lo miró incrédulo.

—¡No puede ser! — el hijo del Rey sonreía con tanta alegría que contagió al sacerdote — ¿es posible que todas las composiciones que he escrito a lo largo de mi vida tengan un propósito y sea este? — Gabriel se puso serio porque él no podía ofrecer lo que no era suyo.

—No puedo pedirlo eso, no tengo derecho a hacerlo, pues sé que sería un gran sacrificio.

—No, por supuesto. Pero antes de que continuemos con esta conversación, permitidme preguntaros si habéis pensado en lo que hablamos la última vez que estuvisteis aquí — el Infante frunció el ceño contrariado

—Pensé que eso ya estaba aclarado.

—No, alteza, porque aún no estoy convencido de que lo que estamos haciendo sea lo más apropiado — Gabriel ladeó la cabeza al hablar con él, como si intentara averiguar lo que pensaba de verdad.

—Sí, ya lo sé. Recuerdo que me dijisteis que, después de descubrir quién tenía el manuscrito, debía ponerlo todo en conocimiento de mi padre.

—Sí, os dije que era lo justo. Alteza, vos ya sois un hombre, hace tres años que encontrasteis la carta y hasta ahora, he entendido este afán investigador y casi científico por buscar el paradero del manuscrito. Incluso os admiro por la inteligencia y la perseverancia que habéis demostrado durante este tiempo para encontrarlo, pero...

—Antes de que sigáis — el religioso frenó su argumentación —

permitidme que os conteste a algo que me dijisteis las navidades pasadas, hace ya seis meses. Me pedisteis que pensara si era honorable que le ocultara a mi padre y al prior la existencia de la carta.

—Así es.

—Pues lo he hecho, y he recordado a dos filósofos griegos que admiráis — el padre hizo una mueca porque imaginaba lo que iba a decir — Aristóteles y Platón. Aristóteles decía que la justicia es dar a cada uno lo que es suyo o lo que le corresponde, y para Platón, la justicia se basa en la idea de hacer el bien — sonrió traviesamente — sólo os voy a hacer una pregunta ¿qué creéis que haría Jesucristo con el manuscrito, se lo daría a mi padre o a quien le pertenece por sangre?

—Y vos pensáis que lo justo sería dar a uno de los herederos de Cervantes el manuscrito, si llegáis a encontrarlo.

—Dar no, devolver sí. Es lo justo. Bastante hemos maltratado los españoles a Miguel de Cervantes ya, yo creo que deberíamos de intentar compensarle un poco a través de sus herederos, si está en nuestra mano — el fraile, con las manos cogidas a la espalda, comenzó a pasear de un lado a otro durante unos minutos mientras pensaba. Gabriel esperó, tranquilo, porque era algo que solía hacer cuando tenía que tomar una decisión importante, y cuando lo hizo se paró frente a él mirándolo muy serio.

—Si queréis saber si estoy de acuerdo en si eso es lo que haría nuestro Señor — se santiguó — la respuesta es que sí y... — alargó la frase unos segundos — y si a ese lord le gusta tanto la música, ya tenéis algo con lo que negociar.

—Padre, no os he pedido nada ni me atrevería a hacerlo. Había pensado ofrecerle dinero, aunque creo que es más rico que Crespo.

—Alteza, no me lo habéis pedido, pero yo os ofrezco mi trabajo — lo miró sonriente — ¡y ojalá mis humildes composiciones sean del agrado del

señor conde!

—Sabéis que lo serán, estoy seguro de que ya conoce vuestras sonatas, y si no es así, las buscará en cuanto lea mi carta.

—¿Lo escribiréis? ¿directamente? — era arriesgado — sería mejor que lo hiciera yo, podría decir que el interés proviene de alguien de la familia real, sin especificar a ninguna persona, ¿qué os parece?

—No lo sé, no quiero que os metáis en este lío.

—Sería mejor para todos. En cuanto vean que la carta procede de vos podéis tener problemas, en cambio, si la escribo yo pasará desapercibida. Además, creo que mi inglés sigue siendo mejor que el vuestro — la broma provocó que Gabriel riera a carcajadas y se levantara.

—En eso tenéis toda la razón, si no os importa voy a ir a mis habitaciones, estoy cansado.

—Por supuesto — el sacerdote se sentó de nuevo en el banco mirando hacia el clavecín y sonrió al saber que su música viajaría a otro país. Siempre había intentado no pecar de orgullo y se repetía que no le importaba que no conocieran sus composiciones, pero rezó dando gracias a Dios porque otras personas, aparte del resto de los frailes, de la Familia Real y de sus invitados, disfrutarían de su música.

Todavía en el Monasterio, pero en la actualidad

Germán tenía una rara sensación de urgencia que le hizo interrogar a los cuatro frailes a la vez, y por eso le dijo a Lorenzo que lo llevara hasta ellos, mientras un hormigueo en la nuca le avisaba de que iba a pasar algo grave.

Estaban en una parte semi oculta del jardín trasero sentados en dos bancos alrededor de una mesa de granito, pero cuando Lorenzo se iba a acercarse a ellos lo sujetó por el brazo, ocultándose los dos detrás de una encina. Desde allí no podía escuchar lo que hablaban, pero sí estudiar su lenguaje corporal, lo que hizo durante un par de minutos dándose cuenta de que los cuatro parecían estar muy nerviosos. Después, salió de su escondite acompañado por su guía adolescente,

—Hola, este es Germán, el inspector. Quiere hablar con vosotros — Lorenzo no perdía el tiempo, aunque por las expresiones de ellos, lo esperaban,

—¿Os importa que me sienten con vosotros? — uno de ellos, el más bajito, señaló un asiento que había a su lado, mientras que Lorenzo se dirigió a un árbol cercano en el que se apoyó, observando un par de pájaros que trinaban entre las ramas. Germán dedicó toda su atención a los frailes,

—Decidme vuestros nombres, por favor — se fueron presentando uno a uno.

—Guzmán — ese era el bajito y rubio y el que llevaba la voz cantante.

—Eduardo — pelirrojo y aparentemente muy tímido o tenía algo que ocultar, porque estaba excesivamente nervioso.

—Ismael — también rubio, de sonrisa fácil.

—Salvador — moreno y con los ojos hinchados y rojos. Decidió empezar por él porque parecía el más prometedor.

—Salvador, ¿qué relación tenías con los fallecidos? — Guzmán abrió la boca, pero Germán lo miró de tal manera que la cerró en el momento. El asunto era demasiado importante como para aguantar las tonterías del listillo de la congregación.

—Alejandro era mi primo, nos criamos juntos y me llevaba dos años, por eso ingresó un poco antes que yo en la orden. Incluso estoy estudiando

lengua, lo mismo que él. Nos solían llamar los gemelos porque físicamente nos parecíamos mucho.

—Lo siento mucho, y con Félix, ¿te llevabas bien? — él asintió, pero no pudo seguir hablando porque había comenzado a llorar, lo hacía sin vergüenza, como si fuera un niño. Al ver que se limpiaba las lágrimas con la manga del hábito, le pasó un paquete de pañuelos de papel y decidió continuar con Guzmán, porque le parecía que los demás no hablarían si él no lo hacía.

—Guzmán, lo primero que quiero que sepáis es que el único propósito de esta investigación es descubrir quién asesinó a Félix y por qué, y hacer que pague por lo que ha hecho — sonreía sin pudor contrastando con las lágrimas que seguía vertiendo Salvador.

—Lo comprendemos, pero no hay mucho que podamos contarle.

—¿Quién ha cogido las cosas de Alejandro de su habitación? — al parecer no esperaba esa pregunta porque se puso rojo y por su cara le pareció que podía ser él — ¿tienes tú, su ordenador y sus cosas? ¿por qué las has cogido?

—Yo...no, no las tengo — los demás lo miraban sorprendidos, como si no supieran nada. Guzmán tragó saliva y dijo más tranquilo — ni tampoco creo que las tenga nadie — no sabía si había sido él, pero por su forma de comportarse, estaba seguro de que sabía algo. Entonces, cogió la moneda y la dejó encima de la mesa consiguiendo que los cuatro la miraran fijamente, pero el único que reaccionó fue Salvador que parecía aterrado.

—Ahora decidme si sabéis qué significa esta moneda o si la habéis visto antes — Salvador había dejado de llorar, pero Germán supo, al ver la expresión de Guzmán, que ninguno de los cuatro diría nada, al menos delante de él — ¿nadie me puede decir nada? — los cuatro desviaron la mirada — está bien, podéis pensarlo un día o dos — dejó una tarjeta sobre la mesa — y

os recuerdo que estamos investigando un caso de asesinato y que si ocultáis información puedo pensar que tenéis algo que ver, o que quizás hayáis sido uno de vosotros el que les cortó la carótida a vuestros compañeros.

Después de echarles una última mirada y de recoger la moneda, se fue seguido por Lorenzo que tenía ojos de alucinado, aunque no se atrevió a hablar hasta que estuvieron dentro del edificio.

—¡Madre mía! — soltó un silbido de admiración. Germán, bastante cabreado porque le estuvieran haciendo perder el tiempo, se giró hacia él y le dijo

—Lorenzo, ¿siempre son así de gili...quiero decir de poco colaboradores? — el chico rio por lo bajo

—¿Quieres decir gilipollas? — el poli sonrió al escucharlo, luego asintió — Guzmán es el peor, cuando él no está, los demás son normales, pero él controla a los otros tres, quizás sea por su tío...pero ¡qué fuerte! — sacudió la mano, impresionado por lo que había dicho el policía, y Germán le sujetó el brazo para que se quedara quieto un momento,

—¿Quién es su tío?

—El bibliotecario — lo miró extrañado — creía que lo sabías

—No, no tenía ni idea — murmuró, aunque tendría que valorar esa información más tarde, porque en ese momento no tenía tiempo para hacerlo.

—Creía que me habías dicho que eran majos — señaló con el pulgar en dirección al jardín, mientras seguían andando hacia el pasillo, para que supiera a quienes se refería.

—Es que hay otros frailes que son mucho peores, aunque no te lo creas — el policía siguió su marcha porque tenía que volver al Centro, pero sacó otra tarjeta de su cartera y se la dio a Lorenzo.

—Quédatela por si necesitas algo, me parece injusto que yo tenga tu teléfono y tú no tengas el mío — el chico sonrió mirando el nombre y el

teléfono del poli y guardó la tarjeta en el bolsillo de sus vaqueros — y ahora devuélveme la caja y el ordenador, por favor — Lorenzo abrió su taquilla, en la habitación donde los empleados guardaban sus cosas personales, junto a la cocina y le devolvió todo. El policía le revolvió el pelo y le dijo — eres un buen chico, Lorenzo — después salió, harto de ver hábitos.

Miró el móvil cuando estuvo en el coche, eran las dos y media de la tarde y tenía dos llamadas perdidas de Isabel, hizo una mueca porque en la mayor parte del convento no hubiera cobertura y pulsó el botón de devolución de llamada, mientras se incorporaba a la carretera para volver a Madrid y al mundo real.

Isabel estaba sola esperándolo en el garaje del centro y en cuanto frenó a su lado, entró en el coche

—¿Qué ha pasado? — él resopló después de darle un beso rápido en los labios y se quedó mirando al frente, con la cabeza a punto de reventar con tanta información

—Nada, que me siento como si llevara una semana allí encerrado, ¿y los demás?

—Se han ido al mesón de enfrente — después de ponerse el cinturón lo miró fijamente — pero tú no quieres ir allí, ¿no? — él sonrió, encantado de que lo conociera tan bien y ella, al verlo sonreír de esa manera, supo que era imposible que dejara de quererlo.

—No brujita, podemos comer en otro sitio a medio camino de la universidad. Tengo que hablar con un profesor porque quiero informarme sobre algunas cosas, antes de volver al Monasterio.

—¿Qué ha pasado?

—O me está fallando el instinto o mienten casi todos. Algo extraño ya que hablamos de los componentes de una orden religiosa, pero ya veremos. ¿Qué tal con Scotland Yard?

—Al parecer, el hermano de Gilda no mentía y nos han mandado todo lo que tienen, pero no encontraron huellas ni rastros de ADN del asesino, y como nos dijo, en los baños no hay cámaras.

—Ya, exactamente igual que en el coro, me refiero a lo de las cámaras...al parecer el asesino, en los dos casos, sabía lo que se hacía. ¿Te han mandado fotos de las pertenencias de los dos muertos?

—Sí — sacó su cuaderno de notas del bolso para poder consultarlo — en el caso de Alejandro una cartera con el D.N.I., la carta que te he comentado antes, un plano de Londres y un billete de metro. Creo que eso es todo... ¡ah, y algo de dinero, claro! y Félix no llevaba nada, excepto las llaves de algunas de las verjas de dentro de la basílica y pañuelos de papel.

—Es lógico que no llevara la cartera, porque estaba en el Monasterio, ¿pero ninguno de los dos tenía una moneda como esta? — se la enseñó — estaba escondida en la habitación de Félix en una caja con otras cinco monedas iguales y unas entradas, también tengo su ordenador en el maletero. Sin embargo, en la habitación de Alejandro no había nada. Lo hablaré con el prior, pero antes deberíamos estar seguros de que no lo tiene algún poli.

—Me extraña, porque no se había iniciado ninguna investigación en España y Scotland Yard, que yo sepa, no había pedido ayuda.

—No, da la sensación de que nadie quería saber qué había pasado en realidad, pero, centrémonos. Me queda claro que Félix no llevaba nada encima, pero ¿has podido ver si Alejandro llevaba encima alguna moneda como esta? Has dicho que llevaba dinero... — ella volvió a mirarla sosteniéndola entre el índice y el pulgar.

—Sí, unos pocos billetes y monedas, he visto la foto de lo que llevaba en los bolsillos, pero no se veían las monedas con tanto detalle como para saber si eran como esta.

—Habrá que pedir que nos manden una foto más clara para estar

seguros.

—Claro.

A las cinco aparcaban en la Facultad de Filología perteneciente al Campus de la Universidad Complutense, en Moncloa.

—¿Qué hacemos aquí? — Isabel miró alrededor asombrada al ver todo vacío debido a las vacaciones de verano. Ella había estudiado en ese campus y siempre estaba lleno de gente.

—Hay un profesor que da Historia de Literatura Española que tiene mucha relación con los frailes. Al parecer, el prior y el bibliotecario están tranquilos si los hermanos estudian aquí, porque tienen mucha confianza en él — Isabel puso cara de alucinada — ya, eso pensé yo, pero aquello es otro mundo. En total son 52 hermanos, me puedo tirar semanas allí metido y no llegar a saber cómo funciona todo realmente. Creo que hay muchas corrientes subterráneas en aquel aparente remanso de paz — abrió la puerta para que pasara Isabel y luego lo hizo él.

—Imagino que habrás comprobado que el profesor que venimos a ver no está de vacaciones.

—Sí, he llamado antes y me han dicho en la secretaría que Pedro Ferrara, que es su nombre, todavía está trabajando — se detuvieron ante un directorio para buscar el despacho y después de ubicarse, desanduvieron parte del camino y giraron a la derecha por uno de los pasillos que había en esa planta.

Era el tercer despacho y la puerta estaba abierta, por lo que pudieron escuchar parte de la conversación y los dos se quedaron clavados en la entrada, al oír los gritos,

—¡No, escúcheme usted a mí! — fuera quien fuera el que hablaba por teléfono estaba muy enfadado — perdone, pero ya hace cuatro días que ha desaparecido, y su familia y todos los que la conocemos estamos muy

preocupados — se quedó callado unos segundos — no, ¡por supuesto que no lo admito!, su madre me acaba de llamar y me ha dicho que no le dicen nada. Si insiste, iré más tarde a la comisaría... — volvió a quedarse en silencio — sí, por favor, tome nota y si me puede llamar el compañero que lleva el caso, se lo agradecería. La desaparecida es Laura Barco Fernández — Germán sacó el móvil del vaquero y miró el mensaje de Claudia, aunque desde el principio había intuido que el desconocido estaba hablando de ella. Le pasó el mensaje a Isabel para que lo viera y ella lo miró durante varios segundos con los ojos tan grandes como los de una lechuza miope,

—¡No es posible! — susurró, y él asintió

—Es lo que te decía, esto es más gordo de lo que parece, está todo relacionado. Porque ya sabes lo que opino yo sobre las casualidades...

—Que no existen — el profesor, si era él, acababa de colgar por lo que Germán aprovechó para llamar a la puerta y asomar la cabeza.

—Buenas tardes, somos Germán Cortés e Isabel Martín, de la policía — entraron y enseñaron sus placas y el profesor se levantó frunciendo el ceño, adelantándose con la mano extendida para saludarlos. Era un hombre bien vestido, alto y delgado, y los recibió con una sonrisa bondadosa en la cara, aunque parecía preocupado.

—Hola, soy Pedro Ferrara ¿es que han encontrado a Laura? — señaló el móvil que había sobre su mesa — precisamente estaba hablando con la policía, preguntando si sabían algo nuevo — pero Germán no quería que se hiciera ilusiones,

—No, no venimos por Laura, aunque más tarde intentaré enterarme de cómo va la investigación sobre su desaparición. Una prima suya a quien conozco, me lo ha pedido — el profesor quitó unos libros de las sillas que había ante su escritorio para que se pudieran sentar, y los colocó sobre un montón de papeles que parecían exámenes a medio corregir y que estaban

sobre una mesa cercana, mientras murmuraba unas disculpas por el estado de su despacho.

—Entonces, si no es por Laura — los miró sorprendido — ¿por qué han venido? — de repente abrió la boca y dijo — ¡lo siento, por supuesto!, ¡pobre Félix! Y, además, ¡después de lo de Alejandro!, imagino que los ha mandado Benito — Germán asintió. El profesor se frotó la frente como si le doliera la cabeza — perdonen, pero la desaparición de Laura nos ha dejado destrozados. Trabaja es este departamento como becaria y además está preparando su trabajo de fin de grado — miró suplicante a Germán a los ojos — la conozco desde que empezó la carrera, y no es propio de ella desaparecer así. Estoy seguro de que le ha pasado algo.

—Lo entiendo y haré lo posible por ayudar — por el rabillo del ojo vio que Isabel ya estaba preparada para tomar nota — pero ahora, si no le importa, cuénteme cómo eran Félix y Alejandro y cómo se comportaban en la universidad — el profesor inspiró profundamente y se encogió de hombros.

—No sé qué decirles, eran dos chicos normales, con la diferencia de que eran frailes, por supuesto. Eso hacía que su relación con el resto de los alumnos y los profesores fuera diferente a la de los demás, pero los dos eran inteligentes y trabajadores, muy buenos alumnos, y respetuosos con todos.

—¿Sabe si tuvieron algún problema con alguien de la universidad?, ¿o si entraron en alguna hermandad? — pareció muy sorprendido.

—Estoy seguro de que nunca discutieron con nadie, pero tampoco tenían mucha relación con el resto de los alumnos. No iban de copas ni a jugar a las cartas, ni nada parecido, en los ratos libres estaban siempre juntos y aislados del resto.

—¿Y con usted se llevaban bien? — el profesor sonrió

—¡Claro que sí! y por favor, si no le importa ¿podemos tutearnos?, tengo 50 años, no 80 — Germán sonrió

—Por supuesto. Creo que estaban haciendo los trabajos de fin de carrera.

—Sí, yo dirigía los dos.

—¿Sobre qué trataban? — Pedro se giró hacia el portátil que tenía al lado y buscó los datos, luego contestó,

—El título del trabajo de Alejandro era “La influencia de Cervantes en el teatro mundial” — Germán observó cómo lo apuntaba Isabel e intentó no mostrar sorpresa, seguro de que el de Félix también tendría que ver con Cervantes — y el de Félix era “Entre Cervantes y Shakespeare” — se encogió de hombros — los dos títulos eran bastantes novelescos, pero los pusieron ellos y era algo que tenían muy claro — Germán sacó la moneda, ningún momento mejor que este para enseñársela

—¿Habías visto una como esta, alguna vez? — Pedro la cogió y estuvo observando las dos caras durante un par de minutos.

—No... — siguió mirándola de cerca — la escuadra y el compás son los símbolos más recurrentes de los masones, aunque no es un tema del que yo entienda demasiado.

—Eso creo — señaló la moneda con el índice — ¿y tiene alguna relación la inscripción en latín con Cervantes, o con la masonería que tú sepas? — el profesor lo tradujo con el ceño fruncido y luego miró a Germán

—“Por la verdad y la justicia”, no, ni idea, no es algo que se haya relacionado antes con Cervantes. Puede ...puede que esté en alguna de sus obras, pero no me suena. Y con la masonería, ni idea, no sé qué deciros la verdad, estoy muy sorprendido ¿de dónde ha salido? — se la devolvió de Germán después de echarle un último vistazo.

—La tenía Félix en su habitación ¿Sabes que la iglesia católica mantiene una especie de guerra contra la masonería?, hace un rato el bibliotecario del Monasterio se ha enfadado bastante cuando le he enseñado

esta moneda — el profesor sonrió comprensivo.

—Podría ser porque el nuevo Papa es profundamente hostil a los masones, pero todo este tema huele a rancio porque la Iglesia siempre ha estado en contra de la masonería.

—Gracias, creo que eso es todo, de momento. Si averiguo algo sobre Laura te avisaré, si me das tu número... — se intercambiaron los teléfonos.

—Muchas gracias — el profesor movió la cabeza con preocupación — es una gran chica, todo esto no tiene sentido — se despidieron y cuando estuvieron junto al coche, Isabel preguntó con cara de asombro,

—¿Qué es todo eso de Cervantes y los masones? ¿y cómo es posible que la becaria desaparecida sea la prima de Claudia? — Germán hizo una mueca antes de contestar

—Ni idea, y estoy seguro de que solo hemos arañado la superficie, ¿qué te había dicho de las corrientes subterráneas?

## SEIS

El Escorial, 8 de febrero de 1772

El fraile marchaba delante alumbrando con una antorcha los escalones y el Infante lo seguía, despacio, para bajar por primera vez a las entrañas de La Mina, pues así llamaban a los túneles que recorrían la lonja del Monasterio. Hacía un frío terrible, pero al menos bajo tierra no encontrarían nieve, al contrario que en la superficie donde había más de dos metros desde hacía días.

—Por fortuna mi padre mandó construir estas galerías y, además, creo que ha sido bueno para las gentes que trabajan en el Monasterio.

—Sí, alteza — el padre Soler miró su plano y giró a la izquierda.

—Espero que no nos perdamos — en su voz se escuchó un ligero temor porque el Infante tenía miedo a los espacios cerrados.

—No lo creo, el dibujo me lo ha hecho Fray Pontones, el hermano que dibujó los planos para vuestro padre. Se conoce el lugar como la palma de la mano — Gabriel lo llamó de repente.

—Padre, esperad — el religioso se volvió hacia él y obedeció mientras se miraban a la luz mortecina de la antorcha. El padre Soler tenía 43 años y se le notaban, era un anciano, por eso Gabriel valoraba aún más lo que estaba haciendo por ayudarlo — solo quiero decir que no tenéis ninguna obligación de hacer esto — Antonio Soler frunció el ceño y miró las sonatas que llevaba en la mano derecha. Las había estado copiando y encuadernando él mismo, un trabajo que le había llevado semanas y que había hecho con alegría. Por eso estaba sorprendido viendo la expresión de pesar de su alumno, hasta que imaginó a qué era debida.

—¡No, no, por Dios, no estoy triste!, os lo aseguro alteza — el Infante lo observaba fijamente, intentando averiguar si era sincero — escuchad, si no hubiera sido por todo esto, mis obras solo se hubieran escuchado en el Monasterio. Os estoy agradecido por darme esta oportunidad, sé que quizás peco de orgullo, pero soy feliz pensando que mi música podrá escucharla más gente.

—¿De veras pensáis así?

—Os lo aseguro — Gabriel, que ya era más alto que él, inclinó la cabeza, más tranquilo.

—Está bien, entonces vayamos al encuentro del conde — los esperaba al final de la galería junto a un hombre de confianza de Gabriel, a quien este hizo un gesto para que se apartara unos metros y los dejara hablar en privado.

—¿Lord Fitzwilliam? — el inglés asintió y los sorprendió al hablar en español, aunque con un fuerte acento

—Sí señor, encantado de conoceros — a pesar de que no habían desvelado su nombre ni su condición, se notaba que sabía quién era Gabriel.

—Igualmente. Perdonad el secreto, pero es muy importante que nadie conozca esta reunión, y más teniendo en cuenta la situación entre nuestros dos países. ¿Habéis traído el manuscrito? — el lord asintió y sacó de su pecho un fajo de papeles antiguos, doblados en cuatro y atados con un fino cordel. Gabriel los tomó con precaución y los leyó por encima, aunque en cuanto vio la primera página reconoció la letra. Era la misma que la de su carta. Entonces, el padre Soler entregó al inglés el libro de partituras primorosamente encuadernado. El lord lo cogió entre sus manos como si fuera un tesoro.

—¡Las 27 sonatas! — el religioso respondió con una sonrisa a la felicidad que veía en aquel aristócrata extranjero, que recibía su música con una alegría sin límites. Lord Fitzwilliam intentó dirigirse a él correctamente

— ¿sois hermano o padre? — divertido, le contestó

—Si queréis, podéis llamarme padre, aunque sin ser católico no sé si os place — el inglés restó importancia a aquello con la mano y dijo

—Padre, desde vuestra primera carta, he escuchado algunas piezas que habéis compuesto y debo deciros que es increíble que mundo no os conozca. ¡Habéis superado al gran Doménico Scarlatti!, ¡por Dios, sois un genio!, y, sin embargo, estáis aquí encerrado — no parecía comprenderlo.

—Olvidáis milord, que antes que músico, soy un servidor de Dios — cuando terminó su frase se dio cuenta de que hacía rato que Gabriel los observaba, aunque sin intervenir — ¿entonces, estáis conforme con nuestro acuerdo, señor? — el inglés asintió metiendo el cuaderno en el mismo sitio donde antes tenía el manuscrito, y Gabriel hizo lo propio escondiendo las hojas bajo su chaleco. Luego dijo, alargando la mano al inglés,

—Entiendo, milord, que estamos en paz — el aristócrata lo miró con fijeza un instante y luego al fraile, y asintió — entonces permitid que Basilio os acompañe a la salida — hizo un gesto al sirviente que guió al inglés en dirección contraria a la que iban ellos.

—Vámonos padre. Hasta ahora hemos tenido suerte, pero no sé cuánto tiempo nos durará, además mi padre me echará en falta enseguida si no llego a la cena a tiempo.

—Sí alteza — los dos se encaminaron a la salida a paso vivo.

Actualmente...

Llegaron al Centro en pocos minutos. Amaro esperaba impaciente a Germán y mientras el poli entraba en su despacho, Isabel volvió a su mesa discretamente,

—¡Creía que te ibas a ordenar fraile! — se sentó antes de contestar,

—Pues no he terminado con ellos, ni mucho menos — lo miró fijamente — si fuéramos dos, iría más deprisa.

—Ya, pero hasta que no venga Dominó...

—Lo sé, lo sé — se acomodó en la silla, suspirando.

—Podría acompañarte yo, si es imprescindible. Pero necesito que aquí se quede Isabel, por si acaso — lo miró alucinado

—¿Para qué quieres venir? — Amaro se mosqueó, que era lo que él quería. No podía evitarlo, le encantaba ver cómo se cabreaba.

—Te recuerdo que yo también he hecho tu trabajo antes de ser tu jefe, listillo — Germán no se carcajeó por respeto, bueno, y porque no quería que el enfado le durara demasiado.

—Ya, pero hace tanto tiempo...y actualmente hay métodos que desconoces — chascó la lengua — no sé si serías capaz de utilizarlos, ya sabes...esas cosas de las huellas, los ordenadores, la luz azul. Instrumentos para ayudar a los investigadores, y que en tu época no se habían descubierto — se inclinó hacia delante, como si fuera a hacerle una confidencia — para que te hagas una idea, ya no utilizamos los coches de caballos — Amaro dudó entre tirarle algo o reírse con él, pero no se pudo resistir y terminaron riendo juntos y Germán pareció aliviado — ¡necesitaba reírme un poco!

—Se te notaba. Pero cuéntame lo que sabes y ¿qué es esto? — señaló la caja y el portátil que había dejado sobre su mesa.

—Aquello es un follón de cojones y esto estaba en la habitación del último asesinado, a ver si sacamos algo del portátil.

—Lo del follón de cojones es una descripción muy técnica — ironizó su jefe, y él asintió con una mueca burlona.

—Sumamente técnica.

—Sigue y déjate de rollos.

—Creo — pero rectificó en cuanto lo dijo — bueno, creo no, estoy

seguro de que los dos asesinatos están conectados.

—¿El de Londres y el de Madrid?

—Sí, además, he encontrado continuas referencias en el Monasterio a Cervantes y cuando he ido a hablar con el profesor... — Amaro lo interrumpió.

—¿Qué profesor?

—El prior me ha dado el nombre de un profesor con el que estudian varios de los frailes en la Complutense. Tiene muy buena relación con el prior y el bibliotecario, y es director de los trabajos de fin de carrera de los dos que han muerto.

—¡No me jodas! ¿estudiaban lo mismo?

—Sí, y además hay una chica... — frunció el ceño — ¿sabes que me ha llamado Claudia Barco?

—¿Quién es esa?

—La que estuvo prometida a Francisco Jiménez Matís, uno de los muertos de nuestro caso anterior — su jefe parecía confundido.

—Pero ese chico era gay, ¿no? ¿cómo es que tenía una prometida? — Amaro nunca entendió ese tema.

—Eso no importa, te lo digo para que sepas quien es. Creía que a lo mejor te lo había contado Isabel.

—Isabel no me dice nada, a menos que tú le digas que me lo cuente, es peor que tú — gruñó

—Escucha, Claudia me ha llamado esta mañana para pedirme ayuda porque una prima suya lleva desaparecida cuatro días. Cree que los polis que lo llevan no están tomándoselo en serio.

—¿Es menor?

—Eso le he preguntado yo, pero no. Está trabajando de becaria y preparando el trabajo de fin de carrera, con el mismo profesor con el que he

estado hace un rato.

—Es decir... — Amaro a estas alturas estaba hecho un lío.

—Es decir, que, en la misma facultad tenemos dos alumnos asesinados y una becaria desaparecida, de momento — Amaro se echó hacia atrás en la silla haciendo que la pobre se quejara con un chirrido. Su jefe ese verano había vuelto con unos kilos de más, añadidos a los que le sobraban habitualmente. De hecho, había algún botón de su camisa que amenazaba con salir disparado y Germán temía por su integridad física.

—¡Joder! — ya había caído en lo que significaba la desaparición de la prima de Claudia.

—Eso mismo — se levantó — y no te cuento, para que no tengas pesadillas, que este misterio está aderezado con masones, Cervantes y Dios sabe qué más. Me voy a mi despacho que quiero ver un par de cosas y luego visitaré la casa de esa chica, si tengo suerte encontraré algo interesante en su habitación — pero en lugar de ir a su despacho fue a la mesa de Isabel, a llevarle el portátil. Ella tardaría menos que los de informática y si había algo que no pudiera abrir, se lo mandarían a ellos.

—Toma, el ordenador — ella lo cogió sin preguntar porque ya se lo había explicado en el coche — y te voy a pasar los datos que me ha mandado Claudia, para que busques quien lleva la desaparición de su prima y a ver si podemos conseguir la información que tengan. Luego quiero acercarme a su casa — se iba a marchar, pero se dio la vuelta porque se le acababa de ocurrir algo más — y necesito un experto en el Monasterio del Escorial que trabaje con la policía, para preguntarle unas cuantas cosas porque si estoy esperando a que los frailes me digan la verdad, lo llevo claro.

—De acuerdo, ¿y qué le digo al compañero que lleva la desaparición?

—Antes de nada, dime quién es, a ver si lo conocemos y nos dice lo que saben sin cabrear a nadie.

—Me pongo con ello — enchufó el portátil y mientras lo arrancaba le dijo — ya te he mandado el informe preliminar del forense, las fotos y todo lo que nos ha remitido Scotland Yard.

—De acuerdo, gracias. ¡Ah, y no te preocupes de lo de las monedas! — ella asintió después de pensarlo un momento y él se metió en su despacho, pero cerró la puerta antes de sentarse. Cuando examinaba pruebas o estudiaba un expediente necesitaba silencio.

Primero miró las fotos de las pertenencias de Alejandro, había cuatro monedas, pero tenía razón Isabel, no se veían bien. Agrandó las imágenes, pero la resolución era muy mala. La cámara no había estado enfocada en ellas cuando hicieron las fotos, seguro que el que las hizo no pensó que tuvieran importancia. Se acercó al despacho de Amaro, y este le preguntó,

—¿Qué quieres?

—Tengo mucho que hacer y necesito que llames a Peter, el hermano de Gilda y que pida a Scotland Yard que hagan fotos de las monedas que llevaba Alejandro encima. Una por una, por delante y por detrás, y con la máxima resolución posible.

—Germán, de verdad, ¿tú crees que es necesario saber cuántos euros llevaba encima el pobre chaval?

—Si no me equivoco, alguna de ellas no será de un euro — le enseñó la moneda que acababa enseñando a todo el mundo, pero Amaro no se impresionó.

—¿Esto qué es? — se sentó y le explicó su significado.

—¿A esto te referías con lo de los masones y Cervantes?

—Este es uno de los indicios, pero hay más.

—¡Uff!, de acuerdo. Ahora mismo le llamo ¿tengo su teléfono?

—Sí, te lo mandé yo, no quería ser el único privilegiado en tenerlo — salió cerrando la puerta a tiempo para escuchar el insulto que le dirigió su

querido superior, y que le hizo sentirse mejor durante unos segundos.

Dejando el asunto de las monedas en manos de Amaro, buscó en el ordenador los versículos de la Biblia que le había citado Francisco, Lucas 21-22: “porque estos son días de venganza en los que se cumplirán las cosas que están escritas”. Germán frunció el ceño preocupado y no tuvo más remedio que añadir otro posible móvil para los asesinatos. Después de la charla con el bibliotecario y con Pedro Ferrera, estaba claro que algunos frailes del Monasterio no admitirían que dos de sus miembros pertenecieran a una sociedad secreta aparentemente masónica. A él le parecía una buena razón para asesinar.

Entonces decidió centrarse en la foto de la carta que llevaba encima Alejandro y que también les había enviado la policía inglesa:

“A pesar de que te he cuidado y me he esforzado mucho, nunca sabrás cuanto te he querido y lo que me duele que se haya acabado la relación, pero es cierto, ya no tenemos nada. Adiós para siempre.”

La releyó varias veces encontrándola cada vez más extraña. Isabel llamó a la puerta y entró,

—¿Qué pasa?

—¡Qué suerte tienes! conozco a uno de la comisaría que lleva el tema de Laura Barco — su expresión radiante significaba que había descubierto algo gordo — Diego me acaba de decir que encontraron en la papelera de la habitación de la chica, un borrador de una extraña carta.

—Precisamente ahora estaba leyendo la que llevaba encima Alejandro. ¡Diles que nos la envíen!

—Si no me equivoco, por el pitido que ha hecho tu ordenador, te acaba de llegar por email. Germán leyó en voz alta la carta que acababa de recibir.

“Hace días cuando me dijiste que no me amabas, decidí no volver a confiar en ti nunca más, ni en tus mentiras. Ya no podrá venir nadie y romperme el corazón porque lo tengo bajo siete llaves, y cuando venga el siguiente a ti, lo amaré a diario, de tal manera, que lo volveré del revés y se sentirá como un príncipe. Así lo volveré loco por mí.”

—No creo que sean cartas de amor — Isabel lo miró extrañada.

—¿Entonces qué son?

—Textos que ocultan mensajes, lo difícil es averiguar cuál es ese mensaje sin la clave para descifrarlos, pero al menos tenemos el borrador de Laura. Al haber escrito y tachado el mensaje varias veces hasta dar con el definitivo, es posible que nos dé más información que los otros dos.

—¡Dios!, ¿cómo en un mapa de un tesoro o algo así? — Germán la miró sonriente y contestó

—Algo así, creo que me voy a centrar en esto un rato, a ver si saco algo en claro.

—Muy bien.

Dedicó una hora al borrador y lo primero que le llamó la atención fue que había una raya debajo de cada una de las palabras, algo que para él solo podía tener una finalidad: que quien estuviera escribiéndolo utilizara las rayas para no equivocarse al contar. Es decir, se ponía un número de rayas sobre un papel en blanco que había que rellenar con palabras. El sistema, si era el que él pensaba, era contar un número concreto de palabras y se coge la siguiente que es la que hay que apuntar, despreciando las anteriores y continuar así durante todo el escrito. Lo difícil es averiguar cuál es ese número de palabras que están haciendo bulto ocultando las importantes.

Observó las dos notas, y se dio cuenta de que sería algo laborioso de

descubrir, por lo que decidió llevárselas a casa y seguir con ellas esa misma noche. De repente, levantó la mirada del cuaderno donde había copiado los mensajes y enarcó una ceja, seguro de que se le había pasado algo por alto. Buscó en el móvil un número y lo pulsó.

—¿Lorenzo? — afortunadamente el adolescente no hacía ni caso a la prohibición de utilizar el móvil en el Monasterio.

—¿Germán? — bajó la voz — escucha, los frailes están en la iglesia y no puedo hablar muy fuerte porque estoy muy cerca. Estamos preparando la merienda.

—No te entretendré demasiado, ¿puedes hacerme un favor?

—Claro.

—Necesito que vayas al dormitorio de Félix un momento, ¿estás cerca?

—Sí, espera — escuchó cómo hablaba con alguien en un murmullo. El poli sabía que tenía suerte porque a Lorenzo no le gustaba nada su trabajo y cualquier cosa que le sirviera para dejar de hacerlo, le encantaba. Lo escuchó correr y cuando volvió a hablar, respiraba agitadamente,

—Ya estoy aquí.

—Muy bien, ve hacia el armario, creo que tenía dos o tres vaqueros nada más. No hay más pantalones, ¿no es así?

—No, solo dos vaqueros.

—Está bien, necesito que mires en todos los bolsillos. A mí se me olvidó hacerlo — como a un principiante cualquiera — a ver si encuentras un papel escrito — escuchó ruidos y esperó

—Ya he mirado uno y no hay nada, espera que miro el otro — se escuchó un ruido fuerte que casi lo deja sordo y a continuación la voz de Lorenzo disculpándose — se me ha caído la percha, lo siento — momentos después, le decía — ¡sí, sí, estaba aquí!, ¿te lo guardo?

—Sí, y por favor no digas nada a nadie — no quería ponerlo en peligro

— pero antes de guardarlo, haz una foto y mándamela, por favor.

—Claro — poco después la tenía en su whatsapp

—Muchas gracias Lorenzo y, recuerda, no digas nada a nadie.

—Vale.

—Nos veremos mañana o pasado, hasta luego.

—Adiós — entonces leyó la tercera nota, la que hubiera tenido encima Félix si lo hubieran asesinado fuera del Monasterio. Y decía así:

“Tenías razón Lola, todo ha cambiado. He intentado ser sincero, aunque prefiero seguir escondido. Dirás que soy un cobarde, pero la verdad es que prefiero decírtelo por carta. Si quieres que volvamos a vernos en serio, podemos quedar un día en casa”

Llamó a Isabel y se la enseñó, ella la leyó varias veces y preguntó:

—¿Sigues creyendo que tienen un mensaje oculto?

—Sí, y creo que cuando sepamos lo que dicen, darán la vuelta al caso.

—Pero ¿qué razón puede haber para que lleven la nota encima? Si les pasara algo, solo la vería la policía y nosotros no solemos hacer público este tipo de cosas — él asintió,

—Seguramente lo harían como una especie de medida desesperada. Por ejemplo, en un segundo pueden hacer una foto y mandársela unos a otros por whatsapp o por correo electrónico — movió la cabeza — no, esto no está escrito para que lo leamos los demás, creo que es un mensaje entre ellos.

—¿Con “entre ellos” te refieres a Félix y Laura, la chica desaparecida?

—Sí, y no te olvides de Alejandro, el asesinado en Londres — suspiró — Creo que los tres formaban parte de una sociedad secreta y puede que haya más implicados, pero todavía no tengo datos suficientes para saberlo. Alejandro tenía la nota en la cartera, Félix en el bolsillo de un vaquero en su

habitación porque estaba en el Monasterio y allí se sentía seguro, y Laura tenía un borrador en su habitación, pero seguro que la definitiva la lleva encima. Y estoy esperando a que me manden una foto en la que se vean bien las monedas que tenía Alejandro, pero estoy seguro de que una de ellas es igual a esta — señaló la que llevaba manoseando todo el día.

—Todo parece increíble, muy... — sonrió antes de añadir — “Código da Vinci” — Germán la miró entornando los ojos esperando a que terminara la frase — como sea algo parecido, aunque remotamente, vete preparando con los periodistas. Si ya están llamando a casa continuamente y tenemos que irnos de vacaciones de incógnito, imagínate — él se pasó la mano por el pelo y contestó

—¡Por lo menos no disfrutes! — ella rio antes de decirle,

—Tengo que mandar el ordenador de Félix a los informáticos, porque no he consigo entrar en él, tiene una clave complicada — Germán gruñó y luego cogió el móvil para llamar a Claudia.

Claudia no había podido acompañarlos, pero había hablado con su tía para que los dejaran pasar a la habitación de Laura. Germán siempre se sentía impotente ante el dolor de los padres que perdían a un hijo, aunque en el caso de Laura todavía estuviera desaparecida. Cuando abrió la puerta la mujer los miró con los ojos vacíos y asintió sin mirar las placas, los dejó pasar y luego cogió del brazo a Germán con la mano temblando. Isabel se mordió el labio inferior y desvió la mirada un momento, admirando el temple de Germán que había puesto la mano derecha en el hombro de la mujer intentando que se calmara,

—Señor — él la miraba intentando transmitirle serenidad — me ha dicho mi sobrina que es usted el mejor policía que hay, por favor, se lo suplico, devuélvame a mi niña — él sintió que le recorría un escalofrío al ver su mirada desesperanzada.

—Señora, solo le puedo decir que haré todo lo que pueda para ayudarla.

—Mi marido no está, ha tenido que volver al trabajo, es taxista ¿sabe?  
— Germán miró a Isabel que se adelantó para llamar la atención de la mujer,

—¿Le parece bien que preparemos una infusión? ¿le apetece tomar una? — era mejor que estuviera distraída y así también Germán podría hacer su trabajo.

—Sí... — parecía desorientada — claro, la cocina está por allí, pero ¿él no necesita que lo acompañe?

—No, no se preocupe, es listo, encontrará la habitación enseguida — Isabel la cogió de la cintura acompañándola a la cocina ya que la mujer parecía inestable. Germán inclinó la cabeza y respiró hondo un par de veces y luego se internó por el pasillo que conducía a las habitaciones. Si mientras analizaba un escenario se sentía así, no serviría de nada a nadie.

Como solía pasar en los pisos antiguos, la primera habitación era la de los niños y la última la de los padres. Laura era hija única y su habitación era grande y estaba atiborrada de cosas. En una repleta estantería tenía desde los libros de la carrera, hasta un neceser de maquillaje, y como muebles además había una cama, un escritorio, una silla, la televisión y un DVD. Encima del escritorio había una foto con sus padres en la que los tres reían a carcajadas, en lo que parecía un selfie hecho por ella misma. Laura era una chica morena y guapa, bajita y delgada.

Volvió a mirar a su alrededor dándose cuenta de que la habitación estaba atestada de libros, y de que tardaría horas en mirarlos todos. Abrió los cajones del escritorio, pero no había nada, entonces se sentó en la silla del escritorio y se dio cuenta de que no había ordenador, pero era posible que se lo hubieran llevado los de la comisaría. Apuntó en su libreta que tenían que preguntarlo, afortunadamente, gracias al amigo de Isabel se enterarían

enseguida.

Se frotó la frente, preocupado porque había algo que se le escapaba, aunque no sabía qué era. Se levantó de nuevo y echó un vistazo por encima a los títulos de los libros por si alguno le llamaba la atención, pero al parecer, la nota que habían encontrado los compañeros era la única que había.

Se lo dijo a Isabel en el coche, aunque todavía no había arrancado.

—Pregúntale a tu amigo si han encontrado el portátil de la chica — Isabel lo localizó enseguida y colgó segundos después.

—Dice que no. El ordenador no estaba cuando estuvieron en su casa, se llevaron la nota y alguna cosa más, pero nada interesante. Y no le dan mucha importancia a la nota — Germán sabía que eso era normal, tampoco es lo mismo encontrar una nota como esa, que tres.

—Vale, ¿pediste el contacto de alguien que me pueda informar sobre el Monasterio?

—Sí, lo tengo — miró su móvil buscando el correo — nos han contestado que normalmente funcionan con un correo genérico, pero que como es un caso tan grave nos han dado un teléfono y una persona de contacto.

—¡Cuanta amabilidad, joder! — ironizó — recuérdame que cuando lo veamos le dé las gracias por su bondad — Isabel soltó una risita y continuó.

—Es una mujer, se llama Adelaida Gallego, ¿quieres hablar con ella ahora?

—Sí, dime el número — marcó en su móvil, porque todavía no había arrancado el coche, y esperó a que le cogiera el teléfono.

—¿Dígame?

—Buenas tardes ¿Adelaida Gallego?

—Sí, soy yo. Dígame

—Soy Germán Cortés, inspector de policía, necesito hacerle unas

preguntas, creo que le han avisado de que íbamos a llamarla.

—Sí, sí, pero hasta dentro de tres días no puedo atenderles, me voy a París a dar una serie de conferencias en el Louvre.

—¿Cuándo sale el avión?

—¿Perdone? — la mujer parecía asombrada de que tuviera la cara de insistir, pero Isabel sonreía porque conocía a Germán perfectamente.

—Es muy urgente que hablemos con usted, por eso le pregunto cuándo sale su avión.

—Mañana a las siete y media de la mañana.

—Todavía son las ocho de la noche, ¿le parece bien que quedemos ahora?

—No sé, la verdad... — antes de que se le ocurriera una razón para decirle que no, Germán insistió,

—Adelaida, no sé si le han dicho que estamos investigando el asesinato de dos frailes del Monasterio del Escorial y la desaparición de Laura Barco. Estoy seguro de que habrá visto la foto de la chica en el telediario.

—Sí, sí, pero no sabía que ustedes me iban a preguntar en relación con esos asesinatos, además no sabía que la chica que buscan tiene algo que ver con esos pobres chicos...

—Todavía no es de dominio público, por eso le ruego que no comente nada sobre esta conversación.

—Por supuesto, no se preocupe. Soy una colaboradora habitual de la policía, sé cómo tengo que actuar — se quedó en silencio unos segundos y luego continuó — ¡qué horror!, por supuesto que podemos quedar, mire, vengan a mi casa. No puedo ir a otro sitio porque todavía tengo muchas cosas que hacer antes de irme a la cama, entre otras, el equipaje — le dio la dirección y Germán le aseguró que estarían allí en veinte minutos, luego colgó y arrancó el coche. No pudo evitar echar un vistazo a Isabel que lo

miraba orgullosa

—Siempre es un placer verte trabajar, creo que lo haría hasta sin cobrar — hizo una mueca — si no necesitara el dinero, claro

—¡Que no se enteren los de RRHH! — continuó con la broma, incorporándose al tráfico.

Adelaida vivía en una calle pequeña, perpendicular a la Castellana muy cerca del Santiago Bernabéu. El edificio donde estaba su ático tenía seis pisos, y cuando entraron, los condujo a la terraza donde estaba regando las plantas.

—Si no les importa que hablemos aquí, así aprovecho y riego — la experta recomendada por Patrimonio Nacional no era en absoluto como Germán se había imaginado. Por las arrugas de su cara, Germán calculó que tendría cerca de 70 años, llevaba el pelo blanco, muy corto y estaba muy morena, como si pasara mucho tiempo al aire libre. Además, se notaba que hacía deporte y lo mejor de todo era que los había recibido en pantalones cortos y camiseta de tirantes. Y descalza.

—Por supuesto.

—Ustedes siéntense ahí, les he traído un par de refrescos. No tengo vino ni nada de eso porque no bebo, pero con el calor que hace, he pensado que les vendrían bien — siguió regando tranquilamente, y Germán miró la silla-hamaca con una mueca, era de esas que, cuando te sentabas en ellas, ya no te podías levantar nunca más. Isabel se sentó con bastante elegancia a pesar de la dificultad, pero él con su 1,85 aunque que utilizó toda la buena voluntad de la que disponía, acabó con las rodillas más altas casi que la cabeza. Entonces le hizo un gesto a Isabel para que dejara de sonreír y cogiera la libreta, ya pensaría luego cómo se levantaba de allí.

—Adelaida, nos han dicho que es usted experta en el Monasterio del Escorial — ella lo miró mientras dirigía el agua de la manguera a una

palmera enorme.

—Sí, por extrañas circunstancias he dedicado parte de mi vida a ese monumento, se podría decir que sé bastante sobre él.

—¿Qué circunstancias? — su historia parecía interesante.

—En realidad, mi interés empezó por el Padre Antonio Soler, un gran compositor de música del Barroco, que me apasionó cuando estudié música. Fue organista y director del coro en el Monasterio durante parte del siglo XVIII, incluso dio clases a los hijos del Rey. De ahí derivó mi posterior apasionamiento por el Monasterio, la vida es así — se encogió de hombros — solo hay que dejarse llevar

—Bien, como tenemos prisa, para concretar, le haré algunas preguntas si no le importa.

—Claro.

—Necesito que me diga si hay alguna referencia masónica en el Monasterio — ella lo miró con el ceño fruncido y dejando la manguera en el suelo, cortó el agua.

—Creía que me iban a preguntar por la construcción y todo eso, no por la simbología — se sentó con una habilidad sorprendente en otra silla como la de ellos y le aconsejó a Germán antes de seguir — el truco es no pelearte con la silla. Cuando dejas que tu cuerpo se relaje, es cuando puedes estar cómodo sobre ella — luego suspiró y continuó — veamos, tradicionalmente se ha comparado el Monasterio del Escorial con el Templo de Salomón, que era la construcción perfecta como lugar de culto para los masones.

—Hay cronistas del siglo XVI y XVII que dictaminaron que los dos templos guardan muchas similitudes arquitectónicas, y tenemos constancia de que a Felipe II le interesaba mucho el personaje de Salomón. Seguramente por eso en la fachada del Monasterio están las estatuas de Salomón y de David — Germán asintió pensativo — al parecer, Felipe II quería construir el

edificio perfecto, ya que, según la biblia, los planos del Templo de Salomón fueron creados por el mismo Dios — echó una mirada suspicaz a Germán, pero se dio cuenta de que la seguía sin ningún problema — René Taylor, un gran hispanista británico, afirmó que el edificio tiene una geometría oculta, sustentada por el cuadrado, el círculo y el triángulo — Germán suspiró, algo cansado del mismo tema,

—¿Símbolos masones?

—Podría ser, pero — se encogió de hombros, como si dudara — debido a la gran religiosidad de Felipe II, resulta difícil de creer que se trate de un templo al culto pagano y a la masonería.

—¿Hay alguna cosa más que nos pueda decir, algún secreto en torno al edificio? — ella negó con la cabeza un momento y luego frunció el ceño y levantó el índice derecho.

—Me imagino que conocerán la existencia de la Mina — los dos lo negaron — son unos subterráneos que recorren toda la lonja y a los que se accede desde dentro del monumento. Atravesándolos se puede llegar hasta el pueblo, donde vivía la gente que trabajaba en el Monasterio. Se excavaron para que, en invierno, los trabajadores pudieran volver a sus casas sin percances, además, también podían transportar por allí cualquier tipo de mercancía que necesitara la familia real o los frailes, evitando las tormentas de agua o de nieve.

—No tenía ni idea, ¿y donde están las salidas y las entradas?

—Francamente, no lo sé — sonrió algo avergonzada — tengo claustrofobia y nunca he querido bajar, pero hay planos detallados de los túneles, aunque lo mejor es que se lo expliquen los propios frailes. Creo que aún los utilizan — Germán asintió pensativo — de todas maneras...

—¿Sí? — la animó

—La idea que tenemos hoy en día y durante el siglo XX de la

masonería no tiene por qué ser la misma que había en esa época, he estudiado un poco los masones y no creo que tengan nada en contra de la iglesia, al menos en mi opinión. Pero a lo largo de los siglos han estado perseguidos y han tenido que vivir su culto siempre en la clandestinidad, incluso hoy en día sus adeptos no suelen hacer alarde de serlo.

—Cierto. Tengo una última pregunta y la dejamos en paz ¿Existe alguna relación entre Cervantes, el Monasterio y los masones? — ella pareció sorprendida y bebió un trago largo pensativa, luego contestó:

—Es curioso. Es la segunda vez, en poco tiempo, que alguien me pregunta algo parecido y hasta ahora nadie lo había hecho nunca — sonrió como si disfrutara de una broma secreta — hace tiempo leí un artículo en el que se analizaba un episodio del Quijote, el de “La cueva de Montesinos” comparándolo con la “Iniciación” que tienen que superar los masones para poder llegar al grado de aprendices. Ya les he dicho que no soy una experta ni mucho menos, pero al parecer hay una simbología clara en ese capítulo del Quijote mediante la que Cervantes no dejó sombra de duda. Al menos, los masones están seguros de que el escritor se estaba dirigiendo a ellos — los miró y sonrió — ¡Vaya cara de susto!, les puedo asegurar que no es para tanto. En este punto de mi vida hay una cosa que tengo clara y es que, al final, todo está conectado. Para verlo solo hace falta estar atento y no aceptar lo primero que cuenta la gente, las personas suelen mentir por muchas razones — de repente miró a Germán fijamente y le dijo, tuteándolo por primera vez — estoy seguro de que tú eres bueno sabiendo quién miente y quien no — él no dijo nada y ella volvió a sonreír — ahora, si no os importa, tengo que estar a las cinco en el aeropuerto y necesito dormir algo.

Se despidieron de ella tan alucinados que no hablaron hasta llegar a casa.

Estaba hecho polvo, pero no podía dormir y miró el reloj, eran las tres

de la mañana. Isabel dormía, a pesar de que la había despertado varias veces sin querer. Se levantó sigilosamente después de taparla bien con la sábana y salió de la habitación. Aunque tenían otro dormitorio donde podía acostarse, desechó la idea y siguió por el pasillo para ir a la cocina. Allí apoyó la frente contra la pared agradeciendo el frescor de los azulejos, y dejó que el ronroneo de la nevera lo arrullara. Estaba tan cansado que se podría dormir de pie, pero demasiado nervioso para hacerlo, entonces se acordó de las cartas y después de beber un vaso de agua, se fue al salón.

Armado con un cuaderno y un boli, empezó a estudiar la carta de Alejandro intentando descubrir el verdadero mensaje que ocultaba.

## SIETE

Casita del Infante, 17 de Julio de 1772

Carlos III entró en la casa agarrado del brazo del Infante Gabriel. Andaban despacio debido a que el Rey cojeaba ostensiblemente por un ataque de gota,

—Padre, quizás no habríais debido venir así.

—Tenía ganas de ver cómo había quedado todo esto — miró las paredes de la habitación — veo que tienes sillas suficientes para cuando nos invites a comer, pero ¿dónde están los cuadros? No veo ninguno, ni tampoco tapices. Te dije que cogieras los que necesitaras del Monasterio.

—No me importa no tener cuadros, padre, pero ¡ya veréis la biblioteca!  
— el Rey sonrió con ironía porque conociendo a su hijo, estaba seguro de que la mejor habitación de la casa sería esa.

—Ya me lo imagino — el padre Pérez Bayer, que había entrado detrás de ellos en silencio, se adelantó aprovechando que el Rey, cansado y dolorido se había sentado, y entregó al Infante un libro encuadernado en piel azul con las letras y los cantos dorados.

—Alteza, vuestro padre ha tenido a bien compartir conmigo el coche, para poder entregaros la primera copia de vuestro libro. El impresor me lo ha enviado junto con el mío — el Infante leyó el título del ensayo del fraile “Del alfabeto y lengua de los fenicios y sus colonias”

—Felicidades páter, no creo que haya muchos españoles que hubieran podido escribir una obra semejante.

—Lo mismo os digo, alteza — Gabriel cogió su ejemplar con cuidado y se sentó junto a su padre. Este lo miraba con un cariño que no había sentido nunca por ningún otro ser humano, por eso había accedido a su petición de

tener una casa independiente, aunque cerca del Monasterio.

—¡Padre, está publicado! ¡mis traducciones de Salustio!, no sabéis lo feliz que me hace esto — pasó las primeras hojas y se sintió, por primera vez en su vida, orgulloso por algo que había hecho.

—Habrá que celebrarlo, ¡daremos una fiesta! — emocionado, movió el pie derecho sin darse cuenta y un fuerte dolor lo hizo apretar los dientes — en cuanto me recupere un poco, quiero decir.

—Padre, hay algo que me gustaría hablar con vos — el Rey esperó en silencio y algo preocupado al escuchar el tono de su hijo, pero Gabriel aclaró,

—A solas, por favor — el Infante se puso rojo al decirlo porque era una petición insólita, ya que el padre Pérez Bayer gozaba de la absoluta confianza del Rey. Su padre pareció sorprendido y no reaccionó enseguida, pero el fraile sí, e inclinó la cabeza intentando aparentar que no le había molestado la solicitud del Infante, y contestó con su mejor voz,

—Por supuesto. Mientras habláis, estaré dando un paseo por el bosque — después de que se marchara, Gabriel se levantó seguido por la mirada extrañada de su padre y se asomó por la puerta de cristal del salón que se había quedado abierta, a tiempo para ver a los dos cocheros de su padre y a su camarero personal pegados al muro de la casa escuchando lo que hablaban, por lo que cerró la puerta y volvió a sentarse junto al Rey.

—Gabriel, ¿qué te ocurre? ¿temes que escuchen lo que decimos?

—Sí, a veces me gustaría que pudiéramos tener más intimidad, ¿a vos no?

—¿Con qué fin? — el Infante dejó el libro en una mesa cercana y luego se volvió hacia el Rey. Era el último paso que tenía que dar antes de continuar con su plan.

—Padre, hace tiempo que quiero preguntaros algo. Imaginaos que hay algo en vuestro poder, algo que es muy valioso, pero que no os corresponde

su propiedad porque por derecho es de otra persona.

—¿Por qué motivo lo tendría yo, si es de otro?

—Por azar, no lo sé, eso no importa. Lo importante es que, una vez que sabéis que no os corresponde a vos su pertenencia, ¿se lo devolveríais a su legítimo dueño?

—No te entiendo hijo, ¿qué quieres decir con devolvérselo?

—Que busquéis a la persona que en justicia es su dueño y se lo entreguéis — el Rey frunció el ceño

—¿Estás loco?, ¿tú sabes cuántas de nuestras tierras y palacios habrán conseguido nuestros antepasados, de manera que hoy podríamos llamar poco legítima? Si los devolviéramos ahora, seguramente no tendría ni corona — lo miró alarmado, como si fuera un revolucionario — ¿Qué ideas son esas? ¿qué te ocurre hijo? — el Infante miró a su padre sintiéndose triste al ver cómo reaccionaba. Aunque le hubiera sorprendido que lo hubiera hecho de otra forma.

—No os preocupéis padre, no estoy loco. Solo era una idea — sonrió como pudo y se levantó para abrir la puerta que traspasó el padre Pérez Bayer poco después.

Más tarde partían hacia el Monasterio, el Rey con el fraile y sus sirvientes, y por el camino el monarca volvió a hablar de algo que lo inquietaba desde hacía tiempo, y ahora mucho más, debido a los extraños comentarios de su hijo.

—Estoy preocupado por el Infante — apretó los labios en una fina línea, porque no iba a consentir que nadie le llenara la cabeza con ideas radicales.

—Majestad, permitidme que os recuerde lo que opino de la excesiva influencia del padre Soler sobre su alteza real. Incluso he sabido que el Infante ha encargado un clavecín con dos teclados, a pesar de que hay uno en

perfectas condiciones en la basílica. Un gasto innecesario, seguramente instigado por su profesor de música.

—Ya veo — uno de los baches hizo que se diera un golpe en el pie enfermo y gimió de dolor — es posible que tengáis razón.

—Quizás, si quisierais tomar un nuevo organista para el Monasterio...

—No, no encontraríamos a nadie con sus méritos, ha superado a su maestro, Scarlatti. Además, conozco bien a mi hijo y supondría un gran disgusto para él — negó con la cabeza — no, ha llegado el momento de que el Infante viaje a otros países, puede que... a Italia. Al fin y al cabo, vivió allí hasta los siete años — pensó un par de minutos antes de añadir — sí, creo que lo mandaré a Italia.

El fraile no contestó porque sabía que una vez que el monarca tomaba una decisión, no se podía hacer nada para que la cambiara. Estaba hecho, el Infante Gabriel viajaría a Italia.

## Actualmente

Gilda se asomó a la terraza para ver el coche de su marido salir del garaje y, solo entonces, entró de nuevo en el salón y llamó a su hermano al móvil,

—Ya se ha ido — mientras Peter subía, se tomó una aspirina con un vaso de agua y cerró los ojos un momento, luego, fue a abrirle. Él, al verla, se inclinó a darle un beso en la mejilla, pero Gilda apartó la cara, furiosa, y le dijo,

—¡Ni se te ocurra! ¡acabemos con esto de una vez! — Peter frunció el ceño, pero siguió a su hermana al salón y una vez allí, se dejó caer en un sillón poniéndose cómodo, y pasó la mano por el suave cuero marrón

sonriendo porque siempre le habían gustado las cosas buenas. Gilda se sentó frente a él, esperando sus explicaciones e intentando contenerse para no estrangularlo,

—Gilda, sabes que yo no he tenido nada que ver. Esto supera mis capacidades — ella no pensaba permitir que bromeara con un tema semejante.

—¡Cállate!, ¿te parece divertido matar a un hombre?

—Ya son dos, de momento — él seguía con la broma y ella lo miraba asqueada.

—De verdad que no entiendo cómo es posible que seamos hermanos — respiró hondo — no solo no te importan un pito las vidas de otras personas, sino que, además te da igual destrozar la mía ¡como siempre!

—Te has vuelto muy melodramática, es posible que lo hayas heredado de tu madre — ella se llevó la mano a la sien donde empezaba a sentir pinchazos, que solían ser el preludeo de una fuerte jaqueca. Además, estaba agotada, porque no había pegado ojo en toda la noche y había tenido que permanecer quieta en la cama, para que Enrique no se diera cuenta.

—Deja a mi madre fuera de esto — Peter cambió de tema porque se estaba aburriendo enormemente e intentaba no aburrirse por nada del mundo.

—¿Y tu marido? ¿por qué no puede saber que nos vemos?

—¡Eres increíble!, ¿después de que te echara de casa cuando te pilló fisgando en su despacho? Peter, a pesar de lo que puedas creer, mi marido no es tonto, no en vano es el director del CNI.

—Ya, ya — como hizo ademán de sacar un cigarro, su hermana harta de su actitud, le dio un manotazo en la pitillera que la mandó al otro lado de la habitación, consiguiendo que él se cabreara. Más tranquila al ver que había conseguido enfadarlo, decidió preguntar directamente.

—Veo que ya se te han quitado las ganas de cachondeo. Ahora dime

¿tuviste algo que ver con la muerte del fraile en Londres? — Peter la miró fijamente y contestó

—No, aunque estoy seguro de que sientes que no haya sido yo para tener algo más que echarme en cara, pero yo no fui.

—¡No me mientas Peter!, sé que estabas en Londres — abrió los ojos sorprendido y ella sonrió irónicamente — ¿de verdad pensaste que no me enteraría?

—¡Joder Gilda! Fui a la boda de una amiga — Gilda arqueó una ceja — no la conoces — se levantó a por la pitillera y al encender el cigarrillo, ella se fijó en que le temblaba un poco el pulso — no te dije nada para evitar esta discusión. Sabía lo que ibas a pensar, aunque no tengas razón — ella lo miró con los ojos entrecerrados, y contestó

—Entonces, ¿por qué no le dijiste a Germán el interés que tenemos en esta historia? — él se encogió de hombros con una sonrisa

—¿No te parece que eres una hipócrita? ¿por qué no se lo has dicho tú? — soltó una bocanada de humo y se relajó — sabes que, en cuanto tu querido inspector sepa quiénes somos tú y yo en realidad, sospechará de nosotros. Nuestro móvil para asesinar a los frailes es irreprochable, querida — Gilda desvió la mirada hacia la calle por la que se acababa de ir su marido sabiendo que decía la verdad. Eran los más interesados en el tesoro por el que dos frailes habían perdido la vida.

En ese momento, Enrique Llorente, director del CNI y marido de Gilda, recibía una llamada en su móvil personal mientras se dirigía en el coche oficial al trabajo,

—Diga

—Señor, tenía razón, Peter Wentworth acaba de subir a su piso, señor...lo siento, pero su esposa ha estado esperando a que usted se fuera, para indicarle cuándo podía hacerlo — Enrique se frotó los ojos cansado.

Aunque su mujer creyera que lo había engañado, sabía que no había dormido y él tampoco, esperando a ver qué hacía. Debió mandar un mensaje a su hermano antes de irse a la cama y esconder el móvil después, porque mientras ella se duchaba lo había buscado y no había podido encontrarlo.

—Gracias — colgó y miró por la ventanilla pensando si su mujer sería tan ingenua como para creer que no la había investigado a fondo, a ella y a su familia, cuando comenzaron a tener relaciones después de tantos años sin verse.

Conocía perfectamente los intereses que los podían haber movido a asesinar a los dos frailes, pero no quería creer que ella hubiera tenido algo que ver. Se inclinó para que el conductor lo escuchara con nitidez, porque no le gustaba levantar la voz a menos que fuera estrictamente necesario.

—Mateo, lléveme de vuelta a casa. Después iremos al Centro de Investigaciones Especiales, en lugar de al CNI — el hombre asintió acostumbrado a los cambios de planes del general. Mientras, Enrique se preparó para la bronca que iba a tener con Gilda, deseando que su “querido” cuñado todavía estuviera en su casa. Como no se había alejado demasiado, en diez minutos estaba de nuevo en el ascensor. Utilizó su llave para entrar y escuchó el murmullo de una conversación que venía del salón, por lo que se dirigió allí después de cerrar la puerta silenciosamente.

Cuando vio a su mujer llorando tuvo ganas de sacar a Peter de su vida a hostias, pero se obligó a aparentar calma y a no abrazar a su mujer como deseaba hacer. Se quedó en el umbral del salón observándolos con los brazos cruzados. Gilda y Peter, que discutían de pie se giraron al escuchar sus pasos y ella palideció al verlo, porque Enrique la miraba con una dureza que nunca había utilizado con ella, y, rendida, se sentó en un sillón sintiendo que las piernas la fallaban. Peter sonreía de aquella manera que siempre conseguía que a Enrique le dieran ganas de darle un buen puñetazo en la boca, pero se

contuvo metiéndose las manos en los bolsillos. Se acercó hasta estar a dos metros de ellos, y se quedó mirando a su mujer, que susurró:

—Lo siento — Peter la miró con el ceño fruncido y se encaró con su cuñado

—¡Yo no!, no hemos hecho nada malo, es ilógico que prohíbas a mi hermana que me vea a solas — Enrique dijo solo una palabra, utilizando toda su fuerza de voluntad para no gritar.

—Fuera — Peter buscó la ayuda de Gilda, pero ella y su marido se estaban mirando fijamente, hasta que ella, sin apartar la mirada de Enrique dijo con la voz rota:

—Vete, Peter — su hermano la miró incrédulo, pero salió del piso dando un portazo. Enrique, que no se fiaba, lo siguió para estar seguro de que había salido y volvió junto a Gilda. Ella tenía las manos cerradas en dos tenos puños que apoyaba sobre las rodillas,

—Te dije que, si volvías a verlo a solas, tendrías que irte. No puedo vivir con alguien de quien no me fío y sabes lo que intentó hacer la última vez que estuvo aquí — había pillado a Peter haciendo fotos de unos documentos en su despacho, una noche que se había quedado a dormir en su casa. Después de una agria discusión, de romper su móvil y de echarle a la calle, habló con su mujer y ella le aseguró que no volvería a verle sin que él estuviera delante. Aquello no podía perdonárselo, estaban en juego demasiadas cosas.

—Nunca le hubiera permitido perjudicarte, si hubiera sabido lo que iba a hacer te lo habría dicho y tú lo sabes.

—Ya no me fío de ti Gilda, no me puedo creer que le hayas dejado entrar — movió la cabeza, incrédulo y dolido por su engaño — espero que te haya compensado lo que sea que hayas conseguido, a cambio de mandar lo nuestro a la mierda — se sintió mejor al ver sus lágrimas, al menos así supo

que sufría como él.

—Eres injusto — se levantó acercándose a su marido y colocó la palma de la mano en su mejilla, mirándole a los ojos. Necesitaba que viera que seguía siendo la de siempre. Él fue incapaz de apartarse de ella y la abrazó por la cintura respirando su olor y entonces, explotó

—¡Maldita seas! — mientras lo decía supo que no podía dejarla marchar. En ese momento la quiso y la odió más que nunca, y la besó queriendo marcarla y hacerle daño como ella se lo había hecho a él. Gilda correspondió al beso acariciando el corto pelo de su nuca, mientras él cogía su melena pelirroja en un puño y la utilizaba para guiar su cabeza, con una furia que jamás había usado con ella.

Enrique salía de su casa una hora después y cuando estuvo en el coche le dijo al conductor:

—Vamos — a continuación, subió el cristal de separación para que no escuchara la llamada.

—Quiero poner vigilancia a mi cuñado y a mi mujer día y noche, y que les pinchen los teléfonos — su tono de voz era frío y letal — de todo esto solo se me informará a mí, ¿entendido? — cuando confirmaron la orden, colgó. Luego miró por la ventanilla pensando en la mentira que tendría que contarle a Germán en pocos minutos, e hizo una mueca porque no le gustaba la idea de mentir a un hombre al que respetaba tanto.

—Vamos, despierta — susurró — pues sí que estabas hecho polvo ¿cómo has podido quedarte dormido aquí? — Germán abrió los ojos y giró el cuello para poder verla, lo que fue un error porque el dolor que sintió le recorrió la espina dorsal. Estaba en el sofá, sentado y con la cabeza caída hacia la izquierda, intentó girar el cuello más despacio, pero no pudo e Isabel se sentó junto a él,

—Déjame que te meta mano un poco — él rio con la broma, aunque hizo una mueca de dolor cuando empezó a masajearle el cuello y el hombro.

—Como sabes, nunca pongo pegasa a que me metas mano.

—Muy gracioso, pero no te muevas — Isabel no pudo evitar hacer una mueca al notar el típico nudo muscular — tienes una contractura, te daré un masaje de cinco minutos y luego te das una ducha bien caliente mientras te hago el desayuno — él arqueó una ceja, incrédulo — ¡sí, no pongas esa cara, soy capaz de hacerte el desayuno!, y no olvides que hoy me he levantado antes que tú ¿estás preocupado por algo, además de por el caso?

—No, tranquila. Anoche no me podía dormir y me puse con una de las cartas, pero me debí de quedar dormido enseguida — vio la hora del móvil que estaba sobre la mesita del sofá y le dijo

—Es tarde, y no tengo más remedio que volver al Monasterio.

—Vale, pues tú a la ducha y yo a la cocina — cuando se levantaron, él le dio un beso que duró varios segundos y susurró,

—Gracias, cariño

Cuando llegaron a Centro Isabel se extrañó al no ver el coche de Amaro,

—¿No viene el jefe? — Germán cerró la puerta de acceso al garaje después de que ella pasara, antes de contestar.

—No, tenía un mensaje esta mañana diciendo que fuera a ver al ministro.

—¿Y eso? ¿sabes por qué? — él se metió en su despacho y ella esperó en la puerta. Germán encendió el ordenador y dejó encima de la mesa el móvil y en el cajón de su escritorio las llaves y la cartera mientras contestaba.

—No, pero seguro que tiene que ver con la investigación.

—Ya, pues no sé qué piensan que puedes conseguir en dos días. Bueno, me voy a mi mesa — cuando vio de nuevo su escritorio lleno de

expedientes, suplicó en voz alta — ¡por favor, que vuelva ya Dominó!

—¡Apoyo la moción! — gritó para que le oyera. Miró su correo y abrió el informe de la autopsia, que confirmaba que la causa de la muerte era un corte profundo en la carótida. Y que antes del ataque, y aquí venía lo interesante, lo habían noqueado con algún gas anestésico. Después leyó el informe del forense inglés, que decía lo mismo.

Eso confirmaba sus sospechas respecto a que era el mismo asesino, mandó imprimir los dos informes e Isabel apareció pocos minutos después con un café, porque había visto que había llegado el informe del forense.

—¿Fue el mismo asesino?

—Eso parece. Aunque son distintos forenses los informes parecen copiados uno del otro. Llama al nuestro y pregúntale si ya ha mandado las muestras al Centro Nacional de Toxicología para analizarlas, y si es así... — pero ella no le dejó terminar.

—Sí, ya sé, que hable con ellos para intentar que se den prisa, es importante que sepamos cuanto antes qué droga utilizó el asesino. ¡Qué lástima que Roberto y Natalia sigan en Escocia!, si él estuviera trabajando, nos lo diría enseguida — Isabel hizo una mueca y salió del despacho, Germán sonrió agradecido por tener a alguien como ella trabajando con él. Volvió a leer las dos autopsias con más detenimiento. El asesino era fuerte, pero sobre todo muy hábil, las carótidas, en los dos casos, estaban casi completamente seccionadas. Frunció el ceño al escuchar el timbre del garaje y luego la voz de Isabel preguntando quién era. Después de abrir vino corriendo para avisarle,

—Es Enrique Llorente, el marido de Gilda — Germán no se lo podía creer, sobre todo después de la conversación que había mantenido con ella el día anterior ¿Qué se traían esos dos entre manos?

—¿Crees que tiene algo que ver con el CNI?

—No lo creo — se levantó para recibirlo e Isabel volvió a su mesa.

Enrique Llorente era general además de director del CNI y poseía un físico impresionante, era un hombre fuerte y alto, casi tanto como Germán, y más musculoso que él. A pesar de que Enrique le llevaba al menos 20 años a Germán le parecía, como se decía vulgarmente, un armario de dos cuerpos y eso que el policía hacía deporte regularmente.

Salió a recibirlo sonriente, aunque Enrique no parecía tener demasiadas ganas de sonreír,

—¿Vamos a mi despacho? Amaro no está — el general lo siguió muy serio y Germán cerró la puerta mientras le preguntaba para romper el hielo,

—¿Un café?

—No Germán, gracias — se sentaron y el poli lo observó durante unos momentos, nunca lo había visto así, parecía preocupado y nervioso.

—Germán, sabes cuánto admiro tu trabajo y que te tengo un gran respeto, a pesar de que no quieras venir a trabajar conmigo — su intento de sonrisa pareció más bien una mueca.

—No puedo acertar siempre.

—No hay una manera sencilla de pedirte esto — parecía incómodo lo que, conociéndolo, era sorprendente — necesito un favor, pero sabré compensártelo — Germán se puso en guardia porque algo en esa frase le hizo sentirse sucio, con ganas de negarse sin saber lo que le pedía. El general se inclinó sobre la mesa hasta apoyar una mano en ella, en lo que parecía algún tipo de acercamiento, o de petición inconsciente.

—Necesito saber todo lo que vayáis descubriendo sobre los asesinatos del Monasterio antes que nadie — el poli frunció el ceño y contestó, irónicamente,

—Esto empieza a parecer una costumbre — en su anterior investigación, había tenido que informar al CNI continuamente debido a la

gravedad del caso.

—Sí, pero esta vez, mi interés es...personal — volvió a fruncir el ceño y continuó — no puedo contarte más, pero para mí significaría mucho que me dieras esa información antes de que hicieras el informe oficial.

—Señor, tengo que pensarlo, no es algo que pueda decidir en el momento

—No veo por qué no — en ese momento lo llamó Isabel, y debido a la importancia de la visita que tenía en el despacho, estaba seguro de que se trataba de algo serio.

—Perdone un momento — el militar pareció frustrado, pero asintió, y Germán descolgó

—Dime.

—Perdona que os interrumpa, pero me acaba de llamar el compañero de la comisaría que lleva la investigación de Laura Barco.

—¿Sí?

—Ha aparecido su cadáver en La Laguna del Arroyo de la Fresneda, en Boadilla del Monte. Mi amigo dice que, si nos damos prisa, todavía podemos ver el escenario porque los de la científica aún están allí y tienen para rato ¿Quieres que te acompañe? — Germán se frotó la nuca y suspiró, aunque esperaba algo parecido. Despejó su mente y la contestó,

—No, tienes que quedarte aquí, además prefiero que sigas con todo lo que tienes pendiente. Y pregunta al forense si ya sabe el tipo de instrumento que utilizó el asesino — frunció el ceño un momento, pensando — ... y si han encontrado algún tipo de indicio, huellas, lo que sea. Vete adelantando todo lo que puedas mientras yo me acerco a esa laguna — cuando colgó vio que Enrique lo esperaba de pie.

—No quiero entretenerte más, solo te pido que pienses en lo que te he dicho — se estrecharon las manos y se marchó.

Germán no perdió ni un minuto, recogió sus cosas y puso rumbo a Boadilla del Monte. Pero mientras conducía, sin querer, iba preguntándose que estaría pasando entre Gilda, su hermano y su marido. El teléfono lo distrajo de sus pensamientos, miró la pantalla y sonrió al descolgar con un botón del volante,

—¡Pero bueno, qué sorpresa!, ¿Qué tal se están portando con vosotros los escoceses? — la voz de Roberto sonaba tan cerca como si estuviera sentado a su lado.

—¡Bien, bien! Son majos, o eso creo, porque no hay un dios que los entienda — Germán rio con ganas.

—¿Estás seguro de que es culpa de su acento? ¿o de tu inglés?

—Calla, calla — bromeó — oye, te llamo siguiendo órdenes — de repente sonó un ¡ay! y un murmullo — ¡Joder Natalia que me vas a hacer un moratón!, perdona, pero es que la bruta de mi chica me acaba de pegar un pellizco — Germán rio por lo bajo mientras escuchaba a la novia de Roberto, y amiga suya, regañándolo

—Natalia, estoy oyéndolo todo — ella contestó enfadada

—¡Es culpa de tu amigo! — se escuchó un forcejeo y Roberto volvió a la línea.

—Ya estoy aquí, he conseguido quitarle el teléfono haciéndole cosquillas, pero sé que la venganza será terrible — los dos se rieron al escuchar las amenazas de Natalia, que intentaba recuperar el aliento después del ataque de risa — imagino cómo debes estar de trabajo, y habíamos pensado ofrecernos por si necesitabas algo de ayuda — Germán miró el teléfono igual de extrañado que si su amigo le hubiera dicho que los habían abducido los extraterrestres,

—¿A qué te refieres?

—¿A qué va a ser? Al caso del Monasterio, ya conoces a Natalia, lleva

un par de días gruñendo porque se aburre y me ha chantajeado para que te llamara

—En realidad, podríais buscar una información, pero creo que tendríais que ir a Londres y me imagino que no...

—Por eso no te preocupes porque hoy íbamos a ir a Oxford, pero no tenemos nada contratado excepto el coche, así que podemos ir allí después de Londres. Dispara.

—Me vendría muy bien si investigáis los antecedentes de dos ciudadanos británicos, y con antecedentes no me refiero solo a los policiales sino a todo lo que podáis decirme sobre su vida. Lo que no sé es cómo vais a hacerlo, pero conociendo a Natalia, encontrará la forma.

—¡Estupendo!, eso entretendrá a la fiera un par de días... ¡ay! — Germán sonrió al imaginar otro pellizco

—Perfecto, en un rato te mando los datos de los dos, y otra cosa Roberto. Se trata de Gilda y de su hermano — Roberto y Natalia conocían a Gilda y al general, aunque no a Peter — o sea que necesito que tengáis discreción absoluta, imagínate lo que estará pasando para que te pida esto — su amigo silbó,

—¡Joder! No me gustaría estar en tu situación, muy bien, pues esperamos esos datos, mientras, terminaremos de recoger y saldremos hacia Londres. Hasta pronto, amigo y ten cuidado.

—Adiós — cuando terminó la conversación había llegado al lugar, por lo que se bajó y se quitó las gafas de sol. Allí estaba nublado, pero seguía haciendo un calor horrible, antes de dirigirse a la derecha donde estaban los polis uniformados y los de la científica, observó los alrededores, como solía hacer siempre que visitaba la escena de un crimen.

Frente a él había una laguna artificial que en su ribera derecha tenía una pequeña construcción de madera, con una abertura en la parte superior

para poder mirar las aves sin que se dieran cuenta, lo sabía porque había visto casitas parecidas en el Coto de Doñana.

Un poli joven se acercó deprisa con la sana intención de echarlo, pero antes de que dijera nada le enseñó la placa y él al ver el nombre, lo miró con una admiración que avergonzó a Germán y balbuceó

—Buenos días, inspector

—Hola — se estrecharon las manos — llámame Germán, ¿y tú te llamas...?

—Javier Sanz — sonrió como si fuera un fan y Germán sintió un escalofrío, pero el gesto de su cara no cambió — he seguido todas sus investigaciones, aunque sé que estará aburrido de que se lo digan — miró alrededor antes de susurrar — espero llegar a ser tan buen policía como usted.

—Gracias Javier, seguro que lo conseguirás, pero tutéame por favor. Me gustaría ver el cadáver ¿puede ser? — el novato miró hacia la cabaña de madera, que tenía la puerta abierta por donde salían dos miembros de la científica, con los típicos monos blancos. Entonces, sacó un par de guantes azules de su pantalón y se los ofreció. Germán se los puso, así como unos cubrezapatos desechables justo antes de entrar a la cabaña.

Esperó a que el compañero que estaba haciendo fotos saliera antes de hacerlo. No iba a estar mucho tiempo, ni siquiera iba a recoger nada de la escena ni a analizarla en profundidad, solo quería echar un vistazo. Y en cuanto lo hizo, la reconoció. A pesar de lo hinchada que tenía la cara y de las marcas en el cuello, supo que era Laura. Ni siquiera sabía por qué había ido, quizás para asegurarse de que el asesino era el mismo que en los otros dos casos, pero, si lo era, estaba claro que allí no había utilizado el mismo método. Se puso en cuclillas ante ella para observarla detenidamente, a pesar del fuerte olor que desprendía el cuerpo.

Laura estaba tumbada de lado, con las manos atadas por delante y con la base del cuello de un color morado oscuro, igual que los labios. También tenía heridas defensivas en las manos y los brazos, lo que indicaba que había luchado por su vida.

—¿Se lo habéis dicho a la familia? — Javier negó con la cabeza sin contestar y Germán se dio cuenta de que intentaba no mirar el cadáver. Todavía no se había acostumbrado a esto.

—¿El forense ha podido confirmar si la estrangularon? — Javier asintió y miró hacia atrás, para asegurarse de que no lo escuchaban,

—Cree que sí, y dice que debió ser hace dos días aproximadamente. Aunque, como siempre, dice que hasta que no haga la autopsia no puede confirmar si es la causa de la muerte. Unos excursionistas la encontraron siguiendo el olor, los pobres pensaban que sería algún animal muerto — hizo un gesto de desagrado — debido al calor, la descomposición ha avanzado rápidamente. Habían venido a pasar el día en la laguna y se han pegado un buen susto, un compañero los ha tenido que llevar a un centro de salud cercano porque estaban tan nerviosos, que ha sido imposible interrogarlos.

Germán observó con tristeza la cara de sorpresa de Laura, y su mirada descendió pensativa hasta las manos,

—A pesar de que está desnuda, el forense no cree que la hayan violado, pero también lo confirmará con la autopsia — Germán se levantó, miró las paredes de la cabaña seguro de que aquel sitio era demasiado pequeño, además, no había signos de lucha. Entonces salió para buscar huellas de arrastramiento, pero no las encontró. El asesino era muy fuerte porque no la había matado allí y había tenido que llevarla en brazos. Miró el aparcamiento donde él mismo había tenido que dejar el coche, estaba a unos 500 metros de distancia y una valla impedía acercarlo más.

—¿Hay alguna manera de traer el coche hasta aquí?

—No, el sitio más cercano es donde lo has dejado tú.

—Muchas gracias, Javier — estrechó la mano del novato que pareció decepcionado.

—¿No necesitas nada más?

—No gracias, ya he visto todo lo que necesitaba — el otro asintió con cara de pena, pero cuando Germán llevaba medio camino andado hacia el coche, lo alcanzó y preguntó.

—Perdona Germán, ¿has descubierto algo que nos pueda ayudar en la investigación? — él sonrió.

—Que no es un crimen pasional ni mucho menos, aunque eso es lo que el asesino quiere que creamos. Pero solo es mi opinión — después de hacer un gesto de despedida, caminó hacia el coche seguido por la mirada del novato hasta que desapareció.

## OCHO

Navidades de 1774, Casita del Infante

El padre Antonio Soler caminaba junto al artesano que estaba concentrado en que su mula no se pusiera cabezona y dejara de andar, por eso no quiso molestarlo hasta que llegaron a la Casita del Infante,

—No esperaba que trajerais vos mismo el clavecín, Maese Casas — el otro pensó un poco antes de contestar,

—En ocasiones especiales como esta, me gusta hacer las entregas yo mismo — sonrió con socarronería — he estado dos años trabajando en este instrumento, demasiado tiempo para que a algún zagal se le caiga y lo destroce.

—Lo comprendo señor. Lástima que su alteza no esté aquí para admirar vuestro trabajo.

—¿No?, creía que ya había llegado la familia real a pasar las navidades, cada vez que vienen los Reyes y sus hijos se alborota toda la villa — se encogió de hombros — los comerciantes y los artesanos estamos muy agradecidos de que sigan viniendo aquí de vacaciones, eso significa otro buen año porque habrá trabajo para todos.

—Como decís, la familia real ha venido, pero el Infante Gabriel sigue de viaje por Italia.

—¿Todavía?

—Sí, lleva casi dos años fuera, pero creo que volverá pronto — tras pasaron la verja que rodeaba la construcción y el padre llamó a la puerta, para que los abriera uno de los sirvientes y así poder colocar el clavecín en el lugar elegido por el Infante antes de marcharse.

Cuando José Casas el famoso fabricante de instrumentos se fue poco después, un hombre desconocido entró en la sala desde otra habitación. Se acercó al clavecín, se sentó ante él, y rozó suavemente con los dedos el maravilloso trabajo de marquetería que habían realizado en el frente del instrumento, justo sobre el teclado. Frunciendo el ceño, miró al fraile que le contestó sin necesidad de que le hiciera la pregunta,

—No os preocupéis, le dimos instrucciones claras antes de la construcción y me ha asegurado que esa pieza de madera saldría con facilidad. No tendréis que romper nada — escuchó las campanadas de una iglesia cercana y se sobresaltó — perdonadme Maese Terelló, pero debo ir a tocar a la basílica para la misa, nos hemos retrasado y... — lanzó una mirada preocupada al hombre y le preguntó — decidme, por favor ¿podéis trabajar aquí?

—Si, padre, no os preocupéis, he traído mi bolsa con las herramientas. Hoy empezaré a levantar esa tabla con cuidado a ver qué hay debajo, pero me temo que este trabajo llevará bastante tiempo. No he hecho nunca nada parecido.

—No hay ninguna prisa, el Infante solo pide que sigáis al pie de la letra sus instrucciones. Sé que el encargo es difícil, pero por eso la paga también es mayor.

—Por supuesto, no os preocupéis, solo una cosa ¿por qué me habéis pedido que no me dejara ver por Maese Casas? Lo conozco bastante y es un hombre honrado.

—No lo dudo señor, pero cuanta menos gente sepa lo que vais a hacer en este instrumento, mejor, por eso también se os ha pedido que lo hagáis a puerta cerrada. Ya he hablado con los sirvientes de la casa, y ninguno os molestará. Cuando os vayáis cada día solo tenéis que dejar tapado el clavecín y nadie lo tocará, es por eso que el Infante prefiere que trabajéis aquí, las

personas que viven en esta casa son de su absoluta confianza, ¿tenéis alguna pregunta? — el hombre negó rápidamente y el fraile se dirigió hacia la entrada — entonces, os dejo, ya sabéis donde encontrarme si tenéis algún problema — se fue y el relojero más famoso de España siguió rozando el panel de madera con las encallecidas yemas de sus dedos, alternando las caricias con algún golpe suave para saber dónde sonaba a hueco.

Actualmente,

Germán siguió un impulso antes de arrancar y llamó a Gilda, quería hablar con ella antes de que Roberto y Natalia le dieran la información que les había pedido,

—Hola Germán — solo escuchando su voz, sabía que estaba hecha polvo.

—Buenos días Gilda, me gustaría hablar contigo cuando puedas — seguramente ya estaría en su puesto de trabajo en el Ministerio del Interior y no podría escaparse enseguida. Pero era algo que no se podía discutir por teléfono y ella era la primera interesada en que fueran lo más discretos posible — ¿te parece que quedemos a la hora de comer?

—Sí, pero tendría que ser muy pronto porque tengo una reunión a las tres ¿dónde quedamos?

—¿En el Retiro a la una? yo llevo la comida.

—Está bien.

—Te advierto que comeremos un sándwich.

—Por mí, perfecto.

—Bien.

Después puso rumbo a la clínica pediátrica a la que había ido un par de veces antes.

En la entrada volvió a ver a varias madres que intentaban que sus hijos no gritaran o corrieran por los pasillos. Después de saludar, giró a la izquierda y se dirigió a la recepcionista, que no era la misma que las otras veces,

—Soy policía — enseñó su placa — necesito ver a la doctora Barco — lo miró con curiosidad y por alguna razón pareció reacia a dejarle pasar, pero los interrumpió una mujer que acababa de llegar con sus tres hijos. A uno de ellos lo sentó en el mostrador y Germán, aprovechando la distracción, se internó por el pasillo para ahorrar tiempo.

Se dirigía a la consulta de Claudia cuando escuchó una discusión en la sala de descanso, donde la habían interrogado unos meses atrás por la muerte de su antiguo prometido. Un sexto sentido le hizo dirigirse hacia allí y quedarse en la puerta escuchando, Claudia estaba discutiendo con Iñigo, su excuñado y algo más, como había podido descubrir Germán.

—Iñigo, te lo repito, no es el momento ni el lugar para discutir sobre esto. Tengo la sala de espera llena de pacientes, por favor, vete a casa — la voz de Claudia sonaba cansada como si se lo hubiera pedido varias veces, pero Iñigo, un famoso abogado madrileño, no era de los que obedecían instrucciones dócilmente,

—¡No, hablemos ahora!, solo necesito que me prestes atención unos minutos.

—Por favor, ¡estoy harta de esto!, ¿no puedes llamarme y que quedemos un día que nos venga bien a los dos?

—¡No me lo puedo creer!, ¿Cuántos días llevo detrás de ti?, ¡y ni siquiera me coges el teléfono! Este es el único sitio donde sé que te voy a encontrar, y donde no tienes más remedio que escucharme.

—¿Pero tú te estás escuchando? — se hizo entonces un silencio que duró unos segundos y él continuó en voz más baja, más tranquilo

—Claudia, cariño, no creerías que después de lo que pasó esa noche las cosas iban a seguir igual.

—¡Sí, lo creía y lo creo! — aunque había empezado casi gritando, terminó la frase con un susurro — porque lo que hicimos fue un error.

—No es verdad, y tú lo sabes. Te entregaste a mi como no lo habías hecho nunca con nadie, estoy seguro. Niégalo si puedes — Germán empezó a sentirse mal por estar escuchando aquello.

—Iñigo, por favor, vuelve con tu mujer y con tus hijos.

—Eres una cobarde. Te dije que le iba a pedir el divorcio y ya lo he hecho. ¿Cuál será tu excusa cuando esté divorciado? — Germán llamó a la puerta suavemente con los nudillos.

Cuando Claudia abrió la puerta y lo vio, se asustó.

—¡Germán! — se puso la mano en el corazón y echó una mirada angustiada a Iñigo, que se acercó a ella y rodeó su cintura con el brazo.

—Hola Claudia — inclinó la cabeza hacia Iñigo saludándolo y cerró la puerta, entonces ella empezó a llorar sin necesidad de que el poli dijera nada. Germán le puso la mano en el hombro derecho y se inclinó hacia ella,

—Lo siento — ella se quitó las manos de la cara y lo miró con los ojos llenos de lágrimas.

—¿Qué le ha pasado?

—La han estrangulado.

—¡Dios mío! — la doctora se sentó en una silla, aturdida, y se quedó mirando la mesa.

—Claudia ¿te importaría contestarme a un par de preguntas?

—Supongo que no — se limpió los ojos con un pañuelo que había sacado del bolsillo de su bata, y Germán se sentó a su lado e Iñigo lo hizo enfrente.

—Seré muy breve, primero, quiero saber si tu prima tenía novio o si

salía con algún chico, aunque fuera de vez en cuando.

—No creo, porque a pesar de lo joven que era, solo vivía para su trabajo y sus estudios — se frotó los ojos como si le dolieran — pero no sé, todo es posible. Sí que últimamente parecía algo misteriosa, pero no sé si tenía que ver con un chico.

—Vale, y ¿te suena que os contara que había entrado en algún tipo de asociación?

—No — Germán le cogió la mano y le dio un apretón.

—Lo siento mucho, de verdad. Haré lo que pueda por descubrir al asesino, los compañeros de la comisaría que llevaban su desaparición hablarán con tus tíos, pero yo he preferido venir a decírtelo en persona.

—Gracias — se levantó y ya iba a salir cuando ella recordó algo

—Germán, tenía mucha amistad con unos compañeros de la Uni, aunque no sé quienes son. Me dijo una vez que había aprendido a mandar mensajes ocultos, que era muy útil por si quieres decir algo a alguien sin que se enteren los demás. Y que solo ella y sus amigos sabían la clave.

—Y no sabes cuál es esa clave — ella negó con la cabeza

—No, lo siento.

—No, me has ayudado mucho, muchas gracias. Si averiguo algo, te llamaré — cuando cerró la puerta vio cómo se derrumbaba en brazos de Iñigo, él miró a Germán antes de salir y el policía entendió lo que quería decirle, que contase con él para lo que necesitase. Mientras caminaba hasta el coche, se lamentó por los dos, le caían bien, pero parecían condenados a no estar juntos.

Desde allí se fue a la cafetería donde iba a comprar los sándwiches y los refrescos y después al Parque del Retiro. Era posible que tuviera que esperar unos minutos, pero le vendría muy bien para pensar, algo que necesitaba hacer más que nunca en una investigación como esta.

Se sentó en uno de los bancos que había frente al lago y Gilda lo encontró observando remar a los turistas que se habían atrevido a alquilar una barca, entre distraído y pensativo. Ella se sentó a su lado y le dio un beso en la mejilla y German vio que seguía teniendo mala cara. Gilda volvió la mirada hacia el agua y se puso las gafas de sol y él le entregó un sándwich y un refresco,

—Come Gilda, estás muy delgada — ella le contestó irónicamente,

—Eso no ha sonado demasiado bien — dejó el sándwich sobre sus piernas y Germán, sin mirarla, repitió suavemente,

—Come — ella separó el papel de plata y preguntó, al ver aquel revoltijo indeterminado.

—¿De qué es?

—Vegetal, con pollo y mayonesa.

—¡Pero tiene queso! Y lo han pasado por la plancha ¡la de grasa que debe llevar!

—Pruébalo Gilda. Si no te gusta, te aseguro que iremos a por otra cosa, hay un merendero unos metros más allá — ella se llevó aquella masa informe a la boca y, al morderla, tuvo que cerrar los ojos para saborear la maravillosa mezcla de sabores que explotaron en su boca.

—¡Dios mío!, ¡qué bueno esta!, tienes que decirme de donde es — Germán sonrió mirándola de frente, porque había hablado con la boca llena, dejando de parecer una mujer inaccesible por un momento.

—De una cafetería que hay cerca de mi casa, hace los mejores sándwiches y bocadillos de Madrid — él mordió el suyo y terminaron de comer en silencio, luego siguieron con los refrescos y después de dejar los restos en una papelería cercana, ella se limpió las manos con una toallita que había sacado del bolso y le dio otra a Germán para que hiciera lo mismo.

—Estoy esperando tus preguntas.

—Soy un policía paciente.

—Tengo que pedirte un favor — él paró un momento de limpiarse las manos y la miró fijamente, luego siguió frotándose entre los dedos con la toallita y preguntó,

—¿Cuál?

—Que me informes antes que a nadie de lo que descubras en la investigación — vio el miedo en sus ojos, por primera vez desde que la conocía — te lo pido como un favor personal y te agradecería que no se enterara nadie.

—¿Por nadie, te refieres a tu marido? — ella asintió rígidamente — está bien, pensaré en tu petición.

—Te lo agradezco.

—Gilda, te ayudaré siempre que no vaya en contra de mis principios. Y ahora ¿me contestas a una pregunta? — ella pareció alarmada, pero accedió

—De acuerdo.

—¿Estás así de asustada por tu hermano? — lo miró aterrorizada, lo que lo preocupó más todavía, porque hubiera jurado que era una mujer incapaz de asustarse. Mientras estaba mirándola, observó a un hombre de un banco cercano que ya se había levantado un par de veces a la papelera que estaba junto a ellos, como si fuera a tirar algo — Gilda — susurró — ¿es posible que te estén siguiendo? — ella asintió con un suspiro.

—Sí, son hombres de mi marido, desde esta mañana me sigue un coche con dos agentes. Son bastante burdos, la verdad, cuando pase todo esto le diré que más vale que los adiestren mejor.

—¿Quieres hablar de ello? ¿necesitas ayuda? — ella sonrió

—¡Que buena persona eres! No, Enrique está actuando como debe en este caso y te voy a decir algo que no pensaba confesarte. No he tenido nada que ver en la muerte de los dos frailes, te lo juro Germán — él asintió — y en

cuanto a mi hermano... — se encogió de hombros y le costó algo más decir lo siguiente — es el culpable de los problemas que tengo con mi marido en este momento y que espero que resolvamos. Tengo que irme ¿te puedo ayudar en algo que agilice la investigación?

—De momento no, gracias Gilda — prefería no darle ningún tipo de información, al menos de momento.

—Bueno — se puso las gafas de sol de nuevo y le lanzó una última sonrisa — hagamos que esos chicos se ganen el sueldo.

—Suerte, Gilda.

—Gracias — él inclinó la cabeza y la vio marcharse pasando por delante del hombre de su marido.

Volvió al Centro directamente. Sabía por un whatsapp que Isabel y Amaro habían salido a comer y, aunque mataría por un café, prefirió entrar en su ordenador para ver las fotos que ya había mandado Scotland Yard. No le sorprendió ver que, entre las pertenencias de Alejandro, había una moneda de Cervantes como la que él llevaba encima. En el correo también le confirmaban que, según las grabaciones de seguridad, Alejandro había ido a la Biblioteca Británica a ver un autógrafo de Shakespeare, uno de los pocos que habían resistido hasta nuestros días.

Se quedó mirando al vacío después de leer el correo, pensando, y a las dos y media se sirvió un café y decidió volver a intentarlo con las cartas.

En casa había probado con una secuencia de palabras equidistantes, por ejemplo: desechar la primera palabra y subrayar la segunda, desechar la tercera y subrayar la cuarta y así sucesivamente. Saltando una palabra cada vez no había conseguido nada, así que a continuación lo había intentado saltando dos palabras cada vez, de la siguiente manera: se elegía la tercera palabra, la sexta, la novena...pero se quedó dormido antes de encontrar nada y ni siquiera recordaba en qué número había caído fuera de combate, por lo

que decidió cambiar de carta y esta vez cogió la que le habían mandado de Scotland Yard, la del primer asesinado y empezó a trabajar con ella.

Después de beberse el café de un trago comenzó a descartar palabras del texto mecánicamente, desechando el resultado si veía que no significaba nada. Y de repente, todo cambió cuando probó con el número siete. Saltando seis palabras y cogiendo la séptima, esa carta tonta y sinsentido cobró un significado nuevo y atemorizante:

~~“A pesar de que he puesto cuidado y me he esforzado mucho, nadie sabe cuánto te he querido y lo que me duele que se haya acabado la pasión, pero es cierto. Ya no tenemos nada.”~~

### “CUIDADO SABE QUE LA TENEMOS”

Cuando leyó la frase en voz alta, sintió que se le aceleraba el corazón, entonces fue consciente de que su teoría era correcta y de que los tres jóvenes temían por su vida. Sin perder ni un minuto se puso con la segunda, la que Félix tenía en unos vaqueros, y que le había mandado Lorenzo al móvil,

~~“No miento al decir que no tengo nada, por supuesto esto incluye el miedo a perder cosas materiales. Pero eso no quiere decir que seamos tontos porque podemos, como frailes, ser austeros y además confiar en la providencia divina, en definitiva, en Dios. Eso no nos lo quitará nadie. No pueden.”~~

Lo que realmente pensaba Félix, el joven fraile al que habían degollado sobre el órgano principal de la basílica del Monasterio del Escorial, era

particularmente espeluznante:

### “TENGO MIEDO NO PODEMOS CONFIAR EN NADIE”

A esas alturas estaba deseando descubrir el mensaje oculto en el borrador de Laura,

~~“Querido Mario: no te quiero y tengo que decírtelo, aunque de momento siga escondida. Por favor no me busques porque la última comunicación que mantendremos será esta carta, que te entregará Moncho cuando aparezcas en su bar. No quiero salir de casa”~~

Su significado fue el más sorprendente de todos, y el que hizo que saliera corriendo hacia la casa de Laura, mientras rogaba por el camino que el asesino no hubiera descubierto lo mismo que él.

### “TENGO ESCONDIDA LA CARTA EN CASA”

Por el camino llamó a Claudia, que le dijo que estaba en casa de sus tíos. Ella misma le abrió la puerta y lo acompañó hasta la habitación de su prima, tenía los ojos muy hinchados y hablaba en voz baja,

—Germán, perdona, pero mi tía está en la cama, le he dado un tranquilizante y mi tío está en la comisaría.

—Siento molestaros en este momento...

—¿Es importante lo que vienes a buscar? — él dudó un momento, pero no podía perjudicar la investigación,

—Cualquier cosa puede serlo...no lo sé.

—De acuerdo, haz lo que tengas que hacer, yo estaré con mi tía — lo dejó solo en la habitación de Laura y él volvió a mirar los cientos de libros que abarrotaban las estanterías. Dentro de cualquiera de ellos podría estar metida la carta, camuflada entre las hojas, se sentó en la cama y los miró de frente,

—Si yo fuera Laura y quisiera ocultarla en algún sitio que solo la encontrara alguno de mis amigos ¿en qué libro la metería? — buscó algún libro sobre el Escorial o el Monasterio, pero no había ninguno. Entonces decidió mirar los títulos uno a uno, y no encontró nada sobre masonería, ni sobre Cervantes o El Quijote. Suspirando, cuando llevaba una de las estanterías entera comprobada, desvió la mirada hacia el escritorio y se encontró con la foto de Laura con su familia que lo miraba sonriente. En ese momento tuvo un palpito y se acercó para coger el marco de madera, lo dio la vuelta y lo abrió, y ahí estaba. Pegado al cartón trasero del marco había un pergamino doblado en cuatro que parecía muy antiguo, lo despegó con cuidado y se lo metió en el bolsillo de la camisa sin mirarlo, seguro de que era lo que estaba buscando. Se acercó a la habitación de los padres de Laura y se despidió de Claudia a través de la puerta

—Me voy Claudia, pero no salgas por favor, no es necesario — escuchaba sollozar a la madre de Laura y los susurros de su sobrina intentando que se calmara

—Gracias Germán, si sabes cualquier cosa llámanos, por favor...

—Por supuesto — se fue apesadumbrado. A pesar de sus años de experiencia nunca se acostumbraría a la innecesaria pérdida de vidas y menos de gente tan joven.

Esperó a estar sentado en el coche antes de abrir la hoja, entonces se dio cuenta de que eran dos, y comenzó a leer:

**Casita del Infante, 5 de noviembre de 1788**

**Soy Gabriel de Borbón, Infante Real e hijo del Rey de España Carlos III, por la Gracia de Dios**

**Escribo esta carta desde la cama en la que voy a morir en los próximos días, como lo hicieron primero mi hijo a los pocos días de nacer y una semana después, mi querida esposa. Cuando ella murió yo ya estaba contagiado por la viruela, la misma enfermedad que se los llevó a los dos. No temo a la muerte porque siempre he intentado ser un hombre bueno, pero hay algo que he ocultado a todos, excepto a mi profesor de música, el querido Padre Soler, ya fallecido y que necesito confesar. Ojalá tenga suerte y el que esté leyendo esta carta esté interesado en hacer justicia.**

**Siendo adolescente encontré por casualidad, entre las páginas de un libro, una carta del escritor inglés William Shakespeare dirigida a Miguel de Cervantes. Mi profesor de música tuvo que traducirla porque yo por entonces no conocía la lengua inglesa, en ella Shakespeare recordaba su visita a España, en la que había conocido a Cervantes y que este le había regalado una edición del Quijote. También decía que cuando lo había leído, se había basado en uno de sus personajes para escribir una obra de teatro: La historia de Cardenio. Por último, confesaba que había oído hablar de los problemas económicos de Cervantes, por lo que le cedía la propiedad esa obra para que la utilizara como quisiera.**

**Decidí ocultar mi accidental descubrimiento hasta poder investigar un poco más, algo que con tan poca edad ya me gustaba sobremanera.**

**Antes de continuar, para que el que esté leyendo estas líneas pueda**

**entenderme, he de explicar cómo funciona en estos asuntos la corte de mi padre. Cuando yo hubiera comunicado la existencia de dicha carta, esta sería catalogada, valorada y estudiada minuciosamente por varios expertos, y jamás consentirían que el legítimo propietario o sus herederos, la recuperaran.**

**Yo sabía que Cervantes había vivido escaso de posesiones y había muerto de la misma manera, por eso cuando la leí, lo primero que pensé fue que me encantaría encontrar la obra de teatro a la que se refería la carta, para entregársela a los herederos del mejor escritor que ha tenido la lengua española.**

**Ese era mi propósito, la búsqueda del heredero y del manuscrito. El último lo encontré en Inglaterra de donde nunca había salido porque el amigo de Shakespeare, al que se lo confió para que lo entregara a Cervantes, abusó de dicha confianza y lo vendió al mejor postor, y yo lo recuperé gracias al querido Padre Soler que tuvo que entregar a cambio 27 de sus sonatas a Lord Fitzwilliam.**

**Pero fallé al encontrar al heredero, no pude hacerlo a pesar de que lo intenté con todas mis fuerzas. Hice varias visitas a Italia, incluso viví allí algunos años porque había encontrado el rastro de un hijo bastardo de Cervantes, Promontorio Parisi, que fue soldado como su padre, pero su rastro se perdía después de unos años en Nápoles.**

**Rezo porque el que encuentre este escrito, tenga más éxito donde yo fracasé y sea capaz de entregar este tesoro tanto tiempo escondido a su legítimo propietario.**

**Imagino que el que esté leyendo esta carta se preguntará dónde están la carta y el manuscrito de Shakespeare, y para estar seguro de que eres la persona que merece encontrarlo solo te repetiré una frase que**

**siempre me decía mi maestro de música:**

**“Hay que seguir la partitura al pie de la letra, es la única manera de estar seguro de que la música será la correcta”**

**Cuando esta carta esté terminada la doblaré para esconderla en la primera edición de mi traducción de las obras de Salustio, que un sirviente de mi confianza devolverá después a la biblioteca del Monasterio. El motivo de ponerla en ese libro en concreto es porque estoy seguro de que pocos lo leerán desgraciadamente, e intentando que el que la encuentre al menos sea un hombre culto. Ruego a Dios que también sea justo.**

**Estoy en paz, mi confesor acaba de marcharse después de darme la absolución, solo me queda terminar esta petición de ayuda a un alma honrada. Gracias, si eres esa persona.**

**Gabriel de Borbón,  
Infante de España**

**P.S. Una última cosa, si vas a tocar esa partitura, te recomiendo que lo hagas en mi nuevo clavecín.**

Germán volvió a la realidad y miró a su alrededor, seguía en el coche a pesar de que se había sentido como si hubiera viajado varios siglos atrás mientras estaba leyendo. Después de inclinar la cabeza pensando un momento, volvió a guardar las dos hojas arrugadas y amarillentas en una

carpeta que llevaba en el asiento trasero, y volvió a la oficina.

## NUEVE

Monasterio del Escorial, 8 de marzo de 1776

El padre Soler descendió por las escaleras del coro y salió de la basílica en cuanto terminó la misa, caminaba ensimismado con algunas partituras bajo el brazo, con prisa y distraído como siempre. Atravesaba el Patio de los Reyes cuando una voz lo saludó de lejos y, al levantar la mirada y reconocerlo, cambió de dirección para acercarse a él. Durante el tiempo que el relojero llevaba trabajando en la Casita habían pasado mucho tiempo juntos, y se saludaron con afecto bajo las miradas curiosas de algunos de los frailes que pasaban por su lado,

—¡Padre, qué alegría verle!

—Igualmente Manuel, ¿cómo está tu familia?

—Bien, bien, mis niñas creciendo, ya tengo dos, ¿sabe?

—Sí, lo sé. Claro que lo sé, ya os he visto en misa — se distrajo saludando a un hermano que pasaba cerca y, cuando Manuel se aseguró de que nadie los escuchaba, se inclinó y susurró

—Ya está — lo miró inquisitivo

—¿Perdona?

—Que el trabajo que me encargaron ya está terminado. Acabo de comprobar el mecanismo y funciona perfectamente — el fraile no supo qué contestar, era una noticia inesperada.

—¿Estás seguro?

—Sí.

—Creía que tardarías años en acabar.

—Sí, yo también, pero estaba tan bien construido que ha sido más

sencillo de lo esperado. Normalmente tardo mucho tiempo preparando el interior, limando y lijando durante días o semanas, pero en este caso el artesano había hecho un gran trabajo.

—¿Y seguro que funciona? ¿con los requisitos que pedía su Alteza?

—Sí, padre, lo he comprobado en varias ocasiones.

—Entiendo — de repente se sentía extraño, como si su vida dejara de tener sentido ¡qué tontería! — muchas gracias, Manuel.

—¿El Infante vendrá pronto a probarlo?

—No lo sé — suspiró — últimamente no recibo demasiadas cartas tuyas, sigue viajando por Europa, aunque siempre vuelve a Italia — se encogió de hombros porque no podía explicar algo que él mismo no entendía — está cumpliendo algunos encargos de su Majestad.

—Ya, bueno, pues espero que quede satisfecho cuando lo pruebe. Ahora tengo que irme, solo quería darle la buena noticia

—Vuelve alguna vez y trae a tu familia, Manuel — el relojero sonrió y se alejó dejándolo solo en el Patio de los Reyes. Un fuerte viento hizo que se le saltaran las lágrimas instándole a moverse, pero no lo hizo enseguida, preguntándose si volvería a ver a Gabriel.

Actualmente...

Fue directamente al despacho de Amaro cuando llegó al Centro.

—¿Qué ha pasado? — evidentemente Isabel le había dicho que Laura había aparecido muerta.

—La han estrangulado y después han abandonado el cuerpo, desnudo, en una laguna en Boadilla.

—¿Crees que es un crimen sexual?

—No, estoy seguro de que está relacionado con los otros dos y, además, creo que es posible que acabe de encontrar el móvil. Me ha pasado algo sorprendente, y por primera vez en mi carrera no sé qué hacer con una información — miró a su jefe y amigo, aunque en realidad estaba pensando en voz alta — lo que estoy seguro es que, de momento, no quiero que lo sepa nadie aparte de nosotros ¿te parece bien? — Amaro, que era perro viejo y lo conocía bien, preguntó con el ceño fruncido inclinando los hombros hacia Germán,

—¿Qué tipo de información?, ya he tenido bastantes rollos de espías y todo eso — se refería a su último caso

—No, no tiene nada que ver con eso — desechó el comentario con la mano — necesito tu apoyo en esto, Amaro

—De acuerdo — le entregó las dos hojas

—Toma, léelo, pero ten cuidado con ellas. Mira la fecha — cuando lo hizo, lo miró asustado

—¿Son de verdad? — él asintió. A pesar de que no era un experto ni mucho menos, sabía que lo eran. Se pinzó el puente de la nariz con el dedo pulgar e índice para despejarse, mientras esperaba a que terminara. Cuando lo hizo, dejó las dos hojas con sumo cuidado encima de su escritorio y se quedó mirándolas como si fuesen venenosas,

—Pero ¿tú crees lo que pone ahí?

—Creo que la carta es auténtica porque han matado por ella. Pero sobre el contenido no tengo ni idea, aunque he pensado preguntar a la experta del Monasterio sobre el Infante que la escribió. Veré si ha vuelto de su viaje a París.

—Si no la localizas, busca a otra persona ¿y por qué no ese profesor?, el especialista en Cervantes, ese tiene que saber si eso que pone es cierto ¿no? — Amaro tenía cara de acojonado — sé que lo sabes, pero todo esto —

señaló las hojas — nos va a traer problemas — decidió no contestar a su última afirmación para evitar una discusión.

—Tienes razón, hablar con el profesor es una buena idea. Mañana iré a verle, ¡ah!, otra cosa, cada uno de los tres asesinados había escrito una carta con un mensaje oculto. Debía de ser una especie de acuerdo entre ellos, porque todas se descifran con la misma clave.

—¿Qué dices?, ¿qué clave?

—Espera, es más fácil si te lo demuestro — le enseñó las notas y lo que querían decir en realidad. Cuando lo entendió, su jefe se reclinó de golpe en la silla y lo miró con la boca abierta,

—¡Esto es increíble!

—Sí, sabían que estaban en peligro, fíjate en lo que dice Alejandro: Tengo miedo no podemos confiar en nadie — leyó — el asesino, aunque ya lo suponíamos era alguien a quien conocían.

—Pero ¿quién se va a atrever a asesinar a un fraile en el Monasterio del Escorial con la de gente que hay siempre por allí y por qué nadie lo vio salir ensangrentado?

—Por eso no podemos desechar la posibilidad de que fuera alguno de los hermanos, sino sería muy difícil que se moviera entre ellos y que conociera todos sus secretos. Por cierto, el otro día la colaboradora de Patrimonio Nacional me dijo que la lonja del Monasterio está llena de túneles, que llevan hasta el pueblo del Escorial. Tendremos que ver si el asesino pudo escapar por ahí.

—¿No te dijeron que Zarzuela estaba preocupado por cómo trataríamos a los frailes?, y tú quieres cargarles con el asesinato...

—Solo digo que, si ha sido uno de ellos, tendrá que pagar como cualquiera. No estoy diciendo que les vaya a echar la culpa si son inocentes.

—Lo sé, lo sé, y dime, ¿qué vas a hacer con eso? — señaló las hojas

que todavía estaban encima de la mesa.

—Es importante que nadie lo sepa, necesito tiempo.

—¿Por qué no la guardas mientras en la caja fuerte?

—Sí, pero la voy a dejar en la del garaje que nadie sabe que existe, excepto Isabel, tú y yo — Amaro asintió con cara de estar pensando por qué no se habría prejubilado ya. Germán salió para comentarle a Isabel el descubrimiento y ella insistió en hacer ella misma la prueba con la clave del seis en cada una de las cartas, y cuando lo hizo, levantó la mirada y le dijo, sorprendida

—¡Es increíblemente sencillo e ingenioso a la vez!, nadie imaginaría al ver la carta lo que realmente quiere decir y es imposible que lo descubrieran al azar, solo...

—...solo si supieran cual es la clave — ella asintió y lo siguió hasta el garaje donde estaba oculta la caja fuerte. Su instalación había sido idea de Germán, y el que la ocultó detrás de un cuadro de luces falso, era un viejo amigo de Amaro que no abriría la boca. Isabel se colocó detrás de él mientras tecleaba el código, después de retirar el cuadro de luces,

—Todavía no la habíamos estrenado — cuando metió la carta, cerró la caja y se volvió mirándola fijamente,

—Amaro está de acuerdo en no decir nada a nadie sobre esto. De momento — ella asintió — tengo que pensar cómo vamos a llevarlo, porque entiendo demasiado bien lo que movió a Gabriel de Borbón a escribirla. Quería hacer lo justo, algo tremendamente difícil cuando hay tanto dinero de por medio.

—De acuerdo... — lo conocía, así que esperó a que terminara de explicarse.

—Lo que quiero decir es que utilizaré la información que nos da la carta, pero no avisaremos a nadie sobre su existencia. Patrimonio o cualquier

otro departamento, se la llevarían y no la veríamos más. Y quiero llegar al fondo de esto antes de que eso ocurra.

—Lo entiendo, y estoy contigo, como siempre — se acercó a él, y debido a que llevaba zapato bajo como siempre que trabajaba, tuvo que levantar la vista para observar su mirada seria y lo abrazó durante un instante. El la correspondió y luego ordenó,

—Vamos a trabajar, todavía hay mucho que hacer.

Diez minutos después, estaban en el despacho repasando las notas de Isabel y mientras ella buscaba algo en su cuaderno, él decidió aprovechar el tiempo,

—He hablado con Gilda — Isabel sabía que habían quedado para comer — todo indica que tiene problemas serios con Enrique provocados por su hermano. Parece bastante feo, además tiene información que no nos ha contado, estoy seguro. Aunque no creo que haya tenido nada que ver nada en los asesinatos, al menos de manera directa — Isabel frunció el ceño

—¿Qué dices? ¿por qué crees que oculta información? la conocemos, hemos cenado varias veces con ellos. Germán ¿estás seguro?

—Peter y ella se traen algo entre manos que tiene que ver con el caso, te lo aseguro. Y, además, tanto Enrique como Gilda me han pedido, por separado, que les informe antes que a nadie de lo que vaya descubriendo — Isabel frunció el ceño extrañada, porque había visto cuánto se querían cuando se habían juntado con ellos en alguna celebración.

—¡Que raro!

—Pero no es solo que quieran que les adelante la información, además, quieren que sea en secreto y estoy seguro de que detrás de todo eso está Peter.

—¿Wentworth?

—Sí, he pedido a Roberto y Natalia que investiguen a los dos

hermanos.

—¿Estás seguro?

—¿Y tú asustada?

—¡No seas idiota! — gruñó — me preocupo porque si se enteran, se te va a caer el pelo.

—Tranquila, ya lo justificaré si tengo que hacerlo, no te preocupes.

—Está bien.

—Cuéntame qué has descubierto.

—He hablado con el forense, me refiero al nuestro, claro.

—Lo único que necesitamos del inglés es saber si han encontrado alguna huella o algún otro indicio en el chubasquero, porque no he visto ninguna referencia a ello en el informe — se encogió de hombros — ya has visto las autopsias, los dos asesinatos se cometieron con el mismo instrumento, además, a los dos los atacaron desde atrás y ninguno de ellos se defendió, porque los habían drogado. Estoy seguro de que es el mismo asesino. Y también de que el mismo hombre asesinó a Laura, aunque a ella la estrangularan, por cierto, que necesito su autopsia en cuanto esté.

—Sí, no te preocupes,

—¿Y qué te ha contado el forense?

—Que el corte está realizado con un arma extremadamente afilada, y ha repetido que cree que el asesino tiene experiencia — esta vez, la frase puso alerta a Germán

—¿Quiere decir que ha matado antes?

—No está seguro, pero es lo que cree — él suspiró y decidió seguir por la pista del arma.

—¿El arma podría ser un cuchillo, una navaja...algo así? — ella negó con la cabeza

—Más bien un bisturí — Germán frunció el ceño

—No tengo ni idea de donde se compran ¿son difíciles de conseguir?  
— Isabel sonrió porque ella había pensado lo mismo

—Eso creí yo hasta que lo busqué en la tienda online más grande del mundo, ya sabes a cuál me refiero, y ahí los hay a montones. Esta mañana había una oferta, con muy buenos comentarios, de un bisturí quirúrgico con 100 cuchillas de repuesto por algo más de 15 euros.

—Hay que joderse — gruñó, pero Isabel aún tenía algo más que decir.

—Y no era el más barato, era de acero al carbono parecía de buena calidad. He estado a punto de comprar uno, pero no se me ha ocurrido para qué podríamos necesitarlo — bromeó y Germán meneó la cabeza, incrédulo

—Está bien, sigamos ¿ha aparecido el teléfono de alguno de los frailes?

—No, pero ya he pedido los registros de las llamadas.

—Bien, y ¿tenemos los datos del portátil de Félix?

—Sí y tenías razón, los tres se enviaron las cartas por correo electrónico.

—¿Y antes de eso?, ¿qué correos hay entre ellos?

—Ninguno, es raro. Las tres cartas se las enviaron entre ellos, en días sucesivos comenzando la primera hace una semana.

—Debió de ser cuando se dieron cuenta de que los espiaban, seguramente alguien del Monasterio. Quiero que todos los departamentos implicados se pongan las pilas ya, y si te dicen que no entienden la urgencia, me los pasas. Estamos hablando de tres asesinatos, por lo menos.

—De acuerdo — Germán cogió el teléfono para fijar una cita para el día siguiente mientras Isabel abandonaba el despacho.

Su siguiente conversación fue cuando volvían a casa en el coche,

—Creo que me va a reventar la cabeza — la miró, tenía unos grandes círculos oscuros bajo los ojos, y, al verlos, apretó la mandíbula, enfadado

consigo mismo,

—¿Qué te parece si pedimos comida, de la que engorda de verdad, y vemos una peli? — ella lo miró incrédula

—No me creo que esas palabras hayan salido de tu boca, ¿y qué pasa con el trabajo?

—Si no estamos descansados, no serviremos para nada, creo que es mejor que desconectemos esta noche, ¡afortunadamente mañana vuelve Dominó!

—¡Sí, menos mal!, me ha mandado un whatsapp diciendo que está deseando hacerlo — a pesar de estar de vacaciones con su chico, era otra friki del trabajo

—Necesitábamos que volviera, estás hecha polvo. Es demasiado para una persona sola — ella se inclinó y le dio un beso en la mejilla mientras él aparcaba en el garaje.

El haber dormido ocho horas hizo que los dos se sintieran revitalizados. Antes de lo habitual, ya estaban vestidos tomando la segunda taza de café, y miraban las noticias de las siete de la mañana.

—Entonces, ¿cojo mi coche? — Germán dejó de mirar a la presentadora que hablaba sobre los asesinatos de los frailes, tema con el que ese día estaban abriendo todos los informativos.

—Sí, yo me acercaré primero al Monasterio y luego iré a ver al profesor. Intentaré llegar al Centro antes de comer, pero — se encogió de hombros, aunque ella sabía muy bien que eso no dependía de él — no olvides pedirle a Dominó que reúna toda la información que encuentre sobre el famoso congreso. Quienes estuvieron, cómo se sentaron, donde durmieron... lo quiero todo, y ya sé que es mucho trabajo, pero que vaya cuadrando las coartadas de los asistentes con la hora de la muerte de Alejandro.

—De acuerdo — bebió el último trago y le avisó — yo ya estoy,

cuando quieras — se despidieron al salir del ascensor porque sus plazas estaban cada una en un extremo del garaje.

Ese día le costó algo más sortear a los periodistas que el día anterior, pero, después de pedirle a un par de ellos que se apartaran porque no lo estaban dejando pasar, lo consiguió. Al menos, todavía no se habían atrevido a atravesar las puertas del Monasterio. Había quedado con Lorenzo a las ocho y media en el Patio de los Reyes y el chaval esperaba como un clavo y con una sonrisa

—¿Cómo estás, Lorenzo?

—¡Muy bien Germán! — susurró en cuanto comenzaron a andar — esto parece estar muy tranquilo, pero los frailes están muertos de miedo — Germán sonrió irónico

—No me extraña.

Al pasar junto al comedor vieron cómo entraban por el ventanal del huerto, Javier el enfermero y Guzmán el listo, que hablaban entre ellos en voz baja hasta que los vieron y se quedaron mudos. Germán los saludó y siguió por el pasillo acompañado por Lorenzo, hasta el despacho del prior que en esa ocasión tenía la puerta abierta

—Buenos días, padre — el religioso lo miró con el ceño fruncido, como si no recordara por qué estaba allí,

—He venido para hablar con Francisco — recordó — espero que esté más tranquilo.

—Sí, ya sabe que tiene que hablar con usted.

—Luego lo haré con los cuatro hermanos con los que no me pude reunir, porque estaban en confesión — a pesar de que intentó que no se notara su sarcasmo, el prior entrecerró los ojos al contestar,

—Creo que todos ellos están en la biblioteca.

—Estupendo, porque también tengo que volver a hablar con el padre

Beltrán, el bibliotecario — el prior lo siguió con la mirada mientras salía, pero no dijo nada.

Volviendo por el pasillo echó un vistazo a Lorenzo, que parecía encantado por no tener que estar en la cocina. De camino a la biblioteca se encontraron con unos cuantos frailes, uno de ellos encapuchado y Germán se extrañó al verlo recordando algo...

—¿Por qué va encapuchado? — el chico susurró al contestar porque seguían pasando frailes a su lado,

—Lo suelen hacer cuando están de retiro espiritual, para que nadie les hable ni les distraiga, eso me dijo una vez el prior. ¡Ah!, creo que también lo hacen por una promesa, eso creo.

—Ya — giró la cabeza y vio que el encapuchado se había parado junto a la salida, aunque estaba de espaldas a ellos. Esperó a ver si se volvía, pero finalmente no lo hizo y siguió su camino con los demás. Por un momento estuvo a punto de acercarse a él, para pedirle que se quitara la capucha y poder verle la cara porque le resultaba una imagen muy inquietante. Pero siguió andando junto a Lorenzo.

## DIEZ

Convento de los agustinos, Monasterio del Escorial  
27 de mayo de 1777

El Padre Soler rezaba arrodillado en un banco de la capilla del convento, cuando otro fraile se inclinó hacia él y susurró,

—Hermano, el padre prior quiere hablar con vos, me ha dicho que os deis prisa.

—Gracias, hermano — se santiguó y pocos minutos después entraba en el despacho de su superior. Pero en el sillón no estaba sentado él sino Carlos III y de pie a su lado lo miraba el prior con gesto malhumorado. El padre Soler se inclinó ante el Rey para saludarlo.

—Buenos días majestad.

—Sentaos, padre — señaló con un gesto muy real la silla que había delante de él — el prior permaneció en el mismo lugar con las manos entrelazadas — no sé si sabéis que, recientemente y por asuntos de estado, el marqués de Esquilache ha estado en Londres.

—No, majestad, no lo sabía — el Rey tenía el ceño fruncido mientras estiraba el borde de las mangas de su chaqueta de terciopelo verde, algo que solía hacer cuando estaba especialmente enfadado

—Pues ya ha vuelto de ese viaje y me ha comunicado que ha escuchado allí mismo, en la casa de un aristócrata inglés, varias piezas vuestras — el fraile sintió que se ruborizaba, pero su expresión se mantuvo igual.

—¿Está...está seguro de que son mías?

—Sí. El marqués asegura que el dueño de la casa se ufanaba de ello.

¿Tenéis algo que contar sobre esto? — el fraile se permitió por un instante mirar al Rey a los ojos y luego bajó su mirada. A pesar de sus profundas convicciones y de que no se había apartado del lado correcto en toda su vida, tendría que mentir si quería proteger a Gabriel.

—No majestad, no puedo deciros nada.

—Bien, eso era todo, aunque no entiendo cómo es posible que esa música haya llegado hasta los ingleses, la verdad — el prior se inclinó ante el Rey que se había vuelto hacia él, pero no supo qué contestar porque al prior no le gustaba la música. De hecho, como había hablado tantas veces con el padre Pérez Bayer, no creía que un simple compositor debiera tener tanta importancia en la vida del Infante, pero esperó a que el padre Soler se fuera para darle su opinión al Rey.

Actualmente,

—Vamos a buscar a Francisco, antes que nada. No quiero darle tiempo a que se esconda o algo así — en la gran biblioteca pululaban alegremente algunos turistas, pero a él no lo vio. Miró a Lorenzo, que le dijo,

—Suele estar colocando libros al final de la sala — señaló el lugar con la cabeza, y luego con el índice hacia una estantería que estaba a su izquierda — es el encargado de sacar y luego volver a colocar todos los libros que le piden los estudiantes. Excepto los de esta estantería, que no se pueden coger a menos que el bibliotecario dé permiso porque son demasiado valiosos — Germán se fijó en que estaban protegidos por un cristal y una cerradura de seguridad, y que la estantería no estaba llena.

Francisco estaba donde había dicho Lorenzo, cogiendo libros de un par de montones que había en una gran mesa rectangular, y colocándolos por

orden en las estanterías que cubrían toda la pared. Lo hacía tranquilamente, primero miraba el título, lo buscaba en una lista que había sobre la mesa, y luego lo colocaba en el lugar correspondiente y volvía a empezar.

Lorenzo desapareció siguiendo sus indicaciones y él se acercó a Francisco que, cuando reconoció a Germán, pareció alarmado,

—Hola Francisco, veo que te acuerdas de mí, necesito que hablemos un momento, ¿hay algún sitio donde podamos estar tranquilos? — el fraile negó con la cabeza, pero Germán señaló una puerta que había frente a ellos, y lo cogió suavemente por el brazo intentando no ponerle nervioso.

—Vamos ahí dentro, Francisco — era un cuarto cuadrado con dos ordenadores y una impresora que reposaban en una mesa alargada con seis sillas, donde se sentaron.

—Francisco, tengo que preguntarte algunas cosas, pero quiero que estés tranquilo ¿de acuerdo? — estaba muy nervioso.

—¿Sabes cómo funcionan los ordenadores? — se encogió de hombros, pero contestó

—Un poco, me han enseñado a buscar cosas en internet. Es divertido.

—Muy bien, y ¿has visto alguna vez una de estas? — le enseñó la moneda cervantina, pero no vio ninguna señal de reconocimiento en sus ojos, antes de que lo negara — decidió repetirle una de las preguntas que le había hecho cuando se puso tan nervioso, para ver si contestaba lo mismo.

—¿Te llevabas bien con Félix y Alejandro?

—Sí, aunque casi no hablaba con ellos porque los que estudian se juntan entre ellos. Se creen más listos que los demás, por eso es conveniente vigilarlos por su propio bien — Germán lo observó extrañado por esa extraña elección de palabras que no parecía propia de él, pero Francisco se había quedado mirando la pantalla de bienvenida del sistema operativo.

—¿Quién te ha dicho que hay que vigilarlos por su propio bien? — él

se encogió de hombros sin mirarlo y sin contestar.

—¿Ha sido el prior? — pero seguía sin decir nada y decidió cambiar de estrategia,

—¿Tú eres el encargado de vigilar a los que estudian?

—A veces... — agachó la cabeza y comenzó a mover los pies como si fuera un niño pequeño, luego, levantó la mirada y sonrió con malicia — como se creen más listos que yo, a veces cuentan cosas delante de mí — el policía sintió un escalofrío al ver cómo había cambiado su voz, como si no fuera la misma persona.

—¿Qué cosas decían delante de ti?

—No lo sé, ahora no me acuerdo — por su sonrisa, mentía.

—¿Y tú, después, le contabas esas cosas a alguien? — durante dos largos minutos solo sonrió y Germán apretó los dientes empezando a enfadarse,

—Francisco, ¿conoces a una chica que se llama Laura Barco? — ese nombre lo hizo reaccionar: se le dilataron las pupilas y se le enrojecieron las mejillas — veo que la conoces, ¿no?

—No, no sé quién es — para Germán estaba tan claro que mentía que lo sujetó por el brazo y lo miró, muy serio, mientras hablaba

—Está muerta ¿lo sabes? — no lo sabía. El policía supo el momento exacto en el que entendió lo que le había dicho por su cara de terror — ¿de qué la conoces? — lo soltó y suavizó el tono de voz — escucha Francisco, estoy intentando averiguar quien la mató; a ella, a Félix y a Alejandro. Es mejor que me digas todo lo que sabes, no querrás que el asesino haga daño a alguien más — inesperadamente Francisco le dio un empujón tan fuerte, que lo pilló desprevenido y casi se cae de la silla. Cuando consiguió levantarse, Francisco ya había salido corriendo por el pasillo, seguido por Germán, y los dos por Lorenzo.

Cuando fue consciente de que lo seguían comenzó a gritar como si le estuvieran matando, pero sin dejar de correr. Se coló en la basílica que estaba llena de visitantes y que se apartaron asustados para dejarles pasar, y corrieron entre las hileras de los bancos, torcieron hacia el coro y cuando Germán casi lo tenía, un par de visitantes lo sujetaron pensando que era un loco que iba a atacar a un fraile. Tuvo que perder un tiempo precioso en enseñarles la placa y para entonces Francisco había salido de la basílica.

—Lorenzo ¡al convento! — corrieron hacia allí para descubrir que se había refugiado en el despacho del prior. Germán intentó entrar, pero la puerta estaba cerrada con llave, entonces llamó con los nudillos y gritó

—¡Francisco, abre!, ¡no tengas miedo, no te pasará nada!, pero tengo que hablar contigo — iba a llamar de nuevo, cuando le sorprendió la voz del padre Benito

—Inspector, estoy aquí con él. Está demasiado alterado para hablar con nadie, por favor dígame a Lorenzo que llame al hermano Javier — Germán sujetó al muchacho antes de que lo hiciera, pero su móvil sonó en ese momento, era su jefe.

Le dijo que acababa de hablar con el ministerio, y que le habían dado instrucciones para que Germán no interrogara al hermano Francisco hasta el día siguiente, ya que le había dado una especie de ataque. A pesar de las maldiciones de Germán y de que discutió con Amaro, no tuvo más remedio que obedecer, pero antes de irse, dijo a Lorenzo

—Dile al Prior que voy a la biblioteca a hablar con los otros hermanos, pero que mañana, sin falta, volveré para hablar con Francisco — el chico esperó a que terminara y luego se fue corriendo para cumplir las órdenes del prior.

Germán se cruzó con ellos cuando volvía por el pasillo, el enfermero, al que había visto antes hablando con Guzmán, llevaba un pequeño maletín

en la mano derecha e inclinó la cabeza saludándolo cuando pasó por su lado.

Mientras subía las escaleras que conducían a la biblioteca decidió que, en cuanto saliera del Monasterio hablaría con un psiquiatra para que viera a Francisco, y que lo sacaría de allí como fuera. No creía que fuera el asesino, pero era indudable que sabía algo y que allí se sentía protegido y no iba a hablar y, además, estaba claro que su cabeza no funcionaba como la de los demás.

Esta vez continuó decidido hasta la habitación donde se escondía el bibliotecario, el padre Beltrán. El anciano estaba enfadado, pero no era el único que tenía un mal día,

—Buenos días, no sabía que hoy íbamos a tener el privilegio de tu visita — Germán no estaba para gilipolleces, así que, directamente sacó la moneda y la dejó sobre el escritorio, delante de él, con un fuerte golpe.

—¿Sigues diciendo que no la había visto nunca?, imagino que ya sabrás que ha aparecido muerta otra chica y que conocía a Félix y a Alejandro — el bibliotecario asintió y se quedó mirando la moneda durante unos largos segundos, luego contestó señalándola con el índice.

—Hipotéticamente, es posible que me haya encontrado una, en algún momento, en la mesa de la habitación de los ordenadores. Por eso me enfadé tanto al ver que aparecía otra igual — era donde había interrogado a Francisco pocos minutos antes.

—¿La encontró usted mismo? ¿no sería su sobrino el que lo hizo? — los ojos del anciano se entrecerraron como si intentara adivinar de donde había sacado la información.

—Guzmán no tiene nada que ver en esto — Germán lo dudaba, pero eso ahora mismo no tenía demasiada importancia.

—¿Sabe quién la pudo dejar allí?

—No, pero esa tarde habían estado en esa habitación Félix y Alejandro,

y creo que también el hermano Salvador — ¡el primo de Alejandro!

—¿Qué hizo con la moneda? — el fraile abrió el cajón derecho del escritorio y sacó una moneda que colocó al lado de la otra. Eran exactamente iguales.

—Llévatela, no le puede hacer ningún bien a nadie, la masonería es un peligro para la iglesia católica.

—¿Habló con ellos sobre esto?

—Un día que los vi juntos cuchicheando, algo que solían hacer habitualmente, les dije lo mismo que a usted, pero no me contestaron y yo me quedé con la conciencia tranquila. Todos somos libres para hacer lo que queremos con nuestra vida.

—¿Cómo Francisco? — el anciano lo miró estupefacto.

—No sé a qué te refieres ¿qué tiene que ver mi ayudante en esto?

—Quiero decir que, si Francisco también puede elegir libremente... si es lo suficientemente racional como para hacerlo.

—El caso de Francisco es diferente, a menudo por sí mismo es incapaz de interpretar lo que ve, y por eso es muy importante que siempre tenga a alguien que lo apoye y lo guíe...

—¿Cree que sería capaz de matar?

—¡No!, es un buen chico, te lo aseguro, pero ¿qué ha pasado?

—Nada, que ha reaccionado muy mal durante el interrogatorio. A estas horas seguro que ya está sedado otra vez, parece que tienen mucho interés en que no pueda hablar. Se ha puesto muy nervioso cuando le he preguntado por Laura Barco ¿sabe si la conocía?

—Sí, claro, también estuvo en el congreso — Germán no sabía que ella también había ido, no estaba en la lista, pero eso era normal porque solo estaban los frailes — ella tuvo mucha paciencia con él. Desde que llegamos estuvo siguiéndola a todos lados como un perrillo, bueno, hasta que nos

tuvimos que volver de repente por el asesinato del hermano Alejandro.

—No me ha contado nadie qué ocurrió después del asesinato.

—Volvimos a Madrid, como es lógico. Nadie quería quedarse después de lo que había pasado — tenía que hablar con Dominó para saber qué había descubierto sobre el dichoso congreso.

—¿Francisco tiene alguna persona de confianza con la que hable si algo le preocupa o le da miedo?

—Sí, el prior, yo mismo o el profesor Ferrara, ya sabes quién es — Germán asintió — tiene mucha paciencia con los estudiantes y especialmente con Francisco. Estamos muy agradecidos porque algunas veces se lo lleva a la universidad y pasa el día con él, y cuando vuelve, está mucho más tranquilo. A todos nos gusta sentirnos necesitados y útiles.

—Entiendo, muchas gracias padre.

—De nada — de repente, pareció titubear — al principio pensé que a Félix lo asesinó un extraño, por eso me molestó que nos investigaras a nosotros, pero me temo que tienes razón al hacerlo. Lo que quiero decir es que, si puedo ayudar a que atrapes al asesino, estoy a tu disposición — suspiró — no quiero ni imaginar que sea alguien con el que hablo todos los días — se despidió y salió a la biblioteca general, ahora tenía que hablar con los cuatro amigos. Se encontró a Lorenzo por el camino que sin que lo preguntara, se encogió de hombros y le dijo

—El Prior no me ha dicho que vuelva a la cocina, así que puedo seguir acompañándote — Germán sonrió ante la picardía del chaval.

—Lorenzo, ¿con quien suele hablar habitualmente Francisco? ¿quién puede saber más de él? — el muchacho pensó un momento antes de responder y luego le dijo

—Con el prior, claro, aunque también hace mucho caso al profesor, ¿lo conoces? — Lorenzo parecía emocionado hablando sobre él — es muy majo,

en realidad estoy aquí gracias a él. Mi madre limpia en su casa y Pedro le preguntó al padre Benito si yo podía trabajar en el Monasterio y, después de venir a hablar con el prior, me aceptaron.

—No lo sabía, ¿no querías seguir estudiando? — el chaval se encogió de hombros

—No, porque necesitamos el dinero, pero si hubiera podido me hubiera gustado estudiar. Como mi padre.

—¿A tu padre le gustaba estudiar? — su cara se iluminó al hablar sobre él.

—Sí, siempre estaba leyendo, me acuerdo mucho de él — Germán sabía que su padre había muerto hacía años.

—Contéstame a una pregunta sobre Francisco ¿dirías que es una persona cruel?

—No, que va — se inclinó sobre el policía y le susurró como si le pareciera que necesitaba su ayuda — pero, por si no te has dado cuenta, no es demasiado listo — Germán se controló y a pesar de que sintió ganas de soltar una carcajada, miró hacia otro lado hasta que se le pasaron.

Los cuatro amigos parecía que estaban en un funeral. Lorenzo se adelantó sentándose en el otro extremo de la mesa y el policía lo hizo en medio de ellos, en la cabecera, de manera que tenía a dos a cada lado. Guzmán, el listo, se puso un poco chulito,

—Inspector, creía que ya no volvería por aquí.

—Pues te equivocabas, porque mientras sigáis mintiendo tendré que volver, hasta que me canse y os lleve a comisaría — no pensaba aguantar más tonterías — sacó la moneda y la puso sobre la mesa sin previo aviso, y todos la miraron sin aparentar nada, pero el primo de Alejandro apartó la mirada y se puso colorado. Ya lo tenía.

—Iros todos por favor — recogieron sus ordenadores y se levantaron

— excepto Salvador, tú quédate. Tenemos que hablar — él lo hizo con una mirada acorralada

—Yo no sé nada, ya se lo dije — Germán acercó la moneda a la mano del joven, que se echó hacia atrás en la silla mirándola con aprensión.

—¿Te enseñó tu primo una moneda como esta?

—No, no — pero Germán vio cómo empezaba a sudar

—¿Qué te dijo sobre ella? — al ver que seguía en silencio, decidió presionarle un poco — el otro día al verte, pensé que estabas triste por su muerte, pero parece que me equivoqué, puede que en realidad te sintieras culpable — era un golpe bajo, pero tenía que conseguir que hablara.

—¡No sabe lo que dice! ¡Alejandro y yo éramos como hermanos!

—Entonces cuéntame lo que sabes para que pueda coger a su asesino.

—No quería decirme nada porque había jurado que no lo haría, pero un día le pillé jugando con una moneda como esa, estaba muy... — no sabía qué adjetivo utilizar — exaltado, nunca lo había visto tan contento — Germán casi contenía la respiración — habían creado una sociedad secreta entre tres amigos y, aunque no me dijo quiénes eran, yo estaba seguro de que Félix era uno de ellos. Habían jurado que no contarían nada a nadie, incluso tenían una clave para comunicarse — Germán asintió para que siguiera — me explicó que todo lo hacían para luchar contra una injusticia, eso dijo exactamente — Germán asintió comenzando a entender todo, gracias a la carta de Gabriel de Borbón.

—¿Sabes si Alejandro fue a la Biblioteca Británica por algo relacionado con la sociedad?

—Sí, me lo confesó antes de que saliera el avión — parecía a punto de llorar — y también me dijo que entre los asistentes al congreso estaban los tres miembros de su sociedad secreta, y que habían echado a suertes quien se escaparía del congreso, para ir a la biblioteca donde tenían que verificar algo

muy importante. Es todo lo que sé, ¡lo juro! — se puso a llorar y el poli sabía que su dolor era real, pero también que no le contaba todo

—Hay algo que no me dices — el chico miró a los lados antes de confesar,

—Mi primo era un buen católico y nunca hubiera hecho daño a nadie a conciencia, por eso no quiero que piensen mal de él.

—No lo haré, dime qué sabes.

—Los escuché hablar un día en la basílica. Creían que estaban solos, pero yo estaba junto al confesionario entre las sombras y no me vieron, por pude oírlo todo. Félix y mi primo hablaban sobre un documento que habían encontrado y decidieron que lo guardara Alejandro, decía que ya sabía dónde esconderlo, en un lugar que estaba a la vista de todos, pero donde no lo encontrarían nunca. Que sería como invisible — ¡tenía que ser la carta de Shakespeare!

—Pero aquí debe haber mil sitios así.

—Creo que... — Germán lo miró animándole a que dijera lo que le pasaba por la cabeza — creo que está en la biblioteca, porque cuando se marchaban escuché a Alejandro decir que donde iba a esconderlo podrían vigilarlo continuamente, y el sitio donde estaban la mayor parte del tiempo era la biblioteca. Aunque no se me ocurre donde, porque confieso que la he buscado un poco, por curiosidad, pero no he encontrado nada.

—Gracias, Salvador — mientras el poli se alejaba, el joven fraile se limpiaba las lágrimas.

Antes de marcharse le dijo a Lorenzo que ya no lo necesitaría y él fue solo a ver al Prior. El anciano tenía mal aspecto, lo que había ocurrido con Francisco le había afectado profundamente.

—Padre, solo quería decirle que ya me voy — el religioso lo miraba como si quisiera contarle algo y no se atreviera a hacerlo. Esperó un poco y al

ver que seguía mudo, fue hacia la puerta — mañana volveré.

—Lo sé, inspector y siento lo que ha ocurrido antes.

—¿Cómo se encuentra Francisco?

—Dormido, el hermano Javier dice que es imposible que se levante hasta mañana. Cree que a primera hora estará en pie sin problemas y podrá hablar con él, le aseguro que no queremos crear dificultades

—Lo entiendo, padre, pero estamos hablando de tres asesinatos, de momento — el religioso tembló visiblemente.

—Ya lo sé y mañana diré a Francisco que, si no habla con usted, tendrá que acompañarle a la comisaría. Estoy seguro de que, si le digo eso, lo hará. Lo que más teme es tener que irse del Monasterio, este es su único hogar.

—De acuerdo, hasta mañana.

—Adiós, inspector.

Al pasar por la cocina de camino a la salida vio a Lorenzo, que pelaba patatas junto a la mesa y, que respondió a su gesto de despedida levantando la palma de la mano sonriente.

## ONCE

Coro del Monasterio del Escorial, 8 de octubre de 1778

El sonido del clavecín se detuvo bruscamente cuando el padre Soler vio una figura acercarse a él. Se levantó y se acercó al extraño achinando los ojos para ver mejor, porque su vista ya no era la de antes. Cuando estuvo lo bastante cerca como para reconocerlo, su sonrisa podría haber iluminado la basílica entera. Entonces los dos hombres se abrazaron. El fraile se sorprendió al ver lo tranquilo y adulto que parecía su pupilo y el Infante se avergonzó por no haber vuelto antes, ya que veía muy envejecido a su maestro.

—¡Padre, que alegría haber vuelto a casa! ¿cómo estáis?

—Bien, bien, alteza — se sentaron en el primer banco del coro, como solían hacer antiguamente, mientras los dos observaban los cambios que el tiempo había producido en el otro — como siempre ¿y vos, habéis venido para quedaros?

—Sí, perdonad que no haya vuelto antes, al principio solo me dediqué a conseguir noticias sobre nuestro asunto, pero después mi padre ha aprovechado para enviarme en misión diplomática por casi todas las casas reales europeas.

—Lo entiendo, pues ¿quién mejor que vos? — el Infante sonrió silenciosamente, y luego, casi abruptamente, confesó

—Quiere que me case.

—Es normal...

—Sí, el Rey ha sido muy paciente conmigo en ese sentido, pero sé que no le gusta que siga soltero, y no creo que me permita llevar la vida que llevo

durante mucho más tiempo — hizo una mueca — he pensado mucho mientras he estado fuera, y creo que mi padre hubiera sido más feliz teniendo un hijo distinto a mí y yo lo hubiera sido con otra vida más sencilla, quizás siendo bibliotecario o traductor. La mejor época de mi vida fue mientras aprendía música con vos y a la vez estaba traduciendo la obra de Salustio, ayudado por el padre Pérez Bayer.

—Entonces ¿os vais a casar?

—Están empezando a buscar candidatas aceptables — se encogió de hombros — si el Rey me lo ordena, lo haré ¿qué puedo hacer? — miró hacia su izquierda y bajó la voz — tengo noticias sobre “lo otro”, padre.

—Contadme, alteza.

—Veréis, estuve en Nápoles. Allí también estuvo Cervantes unos años, y al parecer dejó huella y no artística precisamente — por el tono que utilizó el Infante, el fraile entendió a qué se refería.

—Comprendo.

—Sí, mientras estuvo allí tuvo un hijo natural con una napolitana, a quien llamaron Promontorio Parisi y que nació en 1575, pero no he podido encontrar demasiado rastro de él. Sé que fue soldado y después, investigando en la obra de Cervantes, vi que lo nombra en su “Viaje a Parnaso”.

—¿Y la madre?

—Cervantes habla de ella llamándola Silena — el padre frunció el ceño

—¿Es un nombre italiano? Creo que me suena de algo...

—Leí documentos antiguos y pregunté a algunos sabios de por allí pero no me supieron decir, aunque en latín antiguo es una expresión de cariño que usaban los amantes.

—¿Y ahora qué vais a hacer?

—De momento solo podemos esperar. He dejado encargada la búsqueda de los herederos a un amigo, y me mandará aquí aviso si hay

noticias. ¿Dónde está el manuscrito?

—Estaba esperando a que vinierais para poder guardarlo en el lugar que decidisteis.

—Bien, pues ya estoy aquí ¿Qué os parece si practicamos juntos vuestro concierto número 4? — el padre asintió sonriendo y los dos se sentaron ante el clavecín, para tocar la pieza que tantos años atrás había escrito el fraile para él.

Actualmente,

Dominó ya estaba en el Centro cuando llegó y se acercó a darle un abrazo, al que ella correspondió bajo la mirada sonriente de Isabel.

—Os hemos traído unas cosas de Canadá, pero Leo quiere que vayáis a casa a por ellas, dice que, si no, no te verá el pelo hasta que termines el caso.

—Claro, oye Dominó ¿te ha dicho Isabel lo del congreso? — ella asintió — pues necesito que le des caña al tema y que me cuentes cuanto antes la disposición de los asientos, los horarios, todo.

A continuación, se metió en el despacho de su jefe y se quedó de pie, mirándolo, con los brazos cruzados después de cerrar la puerta. Amaro ya estaba echando mano a los antiácidos que tomaba por kilos, y que guardaba en uno de los cajones de su escritorio. Germán sospechaba que el día que Amaro solucionase su problema estomacal, se hundiría la industria farmacéutica.

—Me gustaría que me explicaras qué ha pasado — su jefe estaba masticando los antiácidos como si fueran caramelos de menta

—Germán, no me toques los cojones, con la llamada del ministro ya he tenido bastante.

—¿Te ha llamado él directamente?

—Sí

—¿Todo por la llamada del prior del Monasterio? — se dejó caer en la silla que solía ocupar — jefe, ¿tenemos un problema si no puedo interrogar a ese fraile!

—¡No me digas que crees que es el asesino! — se encogió de hombros aposta, porque sabía que así se sentiría peor. No creía que fuera él, pero que se jodieran todos. Estaba harto de que cualquiera pudiera influir en una investigación.

—Pero es algo retrasado ¿no? — casi le dio pena su expresión de angustia.

—No, pero es cierto que su inteligencia está por debajo de la media. Además, aunque ellos dicen que no, creo que tiene algún tipo de trastorno mental — tabaleó con dos dedos en el reposabrazos de su silla mientras pensaba — cuando he intentado hablar hoy con él, se ha puesto tan histérico que ha sido imposible, me ha empujado y ha salido corriendo, encerrándose con el prior en su despacho. Luego han vuelto a sedarlo, así que mañana tengo que volver. Es posible que tenga que llevármelo detenido para poder interrogarlo tranquilamente.

—¿Entonces lo consideras sospechoso? — Amaro volvió a tomar otra de sus pastillas y a Germán se le pasó el cabreo.

—No lo creo capaz de cometer los asesinatos y mucho menos de planificarlos, pero puede que lo estén utilizando. Quizás el asesino le diga que lo que hace es por Dios o por el alma de alguno de los frailes, ¡yo qué sé! — se pasó la mano por el pelo, frustrado.

—Entonces haz lo que creas necesario. Habla con algún especialista que te eche una mano con él, si lo crees necesario.

—Sí, ya lo había pensado. Voy a llamar a Gutiérrez Blanco, quiero saber si mañana está disponible — era un buen psiquiatra con el que solían

trabajar.

—De acuerdo. Pues llámale a ver qué te dice, ¿algo más?

—No, ya te contaré — llamó al psiquiatra desde su despacho y, contrariamente a su costumbre, le cogió el teléfono a la primera llamada,

—¿Dígame? — sonaba como si lo hubiera pillado con la boca llena.

—Doctor, soy Germán — habló despacio para que le diera tiempo a tragar.

—¡Hola Germán!, hacía mucho tiempo que no hablábamos. Espero que tengas algo interesante para mí, porque me he pasado la mañana ordenando papeles. Mi secretaria ha tenido el mal gusto de irse a la Toscana de vacaciones con su nueva novia.

—Necesito que vea a una persona que puede estar involucrada en un triple asesinato.

—¿Y el caso? — su voz cambió a un tono profesional.

—El del Monasterio del Escorial — así lo habían llamado los periodistas.

—¡Ahhhh!, interesante, no hay duda, pero no sabía que había tres muertos ¿Hay a algún sospechoso diagnosticado?

—No estoy seguro. Es un fraile que está por debajo del cociente de inteligencia normal, creo que tiene un 74. En su opinión, las personas que tienen ese C.I. ¿suelen tener trastornos mentales asociados?

—No todos, pero en un alto porcentaje si, por la sencilla razón de que el comportamiento de sus compañeros en el colegio, y más tarde el de toda la sociedad consigue anular su autoestima. En ocasiones son inestables anímicamente y con una personalidad débil, aunque hay muchas personas que tienen un C.I. bajo y llevan una vida perfectamente normal. Los que tienen problemas suelen mitificar a los que los rodean y eso luego hace que se lleven grandes desilusiones. También pueden pasar de la alegría a la tristeza

en un momento porque tienen dificultad para regular sus emociones y eso puede desembocar, en algún caso excepcional, en importantes explosiones de furia con algún componente de agresividad — a su pesar, comenzó a pensar que Francisco era el sospechoso número uno, aunque algo no cuadraba.

—¿Una personalidad así es capaz de matar? — el doctor fue cauteloso al responder.

—No he encontrado ningún caso, pero en circunstancias excepcionales... podría serlo.

—¿Y si fuera un asesinato planificado cuidadosamente? ¿Uno cuyo móvil fuera económico, por ejemplo?

—No. Requiere un nivel de inteligencia abstracta, que no corresponde con las características de la persona de la que estamos hablando. Definitivamente no, podría asesinar en el caso de verse acorralado, casi como una defensa propia.

—Entiendo.

—Es más fácil que se suicide a que mate a alguien, son individuos con tendencia a atentar contra su propia integridad física.

—La persona de la que hablamos está sedada, pero mañana iré a verlo, ¿podrías hacerle una evaluación?

—¿Vive en el Monasterio?

—Sí.

—Quizás sea mejor sacarlo de su zona de confort, puede que allí se sienta demasiado protegido y no consigamos que diga nada. Tendría que ver el caso por supuesto, pero suele ser más efectivo si viene a la consulta.

—Sí, ya lo había pensado porque es reacio a declarar. Sobre todo, necesito saber si, en tu opinión, es capaz de asesinar.

—Por supuesto, pero avísame con una hora de antelación, así me dará tiempo a decir a mis pacientes que he tenido una urgencia y que se vayan a su

casa.

—De acuerdo, muchas gracias doctor

—A ti, inspector — cuando colgó se acercó al escritorio de Dominó.

—¿Está Genio en casa esta tarde? — ella asintió entrecerrando los ojos, porque conocía esa mirada

—Sí, no va a salir. Tiene que terminar un trabajo de los canadienses.

Germán y Genio se abrazaron dándose palmadas en la espalda como harían un par de osos al encontrarse después de una larga hibernación, mientras Isabel los miraba sonriente. Luego, Leo se acercó a ella y también la abrazó.

—¿Cómo te ha ido, Genio?, casi no te reconozco sin la coleta — él sonrió al dejarlos pasar.

—¡Muy bien, el viaje ha sido increíble!, los canadienses algo raros, ¡pero he conocido a cantidad de gente inteligente, que no os podéis imaginar lo que están haciendo! — entraron en la cocina y Leo, o Genio como lo llamaban ellos, preparó cafés para los tres sin preguntar.

No era necesario, se conocían demasiado bien. Isabel se sentó con la cabeza apoyada en la mano mientras observaba a German y Genio hablando sobre Canadá, y le sorprendió el cariño que había cogido a aquel chico en solo dos años. Cuando llenaron las tres tazas, le dieron la primera a ella y se sentaron a su lado.

—¡Joder qué alegría me da veros! tomad, os hemos traído un par de recuerdos, una tontería — Isabel desenvolvió un pañuelo muy bonito y Germán una insignia de la policía montada del Canadá, cuya leyenda era: “Mantiens le droit”. Germán la leyó por lo bajo traduciéndola a la vez: “En defensa de la ley”

—Es la placa que lleva “la policía montada” en el sombrero

—Muchas gracias, Genio ¿Entonces te ha ido bien?

—Sí, he hecho bastantes contactos y hay un par de gobiernos interesados en mis inventos — el poli no se sorprendió, conocía perfectamente su valía como inventor en todo tipo de campos, principalmente en el terreno aeroespacial.

—¡Estupendo!, Dominó ya me ha dicho que lo ha pasado muy bien.

—Sí, eso creo — sonreía como un niño pequeño, tanto que Germán no pudo evitar decirle.

—Me alegro mucho por los dos.

—Gracias. Ya me he enterado del caso que estás llevando. Complicado, ¿no? — Genio miró a Isabel que había resoplado, y Germán le hizo un gesto a ella para que hablara.

—Un follón. Hay un montón de sospechosos y encima tenemos que ir con pies de plomo, por el lugar donde ha ocurrido todo y porque se trata de dos frailes — todavía no iban a decir lo de Laura, la prensa aún no había encontrado el nexo entre los tres asesinatos.

—Es posible que tenga que pedirte ayuda

—Cuando quieras, ya lo sabes.

—Bueno, nos vamos, solo queríamos saludarte.

—Yo creo que vienes más que nada por el café — movió la cabeza como si no creyera a su amigo — no te construyo una cafetera como la mía porque sé que, entonces, no nos veríamos tanto — Germán rio asegurándole que era mentira y se despidieron en la puerta, prometiendo llamarse para quedar otro día con más tiempo.

## DOCE

Casita del Infante, 24 de diciembre de 1783

El Infante Gabriel bajó del coche de caballos deprisa y frunció el ceño al ver que lo esperaba el prior del Monasterio, y se acercó a él mientras se ponía los guantes porque tenía las manos heladas.

—Buenas tardes padre y muchas gracias por venir a recibirme — el prior lo miró fijamente y contestó

—Buenas tardes alteza, lo que siento es que sea en tan amargas circunstancias — adelantó una mano huesuda y deformada por la edad, a la vez que decía — el padre Soler ha muerto esta mañana, pero ayer escribió esta carta para vos por si no llegabais a tiempo — Gabriel la cogió sintiendo que se le ponía un nudo en la garganta, intentando respirar normalmente inclinó la cabeza agradeciendo el gesto al fraile. Estaban en la lonja y miró hacia la puerta que daba al Patio de los Reyes, pero no quería ir hacia allí. Había demasiados recuerdos.

—Gracias de nuevo. Si no os importa, me iré a mi casa a leerla — el prior torció el gesto en claro desacuerdo, pero Gabriel ni siquiera lo vio, subió de nuevo al coche y tampoco escuchó como su lacayo le decía al conductor que pusiera rumbo a la Casita del Infante.

Durante todo el camino, su mano derecha sostuvo con fuerza el sobre lacrado. Pocos minutos después, bajaba del carruaje y entraba en la sala donde esperaba el clavecín con el que tanto habían disfrutado juntos. Se sentó ante él, porque le parecía el mejor lugar donde leer aquella despedida.

**Querido señor:**

**Permitidme que en mis últimos momentos me dirija a vos de esta manera, ya que no me queda mucho tiempo. Quiero agradeceros haberme permitido veros crecer hasta convertirlos en un hombre bueno y justo, y deciros que, gracias a vuestro ejemplo, habéis conseguido que yo intentara ser mejor persona. Una de las cosas que más lamento al dejar este mundo es que ya no podré tocar con vos nunca más, pero me reclama Nuestro Señor, a quien juré servir sobre todas las cosas casi cuando era un niño.**

**Deseo que vuestra vida sea larga, que os caséis y que tengáis hijos, porque os merecéis ser feliz, y espero que encontréis otro músico para cuando llegue el momento de tocar la sonata número 4, a cuatro manos. Sabed que siempre estaré con vos, solo que no podréis verme**

**Con todo mi cariño,**

**Padre Antonio Soler**

**Fraile Agustino por la Gracia del Altísimo**

Cuando el Infante terminó de leerla, lloró amargamente por la pérdida del único amigo que había tenido.

Actualmente,

Al salir de la casa del Genio, le entregó las llaves a Isabel que se sentó en el asiento del conductor sin preguntar nada. Era lo bueno de llevar tanto

tiempo trabajando juntos,

—¿Dónde vamos? — Germán miró el reloj que había en el panel del coche.

—A ver al profesor, quiero preguntarle algunas cosas. Sobre todo, de Laura.

—¡Qué raro que siga estando en la universidad!, creía que se cogían las mismas vacaciones que los estudiantes

—Está preparando un libro. Al parecer ha escrito varios sobre literatura española — ella se quedó callada el resto del camino, porque sabía que él necesitaba pensar. Puso música clásica con el volumen muy bajo porque le servía para concentrarse mejor. Como era pleno verano y había poco tráfico, llegaron en veinte minutos a la Complutense. Aparcó en el mismo sitio que la otra vez, en la puerta de la Facultad de Filología, y cuando estaba cerrando el coche con el mando a distancia, le llegó un whatsapp y lo leyó,

—Es mi amigo. Dice que han conseguido entrar en el calendario de Laura a través de su correo electrónico, y que han encontrado varias citas desde hace meses con un tal Freddy, pero que nadie de su familia sabe quién es.

—Aprovecharemos para preguntárselo al profesor.

Como ya conocían el camino, fueron directamente al departamento de Literatura Española, que dirigía el Profesor Ferrara. Cuando entraron levantó la vista de los exámenes que corregía, armado con un rotulador rojo.

—¡Buenas tardes! Estaba seguro de que volveríais por aquí — intentó sonreír — ¿queréis un café? — se levantó seguro de que dirían que sí. Germán miró a Isabel, pero ella negó con la cabeza porque acababan de tomar uno en casa del Genio.

—No, gracias Pedro. Sentimos mucho lo de Laura, imagino que estáis todos consternados.

—Por supuesto — se quedó de pie, con la cafetera en la mano como si no supiera qué hacer con ella, e Isabel se levantó para quitársela discretamente y colocarla en su sitio. Él se lo agradeció con un murmullo y luego se sentó mirando por la ventana durante un rato, hasta que volvió a mirar al policía — imagino que habéis venido para hablar sobre ella — Germán asintió — nunca entenderé cómo existen seres humanos que son capaces de hacer algo así a otra persona — movió la cabeza, pesaroso, pero antes de que siguiera hundiéndose cada vez más, Germán preguntó,

—Pedro, la otra vez que estuvimos aquí no recuerdo haberte preguntado si Laura tenía novio.

—Creo que salía con un chico, pero yo no lo conocía. Nunca me lo presentó ni lo trajo al departamento, al menos que yo sepa — tanto Germán como Isabel se pusieron en guardia, extrañados ante tanto secreto — creo que era otro alumno, pero tampoco sé su nombre.

—Entiendo y, ¿hay alguna otra becaria en el departamento con la que se llevara bien y a quien se lo pudiera haber dicho? — el profesor sonrió divertido.

—El otro becario es un chico y se llama Luis, precisamente hoy es su último día antes de cogerse las vacaciones. Se va a la playa, ¿queréis hablar con él? — miró preocupado el reloj que había sobre su mesa — se tiene que ir en unos minutos, sino perderá el tren.

—Seremos muy rápidos.

—De acuerdo — descolgó el teléfono y lo llamó. El chico que apareció ante ellos poco después parecía estar agitado, pero no por lo que ellos pensaban.

—Pedro, no me da tiempo a archivar todo, es imposible — a Isabel le dio pena porque parecía a punto de llorar, y el profesor se levantó para calmarlo y le dijo, dándole una palmadita en el brazo

—No te preocupes, ya lo haré yo. Mira, estos son Germán e Isabel. Son policías y tienen que hablar contigo sobre Laura — el chico agrandó los ojos asustado y miró a su profesor,

—¿Pasa algo?

—No, tranquilo, es normal que quieran hablar con nosotros después de lo que ha pasado. Trae una silla para ti — el chico se acercó a coger una de otro escritorio, entonces el profesor aprovechó para sentarse y susurrarles,

—Es un buen chico, pero se agobia mucho — Germán sonrió al chaval cuando se sentó a su lado,

—¿Qué edad tienes, Luis?

—22

—Muy bien, dime tus apellidos — Isabel apuntaba las respuestas, como siempre.

—Luengo García.

—Nos ha dicho el profesor que tienes que irte pronto, ¿no?

—Sí — miró su reloj — en 14 minutos tengo que salir hacia la estación, si no, no llego.

—Catorce, ya veo — musitó Germán e Isabel inclinó la cabeza para que no la vieran sonreír — no te preocupes, terminaremos enseguida. ¿Sabes si Laura tenía problemas con alguien o si había discutido con otro alumno últimamente? — el chico frunció el ceño y negó con la cabeza

—Creo que tenía novio — apuntó Germán.

—Sí, pero no lo conozco — el poli hizo una mueca — sólo sé que se llama Freddy y que estudiaron juntos — Germán miró al profesor que contestó,

—Lo comprobaré. Si coincidieron en mis clases, tengo los datos aquí mismo. Si fuera de más de diez años tendría que buscar en otro disco duro, pero Laura empezó la carrera hará unos seis años.

—Gracias, profesor — volvió su atención al chico que miraba el reloj del móvil compulsivamente,

—¿Y no se te ocurre nadie con quien se llevara mal?

—¿Aparte de Freddy? — Germán asintió alucinado — no, pero él conseguía cabrearla a base de bien, era increíble — movió la cabeza, incrédulo — era un flipe, Laura no solía discutir nunca, tenía muy buen carácter, pero era hablar con él ¡y se ponía como una moto! Según decía ella misma, no conocía a nadie que consiguiera cabrearla tanto él — el profesor parecía sorprendido y se dirigió al chico

—No me habías dicho que discutían — el chico se quedó callado y Germán se preguntó si, a pesar de todo, los asesinos no serían dos...

—¿Crees que ella le tenía miedo?

—No, ¡qué va! Le decía de todo por teléfono — el profesor lo miró sorprendido — y luego colgaba y se tiraba insultándolo varios minutos. Era gracioso escucharla porque normalmente era una chica muy tranquila — después de hurgar en sus archivos, el profesor parecía haber encontrado algo.

—Tengo sus datos, tiene que ser Alfredo Muñoz Benítez, es el único Alfredo con el que coincidió en clase — de repente, dudó — digo yo que se llamará Alfredo, ¿no?

—Imagino que sí, Isabel, por favor, dales los datos a los de la comisaría — ella asintió y salió para hablar con su amigo, mientras él seguía hablando con Luis.

—Una última cosa, ¿recuerdas algún comentario de Laura sobre alguna sociedad secreta que estuviera estudiando? ¿o algo que le pusiera nerviosa?

—Lo de la sociedad secreta esa no me suena, pero su trabajo de fin de carrera la tenía como loca, yo creo que estaba obsesionada — Germán miró al profesor

—¿Podrías buscar el título de su trabajo de fin de carrera?

—No es necesario, es tan curioso que me lo sé de memoria: “Cervantes en la vida de Gabriel de Borbón” — ¡cómo no!

—¿Qué tenían que ver esos dos personajes entre sí?

—Francamente no lo sé, estaba deseando leer su trabajo porque me parecía un título interesantísimo, imagino que estaría pensando en algún tipo de metáfora o algo parecido — parecía sorprendido — Gabriel de Borbón nació un siglo después que Cervantes y, a pesar de que era un hombre muy culto, no hay constancia de que admirara a Cervantes, ni siquiera de que hubiera leído el Quijote. No recuerdo muy bien su vida porque no es mi especialidad, pero creo que le gustaban más los clásicos latinos o griegos, algo así — hizo un gesto con la mano como si no estuviera seguro.

—Perdonen, pero me tengo que ir — Luis ya estaba de pie con una mochila gigante colgada del hombro. El profesor miró a Germán y el policía asintió sonriendo y le dio la mano

—Disfruta de tus vacaciones — después de despedirse del profesor se fue casi corriendo, y Germán escuchó cómo Isabel también le decía adiós en el pasillo, antes de volver al despacho — ese chico no parece sentir mucho la muerte de Laura — el profesor suspiró y echó una mirada algo avergonzada hacia la puerta.

—Es bastante triste, pero hay recortes de presupuesto y este año tenía que decir a uno de los dos que se fuera, lo iba a decidir después del verano, pero Laura era mucho más brillante que Luis y... — se encogió de hombros

—...si ella siguiera viva, se hubiera ido él.

—Sin duda alguna — asintió — aunque es un buen estudiante y con muy buena actitud, no tiene las cualidades que tenía ella.

—Eso quiere decir que se ha alegrado de su muerte — el profesor chasqueó la lengua y contestó

—No creo que sus sentimientos sean tan negativos, prefiero pensar que

se ha quedado más tranquilo por su trabajo.

—Bueno, más o menos lo mismo. Entonces no se llevarían bien.

—No discutían, ni nada de eso, pero había mucha competencia entre los dos. Sobre todo, desde que hace unas semanas nos dijeron que el año que viene solo podía quedar uno.

—Me parece raro que los tres, Alejandro, Félix y Laura quisieran hablar sobre Cervantes en sus trabajos, ¿es algo habitual? — Pedro le sonrió con picardía.

—Aproximadamente el ochenta por ciento de los trabajos de fin de carrera de nuestra facultad, tratan sobre Cervantes o directamente sobre “El Quijote”. A pesar de que intento inculcarles al igual que el resto de los profesores que intenten ser originales en las exposiciones, no es fácil.

—Ya — se volvió hacia Isabel — ¿todo bien? — ella asintió, diciéndole con la mirada que más tarde hablarían — ahora necesitamos, si no te importa, que nos cuentes la vida de Cervantes por encima, fechas y todo eso, sus hijos, sus mujeres...y si salió de España — el profesor sonreía entusiasmado, claramente en su salsa.

—De acuerdo — enlazó sus dos manos poniéndolas encima de su inexistente barriga. Isabel pensó que, a pesar de rondar los cincuenta, estaba muy bien.

—Claro, veamos... Miguel de Cervantes Saavedra — se notaba que le gustaba el personaje porque su expresión había cambiado, por la admiración que sentía y que transmitía a los demás. Germán notó cómo Isabel se inclinaba hacia delante esperando sus siguientes palabras — nació en 1547 y murió en 1616 fue soldado, novelista, poeta y escritor de obras de teatro. Por supuesto, ya sabéis que escribió “El Quijote”, que es el libro más editado y traducido de la historia, después de la Biblia. Por este fulgurante éxito tendemos a olvidar que sufrió numerosas penurias y estrecheces a lo largo de

su vida, no hay que olvidar que “El Quijote” lo publicó poco antes de morir — los miró unos segundos, pero como no hicieron ningún comentario, continuó — en 1571 participó en la Batalla de Lepanto, donde le hirieron en la mano izquierda que le quedó inútil de por vida... — Isabel lo interrumpió

—El manco de Lepanto — el profesor sonrió asintiendo como si fuera una buena alumna,

—Eso es. En realidad, seguía teniendo la mano, pero no podía usarla, y los españoles somos así, todo por la vía tremenda, así que, desde entonces fue “El manco de Lepanto”. En 1575 volvía a España después de varios años sirviendo como soldado y el barco en el que viajaba fue asaltado por piratas turcos, que lo apresaron y lo vendieron como esclavo, junto a su hermano Rodrigo, en Argel. Allí estuvo preso hasta que en 1580 un emisario de su familia logró pagar su rescate. En 1584 se casó con Catalina Salazar de Palacios, pero se cree que no fue un matrimonio al uso, hay muchas dudas sobre cuál fue el motivo de ese matrimonio porque ella tenía 18 años y él 37, y se casaron a los 3 meses de conocerse — suspiró moviendo la cabeza antes de seguir — en 1605 publica la primera parte del Quijote, y aunque supuso un éxito sin precedentes, no fue suficiente para sacarle de la miseria.

—Durante su vida tuvo que ir a la cárcel en varias ocasiones por no poder pagar sus deudas. Al año siguiente viajó siguiendo a la Corte que se trasladó a Valladolid, pero no le sirvió de gran cosa, salvo para propagar el rumor de que allí conoció a Shakespeare, que había llegado a Valladolid con su compañía de teatro para la firma de la paz entre Inglaterra y España — Germán e Isabel lo miraban fascinados. Tenía un gran talento, era como estar en aquella época — en 1615 envía a la imprenta la segunda parte del Quijote, con lo que quedaba completa la obra que lo sitúa entre los más grandes escritores de la historia, y como el inventor de la novela en el sentido más moderno de la palabra — hizo un gesto con la mano — por supuesto escribió

muchas más obras, algunas muy buenas, pero ninguna tan rompedora como El Quijote.

—Tengo ganas de aplaudir — Germán miró a Isabel que había hablado muy sonriente — y de ponerme a leer en cuanto llegue a casa

—Muchas gracias, eso es lo más bonito que me has podido decir — sonrió algo avergonzado — perdonad si me pongo algo ampuloso, es que si no hiciera algo de drama cuando hablo en clase, los chicos se dormirían.

—¿Tuvo hijos? — él hizo una mueca.

—Ese tema es algo peliagudo. Al parecer tuvo una hija natural con una mujer casada a quien llamaron Isabel, pero Cervantes no la reconoció legalmente, yo creo que fue porque era una mujer muy problemática. De mayor, Isabel tuvo una hija que murió con dos años, así que ahí terminaría la rama directa de Cervantes — entonces miró a Germán y luego a Isabel como si fuera a compartir un secreto — pero hay algo más, aunque no se puede demostrar, al menos no todavía.

—¿Qué?

—Existe la creencia de que tuvo otro hijo — Germán asintió — con una mujer italiana, que nació en Nápoles en 1575 y que se llamaba Promontorio — el profesor estaba disfrutando — fue soldado, por lo que sabemos que llegó a la edad adulta.

—Pero si es un rumor, si no se puede saber con seguridad si es cierto...

—Existe una prueba de la que nadie habla nunca.

—¿Cuál? — el profesor se echó hacia atrás en la silla, encantado por haber captado su atención.

—Cervantes lo reconoce en una de sus obras — Isabel y Germán estaban boquiabiertos — os repito que no entiendo por qué nadie habla de ello, pero es así. En una de sus obras en verso “Viaje del Parnaso” sale él mismo, viajando con otros escritores de su época y anteriores y en el capítulo

8, dice así — cerró los ojos para concentrarse mejor:

“Llamóme padre y yo llaméle hijo,  
quedó con esto la verdad en punto  
que aquí puede llamarse punto fijo.  
díjome Promontorio: yo barrunto, padre  
que algún caso a vuestras canas las trae tan lejos  
ya semidifunto.”

—Pero — Isabel parecía emocionada y Germán volvió a sorprenderse de la capacidad del profesor para contagiar su entusiasmo — pero ahí está diciendo que Promontorio es su hijo.

—Exactamente — sonrió — yo no tengo ninguna duda de que lo era, también habla de la madre de su hijo, una antigua amante llamada Silena,

—¿Y nadie ha intentado localizar a la mujer o al hijo? — Pedro hizo una mueca

—No estoy seguro de que Silena sea un nombre real — se levantó un momento para buscar un cuadernillo muy antiguo — esto precisamente lo encontré en el Monasterio. Tranquilos, es una fotocopia. Por favor, lee lo que está subrayado — se lo entregó a Isabel, que obedeció después de carraspear y Germán la escuchó con una tierna sonrisa,

—Silena: voz latina, término de cariño que usaban los amantes entre los antiguos. ¿Era un término cariñoso?

—Sí, creo que guardaba buenos recuerdos de ella, aunque no continuó con la relación y que por eso se refiere a ella de esa manera.

—Esto es tremendamente interesante — el profesor volvió a sentarse antes de contestar,

—Lo mismo opino yo, Isabel. Creo que eso sería todo, aunque os lo he

resumido bastante.

—Claro, muchas gracias — se levantaron y él los imitó.

—Ahora que os conozco un poco más, me gustaría pedirlos que por favor hagáis todo lo posible por descubrir a los asesinos de estos pobres chicos, hay que terminar con esto. Ya me han llamado varios alumnos asustados, preguntando si la universidad es segura y sinceramente, no sé qué decirles.

—Diles que estamos haciendo todo lo posible y que al final cogemos al asesino.

—Lo haré, pero no creo que dejen de estar asustados hasta que eso ocurra.

—De nuevo muchas gracias por todo, si te enteras de cualquier cosa o recuerdas algo, lo que sea, no dudes en llamarnos.

—Por supuesto.

—Bien. Estaremos en contacto, y Pedro — lo miró una última vez a los ojos — es cierto lo que te he dicho, daremos con él — volvieron al coche y cuando estuvieron sentados en él, Isabel compartió la información que le había dado su amigo.

—Diego me ha dicho por teléfono que te diera las gracias por lo de Freddy, ya están buscándolo — Germán asintió sin ganas de hablar, solo quería estar en silencio para procesar la información. Mientras Isabel los sacaba de allí, recostó la cabeza en el asiento y pensó.

## TRECE

Aranjuez, 23 de mayo de 1785

El Infante estaba de pie observando a través del ventanal cómo los sirvientes preparaban las mesas para los invitados. Hoy se celebraba su boda con la infanta Mariana Victoria, hija de Pedro III, Rey de Portugal y, aunque la boda se había efectuado por poderes hacía más de un mes en Lisboa, hoy se confirmaría la unión. Le gustaba su mujer y a pesar de que solo tenía 17 años y Gabriel 33, se entendían bien y a ella no parecía importarle que dedicara tanto tiempo a los libros.

Era relativamente feliz, a pesar de que había dos cosas que le corroían un poco por dentro, la primera: que el Padre Soler no estuviera allí, aunque a veces lo notaba cerca de él tal y como le prometió en su carta, y la segunda: no haber encontrado todavía al heredero de Cervantes, al que llevaba buscando tanto tiempo. A veces pensaba que no existía tal persona y abandonaba la búsqueda durante semanas o meses, pero siempre volvía a intentarlo.

—Alteza, cuando queráis, el coche os espera — asintió distraídamente hacia el lacayo y comprobó en el espejo que su atuendo estuviera bien. Sonrió al ver que sus pantalones no tenían arrugas, algo que habitualmente no le preocupaba, pero esta vez quería tener un buen aspecto en atención a su esposa. En el último momento comprobó que sus condecoraciones estuvieran rectas y luego, respiró hondo, se irguió y salió de su casa hacia el coche de caballos que lo llevaría a la basílica del Escorial.

Actualmente,

Cuando llegaron a casa, llamó a Amaro para contarle lo que les había dicho el profesor, porque la información sobre el novio de Laura era importante. Isabel que se había puesto a bucear en la nevera, mientras él se sentaba a la mesa de la cocina después de quitarse la chaqueta y el arma.

—Mañana a primera hora tengo que volver al Monasterio para interrogar a Francisco, o sea que tendrás que volver a coger tu coche.

—Lo sé. ¿Qué vas a hacer sino consigues que hable?

—Amaro ha aprobado que me lo lleve detenido si es necesario para que el psiquiatra pueda examinarlo — se pasó la mano por el pelo — no te puedes ni imaginar el cabreo que me he cogido, cuando me ha llamado esta mañana para que dejara de interrogarlo.

—Sí que me lo imagino — abrió un envase de plástico y lo olió — esto huele bien, me parece que hoy comemos sobras y ensalada.

—Perfecto.

—No va a poder hacerle la evaluación sin que él lo autorice, además, si no pone de su parte, no va a servir de nada.

—Bueno, creo que podré convencerlo para que coopere, y el prior me ha asegurado que ayudará. Pero tengo un mal presentimiento, como si dejarlo escapar hoy hubiera sido un grave error — se encogió de hombros — es posible que esté tan harto de ir allí, que mi subconsciente me juegue malas pasadas.

—Seguro — sacó otros dos envases más de la nevera y lo necesario para hacer una ensalada — ¿quieres ducharte mientras preparo la cena?, así te relajarás un poco, a ver si consigues dormir mejor que ayer...

—¿Seguro?

—Claro, venga, vete ya, que en diez minutos tengo preparado esto.

Apagó el despertador antes de que sonara porque a pesar de la ducha y

de haberse acostado pronto, casi no había dormido. Su mal presentimiento se había agudizado durante la noche y ahora estaba inquieto, seguro de que iba a ocurrir algo terrible.

Isabel dormía tranquila. Germán se había acostumbrado tanto a su presencia que, si no dormían juntos, no pegaba ojo. Observó su cara relajada a la luz de la luna y le apartó un mechón rebelde, la besó suavemente y se levantó. Después de vestirse, le llevó una taza de café y se sentó en la cama mientras ella lo miraba extrañada y bebía un sorbo de la taza

—¿Ya estás vestido?, es muy pronto — acababa de mirar el móvil.

—No puedo esperar más, hay algo que no encaja — ella le puso la mano en el brazo derecho.

—Germán, ¿qué ocurre? — él parecía frustrado

—No lo sé, esta noche he pensado de todo, hasta que el prior podría dejar que Francisco se escapara. Hoy casi me espero cualquier cosa — le dio un beso en los labios y se levantó — me voy, quiero llegar lo antes posible, además, así no tendré que escapar de los periodistas — bromeó — si tienes algo importante, llámame

—Claro, luego nos vemos — lo vio salir, preocupada.

Germán estaba decidido a no consentir ni una tomadura de pelo más por parte del prior, le daba igual a quién llamara hoy.

El Escorial estaba empezando a despertar, aunque todavía no había demasiada gente por la calle. Miró el reloj antes de bajar del coche, eran las ocho de la mañana y él no había llegado ningún día antes de las nueve, así que estaba seguro de que no lo esperaban. Al atravesar el Patio de los Reyes tuvo la sensación de que lo vigilaban, pero, aunque se detuvo y miró a su alrededor, hacia las ventanas y al tejado, no vio a nadie. Pero el hormigueo en su nuca era más fuerte que de costumbre y aceleró el paso hasta llegar al convento. Cuando estuvo ante la puerta, llamó al timbre como si hubiera

fuego y no dejó de insistir hasta que abrieron. Entonces, preguntó al hermano Damián que lo miraba con cara de sorpresa,

—¿Dónde está el dormitorio del hermano Francisco?

—Buenos días inspector, el prior no me ha avisado de que iba a venir, yo creo... — pero Germán se acercó a él y no pudo evitar levantar la voz.

—¡Escúcheme con atención, esto no es una broma!, ¡dígame dónde duerme Francisco!, mientras estamos discutiendo, puede que su vida esté en peligro — el joven fraile asintió con cara de miedo y, caminando con rapidez, torció por el pasillo que conducía a los dormitorios de los residentes. Germán lo seguía, seguro de que había pasado algo, lo sentía en la piel. Finalmente, el fraile señaló la penúltima puerta de la hilera derecha. Él se adelantó y llamó a la puerta un par de veces, pero Francisco no abrió, y tampoco escucharon ningún ruido. Entonces, temiéndose lo peor, dijo a Damián,

—Llame al padre Benito — el religioso salió corriendo a buscarlo. Algunos frailes se acercaban asustados por el pasillo y otros salían de sus habitaciones extrañados por el ruido. Sin perder tiempo abrió la puerta y vio a Francisco, ahorcado, colgando de la viga de madera que cruzaba el techo del dormitorio. Su cuerpo se columpiaba suavemente de forma siniestra y la silla a la que se había subido para poder llegar a la viga, estaba tirada en el suelo junto a un revólver. Alguien susurró a su espalda,

—¿Está muerto? — Germán no contestó y se acercó a Francisco, pero no tenía dudas de que lo estaba. El mismo fraile que lo había preguntado, uno muy joven al que no conocía, se puso a su lado y dijo, apesadumbrado

—Si quiere...podemos bajarlo entre los dos — pero Germán tenía que darle una respuesta que nadie que no fuera policía, entendería. Desgraciadamente, tendrían que trabajar bastante en el escenario y en el cadáver antes de poder bajarlo.

—No podemos tocarlo — se dio la vuelta — hermanos, por favor —

les hizo un gesto para que se alejaran y cerró la puerta de la habitación porque como ocurría siempre con los españoles, cuando hay un hecho morboso todos queremos mirar — no pueden estar aquí — avisó a Isabel de lo ocurrido para que diera aviso y cuando colgó, el prior ya estaba allí. Se preocupó al verlo porque parecía a punto de darle un ataque,

—Padre, si no se encuentra bien...

—No diga tonterías, déjeme verlo.

—No creo que sea buena idea — pero al ver su cara, abrió la puerta y lo dejó pasar entrando detrás de él. El prior se tambaleó mirando hacia arriba y, de repente, cayó de rodillas y comenzó a llorar como si fuera un niño. Lo ayudó a levantarse y lo sacó fuera, pidiendo a dos frailes que lo llevaran a su habitación.

Cuando se quedó solo y con la puerta cerrada, se puso los guantes y cogió el revólver para dejarlo en el escritorio, el mismo que había en todas las habitaciones. Al hacerlo, vio un papel escrito en el que no se había fijado antes y cuyo contenido le resultó asombroso:

**“He hecho algo horrible, pero no puedo ir a la cárcel, no lo soportaría. Dios es el único que me perdonará, lo siento.”**

Parecía una confesión, aunque estuviera sin firmar. Después de leerla un par de veces, la fotografió con el móvil y luego, mecánicamente, cogió de nuevo el revólver para comprobar el tambor y vaciarlo, y fue entonces cuando vio que solo tenía cinco de las seis balas que cabían dentro. Después de sacar las balas olió la zona del cañón y reconoció enseguida el olor característico de la pólvora, lo que quería decir que se había disparado recientemente. Sin perder un momento, se lo metió en el bolsillo de la chaqueta al igual que las balas y salió corriendo, buscando a alguien que lo pudiera ayudar. Encontró a dos frailes susurrando en mitad del pasillo y se

acercó a ellos corriendo,

—Escuchen, abran todas las habitaciones y comprueben que no hay nadie herido — abrieron la boca asombrados, pero siguieron inmóviles, lo que le hizo gritar — ¿no me han oído?, ¡háganlo!, — cuando vio que iban juntos a hacerlo, les dijo antes de volver a correr

—¡No!, cada uno a un lado del pasillo, así tardarán menos — se separaron y comenzaron a hacerlo. Germán mientras rogaba para llegar a tiempo y que, quien fuera al que hubieran disparado, no estuviera muerto. Se dirigió a la cocina para pedir ayuda a Lorenzo, porque había muchos lugares que no conocía y donde se podría esconder un cuerpo, pero solo encontró al cocinero que estaba sentado tomándose una infusión. Cuando lo vio, se puso de pie rápidamente como si lo hubiera pillado in fraganti.

—¿Dónde está Lorenzo? — el fraile se asustó al verlo tan nervioso

—Debe de estar en el huerto, porque hoy todavía no ha aparecido por aquí. Siempre que puede se escapa para ir allí — Germán corrió hacia el comedor y lo atravesó sintiendo que el corazón se le saldría por la boca. Salió por el ventanal que estaba entornado y no vio nada, pero como conocía la costumbre de Lorenzo de dar de comer a la ardilla al final del huerto, siguió corriendo. Ya había amanecido y por eso pudo ver la puntera de su zapatilla de deporte asomar por detrás del tronco de una encina, y Germán corrió hasta él como si le fuera la vida en ello.

Lorenzo estaba sin sentido, caído de costado y al lado de su mano había un trozo de pan. Su cabeza estaba junto a un charco de sangre que había salido de una herida de bala que tenía en la sien. Germán, maldiciendo, se dejó caer de rodillas y le buscó el pulso en el cuello, era débil, pero al menos lo tenía. Entonces llamó a una ambulancia sintiéndose como una mierda.

Cuando llegaron Isabel y Amaro, los esperaba en el pasillo

—¿Y Lorenzo? — él sonrió débilmente

—Los de la ambulancia me han asegurado que vivirá, ha tenido mucha suerte, la bala solo le ha rozado. Pero debe de haber estado toda la noche tirado en el huerto, estaba helado — Isabel suspiró

—¡Menos mal! ¿no le vamos a poner protección?

—Sí, he enviado con la ambulancia una pareja de agentes que se quedarán con él de momento, pero — miró a Amaro — tiene que estar custodiado hasta que cojamos al culpable — su jefe asintió y sacó el móvil

—Yo me encargo. ¿Hay algo más que pueda hacer mientras llega la científica?

—Sí quieres, te puedes acercar a ver al prior porque está bastante mal. Solo falta que ahora le dé un infarto — señaló con la cabeza el pasillo — sigue por ahí y luego tuerces a la izquierda. Su despacho es la última puerta.

—De acuerdo.

Germán sacó el móvil y le enseñó a Isabel la foto de la carta

—Mira la nota que ha dejado.

—¿Ahora se supone que Francisco es el asesino? ¿tú te lo crees?

—No me cuadra, además, este suicidio es demasiado oportuno.

—Pero sigues pensando que Francisco tenía algo que ver.

—Sí, pero ¿por qué iba a matar a Félix y a Alejandro?, ¿por unos versículos de la biblia? ¿y por qué asesinar a Lorenzo?

—Si no estaba muy cuerdo, quizás no necesitara un motivo concreto, sabes que eso pasa — Isabel se encogió de hombros — puede que no le gustaran los estudiantes... podría ser por cualquier cosa.

—Cierto, pero aún así — movió al cabeza — no me convence, parece un escenario preparado — vio acercarse a dos de la científica enfundados en los típicos monos blancos, eran los mismos que habían venido para el asesinato de Félix. Se adelantó para saludarlos y entró con ellos, les entregó

la pistola, las balas y les señaló la nota, asegurándoles que todo lo había tocado con guantes. Después sonó su móvil, era Amaro. Escuchó durante un minuto y luego colgó.

—Era el jefe, dice que acaba de hablar con Argüelles y que van a cerrar el Monasterio. No se atreven a que sigan viniendo visitantes hasta que cerremos el caso.

—Normal — German tuvo una idea al ver que ella había traído la mochila del coche, la que solían utilizar cuando tenían que recoger pruebas.

—Vamos.

—Estoy desconcertada, ¿cómo es que dejas a los de la científica que mire el escenario antes que nosotros? — generalmente Germán era muy posesivo con los escenarios de los asesinatos que le asignaban. Hasta que ellos no lo miraban a fondo, no dejaba que nadie lo hiciera.

—Tranquila, he visto lo que quería de la habitación, lo único interesante que hay es la carta y ya tenemos una foto. Ven, date prisa — se dirigieron a la Gran Biblioteca que estaba desierta,

—¿Qué hacemos aquí? — él le sonrió de aquella manera que siempre le llegaba al corazón, como si fuera a hacer una travesura.

—Buscando una carta de Shakespeare — entró en la biblioteca con paso rápido seguido por una Isabel boquiabierta.

Deambularon por la enorme habitación observando los viejos libros que descansaban en las estanterías de madera oscura. Isabel se fijó que él andaba muy despacio para que nada escapara a su mirada, y cuando llegaron al final Germán dijo,

—Creo que sé dónde está — entonces volvieron a la entrada de la biblioteca, donde había una esfera hueca en cuyo interior tenía unos estrechos anillos metálicos que se cruzaban entre sí, y en el centro colgaba una bola de madera que parecía representar a nuestro planeta. Germán la observaba como

si estuviera hipnotizado por ella. Junto a la misteriosa esfera había un atril de metacrilato con una nota explicando su significado. Isabel lo leyó en voz alta:

—Se llama esfera armilar y según esto representa el Sistema Solar, se utilizaba para el estudio de los movimientos de los astros — el policía se acercó a ella lo máximo que pudo sin sobrepasar el cordón de seguridad que la rodeaba. Ella hizo lo mismo y comenzó a mirar la esfera por dentro,

—Ahí no puede estar la carta, se vería a simple vista, no hay ningún escondite — él sonrió, sorprendido por su comentario,

—No, no está ahí — se dirigió hacia el atril y acarició el borde de metacrilato donde estaba encerrada la nota con los dedos, luego sacó su llavero, que tenía escondido un pequeño destornillador de estrella e Isabel, al verlo, se burló,

—¡Venga ya!

—Te dije que lo utilizaría — cuando lo compró, ella se rio diciéndole que mejor comprara un juego de herramientas para el coche, porque ese destornillador de juguete no le iba a servir nunca para nada. Germán, sin hacer caso a su cara de incredulidad, y ayudado por el mini destornillador comenzó a desenroscar los cuatro tornillos dorados que sujetaban la tapa de metacrilato,

—Vamos a ver, ¿y por qué crees que está aquí?

—Porque Salvador los escuchó decir que estaba a la vista de todo el mundo. Espero que al asesino no se le haya ocurrido, porque si no... — sacó el último tornillo que entregó a Isabel como los demás, levantó la tapa donde estaba la hoja explicativa y debajo encontró un documento antiguo doblado en cuatro. Leyó el texto lo más deprisa que pudo, y cuando confirmó que era lo que buscaban, se lo dio a Isabel

—Sujétalo un momento — ella lo hizo mientras él colocaba de nuevo la tapa y apretaba los tornillos — ¡joder Germán, qué huevos tienes! ¿nos lo

vamos a llevar?

—Sí, mételo en la mochila ¿tienes alguna carpeta? — ella manipuló la hoja con cuidado para que no se arrugara, mirando hacia atrás continuamente para estar segura de que no los pillaban. Limpiándose el sudor, siguió a Germán hacia el pasillo prometiéndose que, cuando estuvieran solos, lo mataría. Entonces se cruzaron con dos agentes de uniforme que inclinaron la cabeza para saludarlos, y que se quedaron de pie con los brazos cruzados vigilando la entrada de la Biblioteca. Germán sonrió al susurrar,

—Justo a tiempo.

—¡Vaya bola que tienes! — él se encogió de hombros y miró el móvil al escuchar un pitido anunciando un mensaje,

—Es Dominó, dice que ha llegado el informe de la autopsia de Laura Barco y que nos lo ha renviado a los dos — estaban a punto de bajar por la escalera, pero lo leyó antes de hacerlo. Luego levantó la cara con aspecto extrañado y dijo

—La causa de la muerte es la asfixia como nos imaginábamos y no hay restos de semen. El forense asegura que no la violaron, pero sí que ha encontrado numerosas heridas defensivas — siguió leyendo sin hablar — ni rastro de huellas, ni de ADN del asesino — frunció el ceño pensando.

—Entonces es lo que pensabas, que no es un crimen sexual.

—Sí — el móvil volvió a pitar, esta vez Isabel leyó el mensaje en voz alta.

—En Scotland Yard han terminado con el chubasquero, pero no han encontrado nada. Toda la sangre era de Alejandro y solamente han encontrado sus huellas — lo miró sorprendida — igual que aquí, no hay ningún indicio — Germán asintió y sonrió, lo que le extrañó

—¿No es raro que aquí no hayamos encontrado un chubasquero? O puede que se lo llevara con él — se detuvo obligándole a hacer lo mismo

—No, porque cuando asesinó a Félix no lo necesitó — siguió bajando los escalones dejando a Isabel mirándole un par de segundos con el ceño fruncido, entonces se volvió hacia ella

—Vamos a ver al prior, tengo que hablar con él antes de irnos, además, Amaro debe seguir en su despacho.

—Quizás no sea un buen momento, tú mismo has dicho que ese hombre protegía a Francisco, seguro que está hecho polvo.

—Precisamente por eso.

Cuando entraron, Germán tuvo un momento de duda, pero a pesar del mal aspecto del anciano no podían esperar más. El asesino podía volver a matar en cualquier momento por eso se sentó frente a él.

—Lo siento mucho, padre — el anciano tenía los labios ligeramente azules y la mirada algo perdida. Germán se volvió hacia Amaro y le susurró, sin que lo escuchara el prior,

—¡Tiene que verle un médico! — Amaro le contestó de igual manera.

—Ya he llamado a una ambulancia, aunque él no quería. Dice que solo necesita acostarse, que está cansado. Ya deben estar a punto de llegar — Germán se sentó ante el prior que tenía la cabeza inclinada como si se hubiera rendido.

—Padre, tengo que preguntarle algo — el prior levantó la cabeza con dificultad y lo miró — ¿Francisco volvió cambiado del congreso en Londres? ¿notó usted algo diferente en él? — contestó despacio, con un tono de voz bajo y ronco.

—Él no pudo matar al hermano Alejandro, eso es imposible. Era como un niño grande para algunas cosas, pero incapaz de cometer estas atrocidades. Esto es obra del diablo.

—Sí, lo entiendo, pero dígame una cosa, ¿no le pareció a usted raro que Francisco fuera a ese congreso? ¿por qué fue en realidad? No creo que

entendiera las ponencias o las exposiciones — el labio inferior del padre Benito comenzó a temblar — dígame la verdad padre, puede que si no lo hace mueran más personas.

—Tiene razón, pero él estaba tan ilusionado... al principio me negué, pero él se empeñó en acompañar al resto de hermanos que iban. Para convencerme, me prometió todo tipo de cosas, que se portaría bien, que no daría guerra al profesor, en fin... al final me convencieron entre todos.

—De acuerdo, gracias padre — el enfermero entró y, al ver al padre Benito, les pidió que salieran porque se estaba poniendo peor. Cuando lo hicieron, vieron acercarse a los de la ambulancia por el pasillo acompañados por Salvador, que parecía aterrorizado. Amaro, preguntó entonces a Germán,

—¿Qué opinas?

—Que esto confirma que los de Scotland Yard estaban equivocados desde el principio, aunque eso ya lo sabíamos. Y que tenemos que empezar a establecer coartadas para todos los que acudieron al congreso. Afortunadamente Dominó ya se ha puesto con eso.

—Bien.

—Quizás deberíamos haber empezado por el asesinato de Londres — susurró Isabel.

—No, hemos actuado bien, el problema es que Scotland Yard creyó que la muerte de Alejandro era fortuita y producida por un robo fallido, cuando en realidad es un asesinato premeditado. Eso estaba claro desde que apareció el cadáver de Félix — sonó su teléfono y chasqueó la lengua al ver quién era en la pantalla — Roberto, espera un par de minutos, me voy a mover porque aquí no te escucho bien — salieron sin ser molestados por los periodistas porque la policía los estaba controlando para que no pasaran a la lonja.

—Roberto, pongo el altavoz, están conmigo Amaro e Isabel.

—¡Buenos días a todos! — los tres contestaron al eufórico Roberto — iba a llamaros Natalia, pero sigue durmiendo y yo os llamo desde la terraza de la habitación para no despertarla.

—¿Qué tal va todo, Rober?

—Bien. Llegamos hace un par de días y no hemos parado desde entonces, sinceramente, estamos hechos polvo, pero nos lo hemos pasado muy bien y creo que hemos conseguido lo que querías. A ver, espera un momento que estoy buscando el principio de las notas — escucharon un ruido de papel antes de que volviera a hablar — ¡ya lo tengo! nos dijiste que buscáramos los antecedentes familiares de Gilda y Peter — Amaro se sobresaltó al escucharlo y miró a Germán como si se hubiera vuelto loco, pero el poli le hizo un gesto para que no dijera nada — y hay algo interesante, el padre de los dos era hijo de Lady Margaret Carell, nacida Margaret Wentworth-Fitzwilliam — cuando escuchó el segundo apellido Germán entrecerró los ojos y ladeó la cabeza inconscientemente, pensativo — y un hermano de Lady Margaret fue el último lord Fitzwilliam porque el título, actualmente, está extinguido. Su padre en realidad no se apellidaba de primero Wentworth, sino James, y Wentworth de segundo, pero cambió el orden de sus apellidos. Otra cosa, Gilda y Peter son hijos de diferentes mujeres, Gilda es la mayor de los dos y cuando su madre murió, su padre se volvió a casar.

—Sí, eso lo sabíamos

—Nos ha sido muy difícil averiguar cómo se distribuyó la herencia del último Lord, porque aquí no funciona igual que en España... bueno, no me enrollo, los edificios se los ha quedado una institución que sería como nuestro Patrimonio Nacional, pero algunos bienes estaban establecidos como legados para ciertos herederos. Y el padre de Peter y Gilda heredó los manuscritos correspondientes al siglo XVII — Germán miraba el teléfono atónito — el

problema es que al padre le gustaba vivir muy bien y fue vendiendo todo hasta que murió arruinado. Revisando algunos periódicos de la época hemos visto que sus hijos no tenían dinero ni para pagar el entierro.

Amaro, Isabel y Germán se miraron incrédulos. Roberto sin tener ni idea de la bomba que había soltado, siguió hablando

—Lo más sorprendente es que a pesar de todo eso, Peter vivía como un príncipe. Fue a un colegio privado carísimo, iba a la Costa Azul en verano y en invierno a esquiar a los Alpes, pero no sabemos de dónde sacaban el dinero. Incluso cuando se hizo adulto se le empezó a ver en las revistas, era una especie de celebridad. Siempre estaba rodeado de chicas guapas y ricas hasta que se vio envuelto en un escándalo, porque le acusaron de robar unos pendientes en una fiesta de la alta sociedad y, aunque no se pudo probar, todo el mundo pensó que él lo hizo. También debió flirtear con las drogas, en varias fotos hemos visto cómo su hermana lo llevaba un par de veces a una clínica para desintoxicarse. Una joya de chico, vamos.

—Imagino que ella lo mantenía, pero la pregunta es ¿cómo podía pagarlo? ¿trabajaba? — Germán observó que un periodista intentaba llegar hasta ellos mientras él hablaba con Roberto, pero era interceptado por un agente.

—A Gilda se le pierde la pista poco después de que se muera su padre. Puede que saliera del país, no lo sé, el caso es que no hemos podido descubrir qué estuvo haciendo durante varios años. Yo creo que mantenía a su hermano desde el extranjero y si volvió a Inglaterra durante ese tiempo, no hay fotos de ello. Exceptuando las dos del ingreso en la clínica.

—Debió ser cuando empezó su carrera — había trabajado durante mucho tiempo como espía.

—¿Qué carrera? — pero Germán no podía contestar a Roberto en plena calle y menos por teléfono.

—¿Has dicho que el título está extinguido?

—Los títulos, Lord Fitzwilliam era conde y marqués, era un título muy importante.

—Entendido, y ¿del otro tema habéis podido enteraros de algo?

—Sí, pero depende de a qué experto preguntes, cada uno dice una cosa. Algunos aseguran que Shakespeare estuvo en España y otros que no. Hemos estado en el museo del Teatro Globe, donde estrenaba sus obras y que se destruyó por entero el 29 de junio de 1613 debido a un incendio. Se cree que en ese fuego se destruyeron todos los manuscritos originales de Shakespeare, 37 obras de teatro, además de los poemas y los sonetos. Creo que básicamente, eso es todo, pero me ha dicho Natalia que en cuanto pueda te hará un informe más extenso y que te lo mandará al correo.

—Dile que no se preocupe, tengo suficiente con esto. Dale las gracias y a ti por supuesto, y disfrutad las vacaciones.

—De nada, ha sido un placer.

—Claro que sí, llama cuando volváis.

—Por supuesto, adiós a todos — después de despedirse, Germán e Isabel se miraron asombrados, hasta que Amaro los distrajo,

—¿Quién coño es ese Fitzwilliam?

—Según la carta de Gabriel de Borbón, el que le cambió un manuscrito de Shakespeare, por 27 sonatas del padre Soler — Germán sonrió irónico — al lord inglés le gustaba más la música que el teatro.

—¿Y?

—Y que, si Peter y Gilda se consideran los legítimos dueños del manuscrito, tienen un móvil para matar a los frailes y a Laura. Desde luego, Gilda no ha sido sincera con nosotros, seguro que sabe que su antepasado se desprendió de un manuscrito de Shakespeare y que la transacción fue en el Monasterio — hizo un gesto con la mano y terminó con un susurro — me

gustaría saber si su marido también lo sabe — Amaro se metió un antiácido en la boca al pensar en las implicaciones y se atrevió a preguntar,

—¿Qué quieres hacer ahora? — Germán necesitaba su aprobación para lo que quería hacer.

—Isabel, quiero que averigües si alguno de los dos hermanos estuvo en Londres cuando asesinaron a Alejandro. En cuanto volvamos al Centro te pones con ello, es nuestra prioridad junto con el informe sobre el congreso que tiene Dominó. Hay que reconstruir lo que ocurrió ese día. De momento seguiremos por ahí. Aunque no vamos a abandonar el resto de las líneas de investigación, vamos a ver hasta dónde nos lleva esto — miró el reloj del móvil. Si no se daba prisa, no llegaría — tengo que ir a hablar con Adelaida Gallego que está en Madrid dando una conferencia. Nos vemos luego en el Centro — cruzaron la lonja en dirección a los coches, mientras los periodistas los fotografiaban preguntando a gritos desde las vallas de seguridad, si el fraile que se había suicidado era el asesino.

## CATORCE

Casita del Infante, 23 de noviembre de 1788

El Infante despertó y vio a su padre sentado junto a su cama con signos de haber llorado, seguramente el doctor Buendía ya le había informado de que le quedaba poco tiempo. Al escuchar un murmullo, miró a su izquierda y vio al padre Pérez Bayer al pie de la cama con un grupo de frailes rezando el rosario, entonces alargó la mano llena de costras, síntoma de su enfermedad, y rozó la de su padre que había cerrado los ojos y murmuraba el ave maría acompañando el rezo de los frailes. Sorprendido, el Rey abrió los ojos y Gabriel pudo ver por primera vez el miedo en ellos. No se había equivocado, su padre sabía que se moría.

—Lo siento, padre — lo miró tranquilo, había aceptado la muerte después de ver morir a su esposa y a su hijo recién nacido.

—Gabriel, tienes que esforzarte hijo mío, sé que puedes recuperarte, Dios me concederá esta petición. He ordenado una misa diaria en la basílica hasta que te pongas bien — el Infante sonrió sin fuerzas y musitó algo, pero el Rey tuvo que inclinarse para poder entenderlo.

—Estoy muy cansado padre, por favor, cuidad de Pedro — hacía poco más de un año que su esposa le había dado a su primogénito al que habían llamado Pedro Carlos, pero ni siquiera por él había sido capaz de recuperarse de la viruela.

Carlos III asintió sin poder hablar, con los ojos llenos de lágrimas y entonces su hijo comenzó a respirar superficialmente, era el principio del fin. Pero antes de expirar, Gabriel dijo una frase que, a pesar de su simplicidad, impresionó a todos los que lo vieron morir.

—Solo he intentado ser un hombre bueno — y se fue.

Los rezos se detuvieron y todos los presentes se quedaron en silencio mientras el Rey tomaba la mano de su hijo y la besaba con devoción. Estaba presente en la muerte de Gabriel en contra de la opinión de sus médicos, que le habían aconsejado que no se acercara al enfermo para evitar el contagio. Por último, Carlos III se arrodilló junto a la cama e inclinó la cabeza llorando sin consuelo, ante la mirada asombrada de los que lo rodeaban.

En la actualidad,

El lugar de la conferencia era la Real Academia de la Historia, y el título: “La historia de los Borbones en España”. Cuando Germán llegó ya había empezado, por lo que no pudo hablar con Adelaida hasta que terminó su exposición. Se acercó a ella mientras recogía sus cosas convencido de que, para descubrir a este asesino en particular, tenía que entender lo que había ocurrido siglos atrás. Adelaida lo vio mientras guardaba un par de libros en una bolsa de piel marrón.

—¡Inspector Cortés! no pensé que volvería a verle tan pronto — él respondió a su sonrisa.

—A mí me parece que han pasado meses desde que nos vimos.

—Eso es porque ha vivido usted muchas cosas.

—Acierta usted Adelaida, perdone que me presente de esta manera, pero si tiene unos minutos, necesito hacerle unas preguntas.

—¿Sobre el Monasterio? — él señaló el cartel que anunciaba la conferencia

—Necesito información sobre los Borbones — ella lo escuchaba atentamente — en realidad me gustaría saber todo lo que pudiera contarme

acerca del Infante Gabriel de Borbón.

—Excelente elección, inspector, aunque me imagino que no ha elegido ese nombre al azar. Bajo mi punto de vista fue el mejor Borbón que ha existido, al menos en España. Era el más inteligente y trabajador de los hijos de Carlos III, y yo diría que de todos los Borbones en general — suspiró — la distancia en cuanto a erudición con el resto de sus parientes es abismal. Llegó a ser un hombre de una enorme cultura y que estaba interesado en todo tipo de materias: arte, ciencias, música, literatura clásica y moderna... Tuvo un gran profesor de música, el padre Antonio Soler, a quien se le considera un maestro de la música barroca española. Tradujo varias obras de Salustio — se encogió de hombros — en fin, si no hubiera pertenecido a la familia real, estoy segura de que hubiera brillado por sí mismo gracias a su extraordinaria capacidad intelectual. Todo esto y mucho más lo realizó en una existencia muy corta, ya que murió de viruela a los 36 años. Su mujer había muerto unos días antes de la misma enfermedad después de dar a luz a su tercer hijo, que también murió. El matrimonio tuvo tres hijos, pero solo sobrevivió uno.

—Una vida desgraciada a pesar de ser hijo de un Rey ¿Ha leído alguna vez que el Infante escondiera algo? ¿Que tuviera algún secreto? — ella lo miró extrañada, pero negó con la cabeza.

—Me temo que no puedo ayudarle inspector, a menos que sea sincero y me pregunte directamente lo que quiera saber — la miró durante unos segundos antes de responder.

—De acuerdo, vamos a suponer que, siendo joven y por casualidad, encontrara algo, un libro, por ejemplo, y que él pensara que no pertenecía legítimamente a la corona y que esa convicción lo impulsara a ocultarlo ¿Esa es una conducta creíble en él? ¿No debería haber hablado con su padre y decírselo, aunque insistiera en entregárselo a su legítimo propietario? — ella arqueó las cejas antes de contestar,

—Espero que en algún momento de esta conversación lleguemos a algo concreto — a pesar de su comentario, le contestó — tiene que entender que todo lo que utilizaba el Infante: casa, ropa, libros, todo, no le pertenecían a él, ni siquiera a su padre, pertenecían a la corona. Y la familia real conocía la diferencia, se lo aseguro — se miró las manos, pensativa, antes de responder — las decisiones importantes sobre el patrimonio de la corona las tomaba una especie de consejo de estado. Pero el Rey sería el primero que no aceptaría tal cosa, si hubiera ocurrido en realidad. De todas maneras, no creo que el Infante pudiera esconder algo así como así, porque los libros de la Biblioteca Real del Monasterio en esa fecha ya estaban catalogados, y nadie hubiera podido llevarse nada de allí sin que se enterara el bibliotecario. Siempre que hablemos de un libro, claro — Germán la miró admirado por su inteligencia.

—No he dicho que encontrara el libro en la Biblioteca del Escorial.

—¡Vamos inspector!, después de lo que está ocurriendo allí, me extraña que todavía no me haya dicho de qué estamos hablando. Sobre todo, si de verdad quiere que lo ayude.

—No es un libro...es una carta — ella frunció el ceño.

—¿Ha encontrado una carta... — susurró — ...del Infante?

—Adelaida, esto es totalmente confidencial como se imaginará — ella asintió muy seria — Gabriel encontró un manuscrito de gran importancia, y habla de él en una carta que ha aparecido recientemente. Otra pregunta, ¿qué es un clavecín?

—Es un instrumento de cuerda y teclado, el precursor del piano de cola — Germán asintió

—¡Ah!, entiendo — eso aumentaba las posibilidades.

—Sí, aunque solían ser más pequeños que los pianos actuales.

—Y por curiosidad, ¿qué ocurrió cuando murió el Infante Gabriel?

—Su padre le siguió tres semanas después y un hermano de Gabriel, el primogénito, le sucedió en la corona como Carlos IV. Al único hijo de Gabriel lo mandaron a Lisboa con la familia de su mujer, para que lo cuidaran.

—¿Por qué no lo criaron aquí?

—Es un rumor, pero al parecer Carlos IV nunca perdonó a su hermano que fuera el favorito de su padre, de hecho, se dice que Carlos III murió de pena por la muerte de Gabriel. Es posible que enviaran al niño fuera del país para protegerlo.

—Sabe usted de todo — ella se encogió de hombros sonriendo

—Ya le dije que el motivo de mi interés en la historia fue el padre Soler. Mi marido y yo hemos dado varios conciertos de clavecín con sus obras.

—No sabía que estaba casada.

—Parece muy sorprendido inspector, pues le informo que las ratas de biblioteca también nos casamos, aunque solemos hacerlo con otro miembro de nuestra misma especie — se rio de su propia broma

—No estoy sorprendido — se defendió riendo — en absoluto, pero como me dijo que viajaba mucho... me parece difícil mantener una relación así.

—Sí, es cierto, pero es que mi marido vive en París.

—Es usted sorprendente ¿y no les resulta complicado?

—Nos vemos todo lo que podemos y de momento nos va bien, pero le confieso que solo llevamos tres años casados — él la miró, calculando sin darse cuenta.

—No le de más vueltas, me casé con 58 años — él levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—¡Me rindo! — de repente, una idea que llevaba dándole vueltas

desde hacía varias horas en su cabeza, cobró sentido — una última cosa, si necesitara que usted y su marido hicieran una demostración ante algunas personas, de cómo tocan el clavecín... ¿habría algún problema?

—En absoluto, solo tendría que decírmelo con tiempo para que él llegue a la cita, pero estaríamos encantados. Además, estoy segura de que será muy interesante para nosotros, he oído hablar de sus puestas en escena — él se despidió dándole las gracias, pero sin confirmar su insinuación.

Cuando salía, miró los mensajes. Durante la conferencia Isabel lo había llamado un par de veces,

—Hola, acabo de terminar de hablar con Adelaida

—Han detenido a Freddy. Diego dice que podemos interrogarlo si queremos, pero que nos demos prisa porque puede que lo suelten hoy mismo.

—Voy para allá.

Quedaron en la puerta de la comisaría de Pozuelo de Alarcón. Cuando llegó, ella salió del coche.

—¿Qué tal con Adelaida?

—Bien, luego te cuento. De camino he llamado para preguntar por Lorenzo y ya se ha despertado. Está bien, pero lo van a tener en observación hasta mañana. Rafa Martínez, uno de los agentes que lo custodia, le ha preguntado y Lorenzo dice que no vio quien lo disparó y que no se acuerda de nada. Bueno, vamos a ver si el tal Freddy quiere decirnos algo — cuando entraron, ella preguntó por su amigo.

—Diego, este es Germán. Germán, Diego — Diego había salido con Isabel durante unos meses, y era simpático, guapo y asquerosamente joven. Germán no todavía no había cogido manía a nadie, pero decidió cogérsela a Diego el primero, en cuanto fuera capaz de hacerlo.

—Si todavía queréis hablar con él, entrad ya porque lo van a soltar ahora mismo — tenía las manos en las caderas y los miraba alternativamente

— al parecer tiene una coartada de la chica con la que está saliendo ahora.

—¿Otra novia?, ¡mira a Freddy! — murmuró Isabel y Germán comentó,

—Veamos cómo lo lleva el chaval — los acompañó hasta una sala de interrogatorios donde esperaba un chico moreno con el pelo rizado, que estaba sentado con la cabeza apoyada en las manos. Cuando escuchó el ruido de la puerta, se limpió las lágrimas que le caían por las mejillas a manotazos, y entonces Germán miró a Isabel para fuera ella la que hablara. Germán se quedó de pie en una esquina de la habitación con las manos en los bolsillos, mientras ella se sentaba ante el chaval.

—Hola Freddy, soy la subinspectora Isabel Martín y quiero hacerte unas preguntas sobre Laura, ¿te parece bien? — él se encogió de hombros y a Germán le sorprendió la dignidad que transmitía, a pesar de tener los ojos enrojecidos y la nariz moqueando — ¿Cuándo fue la última vez que viste a Laura?

—No lo sé, hará dos semanas.

—¿Discutisteis?

—Sí, porque llevaba días dándome esquinazo — entrecerró los ojos angustiado — le pregunté qué coño le pasaba y ella intentó largarse sin contestarme, pero yo quería aclarar las cosas — miró a Isabel a los ojos antes de decir — era la primera vez que me gustaba tanto una tía ¿sabes?, y no entendía nada porque yo creía que también le gustaba

—¿Y qué te dijo?

—Que no podía estar conmigo en ese momento porque tenía que hacer algo muy importante — suspiró tragándose las lágrimas — luego... — agachó la mirada — luego me pidió perdón — volvió a limpiarse las lágrimas — a pesar de todo, sé que no quería hacerme daño. Laura era una buena tía, no sé por qué me dejó, pero lo era.

—¿Crees que fue por otro tío?

—No, estoy seguro de que no había nadie más.

—¿Estabas enamorado de ella? — pareció avergonzarse al contestar.

—Sí.

—Pero no tardaste mucho en irte de vacaciones con otra — él hizo una mueca

—Ella estaba mosqueada con Vanessa, una de nuestra clase, porque siempre estaba detrás de mí, aunque yo no le hacía caso. Así que decidí hacer algo para que reaccionara, pero a ella le dio igual.

—¿Crees que pudo dejarte porque no quisiera ponerte en peligro?

—No, ¿por qué iba a estar en peligro? ¿por salir con ella? — Isabel miró a Germán y este arqueó una ceja, luego dijo

—¿Se te ocurre alguien que quisiera hacerle daño?

—No, ya os he dicho que era una buena tía, era cariñosa con todo el mundo, no sé... — miró a Isabel pidiéndole ayuda — los otros polis ya saben que cuando la mataron, yo estaba con Vanessa, de vacaciones.

—Lo sabemos Freddy y enseguida te soltarán. Nada más, muchas gracias y lo sentimos mucho — el chico volvió a poner la cabeza sobre los puños y bajó la mirada.

Cuando salieron del edificio, Germán se volvió a mirar la comisaría como si quisiera volver a entrar,

—¿Se te ha olvidado preguntarle algo?

—No. Ahora estoy seguro de que Laura lo dejó para protegerlo — movió la cabeza, disgustado — ¡vaya mierda! volvamos a la oficina.

Lo primero que hizo al llegar fue llamar a Dominó para que fuera a su despacho,

—Ponte cómoda y cuéntame todo lo que hayas descubierto.

—Antes de nada, me han confirmado que Peter estaba ese día en

Londres y que volvió a Madrid al día siguiente — Germán se lo esperaba.

—De acuerdo, sigue.

—He avanzado algo con lo del congreso, aunque es realmente difícil, mira — le enseñó un papel en el que había dibujado los asientos del salón y donde ya tenía ubicados a los españoles.

—¿Cómo has podido saber cómo se sentaron, por Dios? — Dominó siempre sacaba adelante los trabajos más complicados en tiempo récord.

—Subieron bastantes fotos a las redes sociales, siempre hay alguien que las publica. He ido comparando las de los asistentes, con las de los que estaban sentados para ponerles nombres.

—¿Por qué hay tantos espacios vacíos?, ¿faltó gente?

—No, ¡que va! El auditorio estaba lleno, pero no solo había frailes españoles y yo me he centrado en ellos. Hay una comunidad de agustinos en Londres, en la Parroquia de Santa Ana y también se les invitó a acudir, por eso el auditorio se llenó.

—Es decir que ahora hay muchos más sospechosos, algunos que ni sabemos quienes son, ¡esto va mejorando por momentos! — ella sonrió y continuó

—Después, he estudiado la coartada de Francisco y estuvo acompañando al profesor en todo momento.

—¿Eso quien lo dice?

—He llamado al profesor para preguntárselo, como querías saber si pudo abandonar el auditorio para ir a la Biblioteca Británica sin que nadie lo viera...

—Lo has hecho muy bien, Dominó — señaló el dibujo — ¿has podido averiguar el horario de las actividades de ese día?

—Sí, tengo una copia de un folleto, toma.

—Vamos a ver — buscó la hora de la muerte de Alejandro — a la hora

del asesinato el profesor estaba dando su conferencia, ¿no? — ella asintió y buscó sus notas,

—Sí, él mismo me ha explicado cómo lo hace habitualmente, porque no la preparó especialmente para el congreso, sino que es una conferencia que da exactamente igual desde hace años. Al principio, mediante una charla, sitúa a los asistentes en la época y en la situación personal de Cervantes, y luego, se apagan las luces de la sala y se proyectan una serie de imágenes: grabados, cuadros y dibujos que acompaña con anécdotas de esos años o de la vida de Cervantes. Dice que ese día las luces estuvieron apagadas unos quince minutos y que, cuando las encendieron empezó la ronda de preguntas. Su exposición duró hora y media — levantó la vista de sus notas.

—Eso quiere decir que estuvo ocupado casi todo el rato, y no pudo ver si Francisco salía o no.

—Ha insistido en que no cree que Francisco saliera, aunque también reconoce que, desde donde estaba no le habría visto salir ni entrar después, si lo hubiera hecho mientras estaban a oscuras. La razón es porque el profesor se sentó detrás de una gran columna, que es el lugar donde estaba el proyector.

—De manera que Francisco sí pudo escabullirse — masculló Germán — una pregunta más, creo que los dos edificios están muy cerca, que es bastante rápido ir desde allí a la Biblioteca Británica — ella lo miró asombrada.

—¡No te lo puedes ni imaginar! el auditorio pertenece a la Biblioteca Británica, aunque no está dentro del mismo edificio, pero por el garaje subterráneo se puede pasar de un edificio a otro en un par de minutos. El ascensor está frente al auditorio y solo hay que bajar al aparcamiento, eso serán... ¿treinta segundos?

—Pon un minuto.

—Y después de andar creo que son 10 metros, estás ante el otro ascensor, otro minuto y ya estás en la Biblioteca... a la que se accede por una puerta interior que no tiene cámaras. Tampoco es que nos sirviera de mucho si se le viera, porque como no nos quieren dar las imágenes — los ingleses estaban poniendo todo tipo de excusas para no compartir los vídeos.

—Eso aclara las cosas. Alejandro se escapó para ver la firma de Shakespeare y seguramente para hacerle fotos, seguro de que volvería a tiempo antes de que se encendieran las luces.

—Sin saber que uno de sus compañeros lo seguía para asesinarlo.

—De eso no estoy totalmente seguro, todavía no sabemos si pudo intervenir alguien del exterior en el último momento. Muchas gracias Dominó — cuando se fue, pulsó un contacto en su móvil. El teléfono sonó tres veces antes de que el general lo cogiera,

—Hola Germán, ¿tienes algo para mí?

—Ahora mismo una pregunta cuya respuesta estoy seguro de que conoce. Necesito saber con qué excusa fue Peter a Londres, me refiero a lo que le dijo a su novia si la tiene o a su hermana... — había pensado que quizás le colgaría, pero no lo hizo.

—Dice que fue a la boda de una amiga, ¿tú qué crees Germán, que es verdad? — Enrique Llorente era de las personas más irónicas que Germán había conocido, y aquella pregunta sonó como una condena para Peter.

—No señor, no lo creo, pero permítame que le pregunte si han conseguido las imágenes de las cámaras de la Biblioteca Británica, porque los de Scotland Yard parecen reacios a pasárnoslas.

—No solo a vosotros, no hay manera de conseguir esas dichas grabaciones.

—Entiendo, muchas gracias señor.

—Entonces, ¿no hay nada más que tengas que decirme? — Germán lo

pensó un momento, pero aún no estaba seguro de que su teoría fuera correcta.

—Todavía no, pero espero llamarle en muy poco tiempo — el general suspiró fuertemente, pero lo aceptó.

—Está bien, gracias Germán — cuando se despidió, hizo otra llamada

—Genio, necesito un favor, ¿estás en casa? — luego fue a por su coche, armado con una fotocopia de la carta del Infante en el bolsillo interior de su chaqueta.

Dos horas después salía de la casa de Genio que iba a hackear las grabaciones de las cámaras de la Biblioteca Británica, pero no podía esperar más a que lo hiciera porque el profesor lo esperaba en la Universidad.

## QUINCE

**Madrid, 15 de abril de 1616**

**A Promontorio Parisi, soldado y vecino de la villa de Nápoles en Italia:**

**Aquellas coplas que cantas a gritos desafiante cuando eres joven, te avergüenzan cuando peinas canas, aunque tengo que reconocer que ya casi no peino pelo alguno. Próximo como estoy a emprender el viaje más largo de mi vida, siento la necesidad de ponerme en paz contigo antes de partir.**

**Estoy cansado y hace días que ansío la muerte a quien espero darle la bienvenida como a una vieja amiga y, aunque me hubiera gustado conocerte antes de marchar, el tiempo que me queda para hacerlo es muy breve, tanto, que ayer me dieron la extremaunción.**

**Es por eso, que escribo estas líneas porque es mi deseo antes de morir llamarte hijo, y al igual que te lo llamé en *El Viaje del Parnaso*, una humilde novela que publiqué apenas hace un año, te lo llamo ahora, que más vale tarde que nunca.**

**Estoy contento por haberte escrito, pero mi mano se cansa de sostener la otrora ligera pluma que hoy me parece que pesa un quintal, y debo despedirme porque aún tengo que llamar a un buen amigo para que te lleve esta misiva tan lejos.**

**Que Dios te guarde muchos años, es de Madrid a 15 de Abril de mil seiscientos y diez y seis**

**MIGUEL DE CERVANTES**

**Nota al pie: A los ocho días de haber sido escrita la anterior carta o sea el 23 de Abril de 1616, moría Miguel de Cervantes Saavedra, y al siguiente recibía humilde y cristiana sepultura.**

Este documento fue encontrado recientemente en unas cajas olvidadas en el sótano del Instituto Cervantes de Nápoles, sin que hasta el momento se haya localizado a ningún descendiente directo de Promontorio Parisi.

En la actualidad

Germán estaba nervioso a pesar de saber que Genio mandaría las imágenes a Isabel en cuanto las tuviera. Encontró al profesor bajando del coche con dos archivadores grandes llenos de papeles con los que casi no podía,

—¿Te ayudo?

—Si, gracias — cogió uno de ellos y caminaron en silencio hasta su despacho. Al llegar, mientras Pedro abría la puerta, decidió ceder a la curiosidad,

—¿Qué llevas aquí?

—Los apuntes para mi nueva novela, tendría que haberla terminado ya, pero con todo esto no estoy escribiendo nada. No hago más que darle vueltas a la cabeza — dejaron las cajas en la mesa que había junto a la entrada, luego Pedro fue hasta su silla y se sentó con un suspiro. Parecía agotado.

—Siéntate, por favor — lo hizo.

—Es normal que no puedas concentrarte, te costará hacerlo durante una

temporada. Imagínate cómo estará su familia.

—Sí, pobre gente. Lo malo es que durante los meses lectivos me es imposible escribir, tengo tanto trabajo aquí que no puedo hacer nada más. Llevo tres años con este proyecto y me había prometido a mí mismo que lo terminaría este verano, pero va a ser imposible — sacudió la cabeza como si se diera cuenta de con quién estaba hablando — perdona, habrás venido para algo ¿qué necesitas?

—Quiero que me hables más a fondo de Francisco, y sobre lo que ocurrió durante tu conferencia en el congreso — miró sus notas — creo que primero hiciste una presentación, luego el público veía unas imágenes que tú ibas explicando, para terminar, contestando a las preguntas que te hacían.

—Así es.

—Entonces no es cierto lo que dijiste de que Francisco estuvo a tu lado todo el tiempo — el profesor frunció el ceño

—No me gusta que me llamen mentiroso y sí que estuvo conmigo — se irguió en la silla, enfadado — y Francisco era incapaz de hacer algo así, es imposible. No había en él ningún tipo de maldad — inclinó la cabeza, pero Germán había visto que tenía los ojos húmedos.

—Sé donde estuvo sentado Francisco, junto a la puerta, solo. Y tú estabas junto al proyector, y la sala estuvo a oscuras al menos durante quince minutos. Y cuando terminó la proyección subiste al estrado donde los asistentes te hicieron las preguntas que quisieron, ¿cierto?

—Sí, es cierto, pero no entiendo... — no lo dejó terminar.

—Por el horario hemos comprobado que mataron a Alejandro en el momento de la proyección, lo sabemos porque encontraron el cuerpo enseguida, debido al lugar donde se encontraba. Francisco pudo salir por la puerta que nadie vigilaba, bajar en el ascensor al garaje y cruzarlo para subir a la Biblioteca Británica. Todo eso, más localizar a Alejandro y hacer que lo

acompañara al baño, le llevaría entre 7 y 10 minutos, algo justo de tiempo, pero la proyección duraba quince.

—¡Es imposible, no le daría tiempo! — Pedro estaba indignado.

—Eso creía yo, porque no sabía que el auditorio está prácticamente en el mismo edificio, ni que cruzando por el garaje se tarda tres minutos en ir de un edificio a otro. Y Francisco, debido al lugar en el que estaba sentado, era al único al que no se le echaría de menos si desaparecía unos minutos.

—Yo lo hubiera visto, estaba al final del auditorio con el proyector y lo veía todo — pero Germán lo interrumpió

—No, tú estabas detrás de una columna que te tapaba su figura, lo hemos comprobado. Si se movía, tú no te enterarías — se dio cuenta de que Pedro empezaba a tener dudas — no te estoy pidiendo que me confirmes que fue él, solo si las posiciones y las horas son las correctas — entonces, el profesor derrotado, asintió.

—Sí, lo que dices es cierto. Pero yo lo conocía muy bien y no pudo ser él. De verdad.

—Te creo y tendré en cuenta tu opinión, ahora tengo que irme.

—Pero ¿qué motivo tendría para asesinar a esos pobres chicos?, él no estaba interesado en nada de lo que investigaban.

—Es cierto, pero Francisco era una persona muy influenciable y creo que alguien del Monasterio lo engañó para conseguir su ayuda. Seguro que pensaba que lo que estaba haciendo era lo correcto — el profesor asintió y Germán salió de la universidad con el paso mucho más ligero porque las piezas empezaban a encajar. Entonces recibió un mensaje de Genio en el que le decía que acababa de mandar las grabaciones a Isabel. La llamó,

—Dime, Germán — arrancó el coche mientras hablaba.

—Genio te acaba de mandar las grabaciones.

—Sí, las estaba abriendo ahora mismo.

—Bien, quiero que vayas directamente a los cinco minutos anteriores a la hora en la que Scotland Yard dice que encontraron el cuerpo, vamos a ver quién salía del edificio.

—¿No quieres ver las cámaras de la entrada?

—No, vete directamente a las de salida, si no me equivoco, vas a ver a un conocido nuestro. En cuanto lo tengas, llámame.

—De acuerdo, ahora mismo me pongo con ello.

Desde allí volvió al Monasterio para hablar con el prior que estaba en la cama por recomendación del médico. Cuando entró en su habitación pudo ver el maravilloso fresco del techo, que representaba la escena del Rey Salomón ordenando partir a un niño por la mitad, porque lo reclamaban dos mujeres como su hijo y no podía saber quién era la verdadera madre. Observó durante unos segundos la fiereza de aquel antiguo Rey, entendiendo la escena porque en ocasiones había que ser cruel para ser justo.

—Buenos días, padre Benito — el prior lo miraba como si temiera un ataque por su parte, y su mano derecha comenzó a temblar ligeramente. Germán se sentó en una silla a su lado y cubrió la mano con la suya intentando tranquilizarlo — padre, necesito que me explique por qué lo hizo — el religioso, arrepentido, inclinó la cabeza y el policía escuchó su confesión, intercambiando sus papeles por una vez.

Cuando salió de allí recibió la llamada de Isabel,

—Dime.

—¡No te vas a creer quien sale de la B.B. minutos después del asesinato! — Germán esperó sonriendo y su sonrisa se amplió cuando escuchó el nombre — ¡Peter Wentworth! no me imaginaba que fuera él, ¿entonces Peter es el asesino?

—No, aunque no es inocente del todo — se pinzó la nariz con los

dedos, algo que solía ayudarle a concentrarse, mientras miraba las montañas — quiero que tú y Dominó intentéis hacer un seguimiento de lo que estuvo haciendo esos dos días en Londres, seguro que Roberto y Natalia nos pueden echar una mano. Creo que todavía siguen allí.

—De acuerdo, pero me has dejado chafada al decirme que no ha sido él.

—Ya me lo imagino, luego te llamo.

—Adiós

En el coche estuvo decidiendo cuál sería la mejor estrategia, hasta que se decidió a llamar a Adelaida.

—Hola, soy Germán, si no es demasiado tarde, me gustaría enseñarle una carta y pedirle un favor...

Volvió a las once de la noche a casa y encontró a Isabel dormida en el sofá, agotada. La cogió en brazos y la llevó a la cama, ella se despertó en el pasillo por el que Germán se movía a oscuras, pero no se asustó, sino que se abrazó a él y le dio un beso en el cuello.

—Has venido muy tarde — su beso consiguió que a Germán se le acelerara el pulso — empezaba a pensar que habías encontrado otro sitio donde dormir — bromeó

—Aunque me acueste con otras, sabes que siempre volveré — contraatacó y ella sonrió cerrando los ojos de nuevo. La metió en la cama, la arropó y le dio un beso en los labios, ella intentó alargarlo, pero él rio por lo bajo y protestó,

—Estás demasiado cansada, prefiero que sepas lo que está pasando — ella gruñó negando el cansancio, pero antes de darse cuenta había vuelto a quedarse dormida. Germán se desvistió en el baño y luego se metió en la ducha porque esa noche dormiría poco. Tenía muchos cabos que atar.

A las seis y media salía de casa. Antes, le había dejado una nota a

Isabel informándole de la reunión que se había convocado seis horas antes. Mientras conducía hasta su oficina volvió a repasar lo que había decidido, esperando que fuera la mejor solución para todos. El primero en llegar al Centro de Investigaciones Especiales fue Enrique Llorente, el director del CNI, que fue puntual. Después lo hizo el ministro, Agustín Argüelles, que llegó cinco minutos tarde y que se deshizo en disculpas.

Los dos hombres habían pedido a sus escoltas que esperaran fuera de la casa. El ministro, además, había venido acompañado de un coche de policía que se quedó aparcado en la puerta, y uno de sus guardaespaldas insistió en comprobar toda la vivienda antes de dejar que entrara su jefe. Germán, mientras, preparó una jarra de café con la que llenó tres tazas que llevó a la sala de reuniones.

Los dos lo esperaban hablando en voz baja hasta que él entró y cerró la puerta, dejó dos tazas en la mesa y se quedó con una,

—He hecho café — ellos lo agradecieron con un murmullo y cada uno cogió una. Cuando leyó lo que ponía en la del ministro: “No es verdad que sea un borde y si no te lo crees ¡que te jodan!”, Germán se atragantó con el café y comenzó a toser. Dominó había comprado tazas con frases divertidas para todos, pero no se había acordado de ese detalle al servir el café esa mañana. El Ministro giró la taza para leer la frase y al contrario de lo que pensó Germán, soltó un par de risitas.

—No parece propio de ti, Germán

—Lo siento señor, se la cambio ahora mismo — pero él se la llevó a la boca y bebió un trago.

—Me han dicho cosas peores y el café está bueno — volvió a leer la frase después de dar un sorbo — y me gusta la taza, puede que me la quede — el poli asintió sonriendo, pero entonces Enrique les enseñó la suya, en la que ponía “No estoy diciendo que yo sea Batman, solo digo que nadie nos ha

visto a Batman y a mí, juntos, en la misma habitación”, y comentó,

—Con la mía has acertado — el ministro rio después de leerla, y Germán hizo un gesto hacia los asientos deseando entrar en materia

—Cuando se sienten, podemos empezar — cuando lo hicieron, Enrique lo miró fijamente.

—No sé lo que opinará Agustín, pero yo estoy cansado de escucharte hablarnos de usted — miró al ministro — yo prefiero que me tutee, creo que se lo ha ganado.

—Estoy de acuerdo — confirmó Agustín Argüelles, Germán después de pensarlo un par de segundos asintió,

—Gracias, entonces empezaré con lo que os tengo que decir — miró a Enrique y le dijo — antes de nada, quiero pedirte disculpas porque esta reunión no la mantengamos a solas, pero creo que, cuando conozcas los hechos, entenderás porqué es necesario que esté presente el ministro — suspiró dándose unos segundos para ordenar sus ideas. El general asintió, aunque tenía cara de cabreo, porque sabía a qué se refería. El ministro, sin embargo, los miraba extrañado.

—Me preocupó desde el principio la relación que había entre Gilda y Peter, su hermano, y la que ambos tenían con los asesinatos. Y como entre el asesinato de Londres y el de Madrid había tantas similitudes, no tuve dudas de que los había cometido el mismo asesino, por eso pedí que comprobaran si Peter había estado en Londres en esa fecha — miró al ministro que parecía atónito — y la respuesta es que sí. El día del asesinato estuvo allí y volvió a Madrid al día siguiente. Gilda, sin embargo, no se movió de Madrid, aunque reconozco que, de los dos y para mí, el único sospechoso desde el principio era Peter — el general respiró aliviado.

—También pedí información sobre su pasado que ha resultado ser muy interesante: mantenía un altísimo nivel de vida, consumía drogas y estuvo

involucrado en un robo de joyas, pero su hermana le sacaba de todos los líos en los que se metía. Podríamos decir que es el típico golfo al que siempre le han solucionado la papeleta — Enrique asintió con el semblante muy serio,

—Sí, ella es irracional en todo lo que tiene que ver con Peter, no hay manera de hacerle entender que su actitud con él es lo peor que podría hacer.

—Por eso tenías miedo ¿no?, temías que él hubiera matado a los frailes y que ella estuviera ayudándolo.

—Sé que Gilda no haría daño a nadie conscientemente — se pasó la mano por el pelo que se mantenía de punta al estar tan corto — pero, por salvar a su hermano... — suspiró — no lo sé — el ministro explotó,

—¿Estáis los dos locos?, ¿qué razón iba a tener su hermano para matar a esos pobres frailes, por Dios? — Germán miró al general que desvió la mirada y él mismo contestó al ministro.

—¿Conoces la historia familiar de Gilda?

—Sí, sus padres murieron cuando eran muy jóvenes y ella se hizo cargo del hermano.

—Exactamente, pero la situación económica de la familia era muy mala, su padre solo les había dejado deudas. Y, sin embargo, Peter fue a un colegio caro, veraneaba en Marbella y esquiba en los Alpes. Derrochaba un dinero que no tenían — el general replicó enfadado.

—¡No creo que eso tenga ninguna importancia! — Germán entendió por qué no quería que siguiera hablando, pero tenía que hacerlo para que se entendiera bien lo ocurrido.

—Veo que sabes lo que tuvo que hacer Gilda en aquella época para que su hermano pudiera vivir así — el general asintió, y Germán, al ver lo mal que lo estaba pasando, le dijo

—Enrique, tú me conoces, no estoy contando esto porque me apetezca, todo tiene una explicación. Confía en mí unos minutos más, por favor — lo

aceptó, aunque parecía a punto de perder la paciencia — Gilda se sintió y se sigue sintiendo responsable de su hermano, y decidió ejercer la única profesión que, en ese momento, le produciría dinero en cantidad suficiente para que Peter viviera como un miembro de la alta sociedad — el ministro, cabizbajo, disimuló mirando su taza sin querer ver la expresión de Enrique — los dos provienen de un largo linaje de nobles ingleses: los Fitzwilliam. Uno de ellos, William Wentworth-Fitzwilliam, el cuarto conde de la dinastía, era un apasionado de la música barroca sobre todo de las obras de Scarlatti, y compraba todo lo que podía que le recordara a ese compositor, hasta hacerse con la mayor colección de instrumentos y partituras de música barroca.

—Germán, agradecería que fueras al grano — el general estaba muy nervioso, pero el ministro no iba a consentir que molestara a Germán después de la delicadeza que estaba demostrando “su” inspector.

—Un poco de paciencia, Enrique — el poli agradeció su intervención y continuó.

—Scarlatti tuvo muchos alumnos, pero solo uno que lo superara: el padre Antonio Soler, un fraile que vivió casi toda su vida en el Monasterio del Escorial — de repente, los dos hombres le prestaron toda su atención — creo que el Lord inglés se interesó por este músico gracias a una carta que le enviaron desde el Monasterio, aunque no sé si la escribió el fraile o el Infante Gabriel, un hijo de Carlos III — aclaró — quien quiera que la escribiera, lo hizo para saber si tenía en su poder el manuscrito de una obra de teatro de Shakespeare.

—¿Un manuscrito original? — el general parecía extrañado.

—Sí, su valor sería incalculable porque casi todos los manuscritos de Shakespeare se quemaron en un incendio. El lord contestó en otra carta que sí la tenía y le ofrecieron a cambio 27 sonatas manuscritas del padre Antonio Soler. Llegaron a un acuerdo y se realizó el intercambio en secreto — bebió

un trago de café porque tenía la garganta seca — más tarde veremos los motivos que tenía el Infante para actuar de esta manera, pero lo importante aquí es que, con la disolución del título, el último lord dejó los manuscritos concernientes al siglo XVII al padre de Gilda y de Peter — los dos hombres lo miraron asombrados.

—¿Quieres decir que el manuscrito de Shakespeare si existiera todavía, legalmente sería de ellos? — el ministro miró a Enrique que era quien había hecho la pregunta

—Personalmente no lo creo, porque su legítimo dueño hizo un trueque por propia voluntad, pero suponiendo que la otra parte no tenga herederos, podrían pelearlo en los tribunales aduciendo que su antepasado no conocía el valor real del manuscrito. En ese caso la demanda podría prosperar.

—¿Cómo que no tiene herederos? — el ministro estaba indignado — ¿y la Casa Real o Patrimonio Nacional?, ese manuscrito pertenece al pueblo español.

—Eso suponiendo que el Infante Gabriel lo hubiera cedido a la Corona, pero no fue así porque él quería que fuera para los herederos de Cervantes — se inclinó hacia ellos con una sonrisa — ahora viene lo más increíble de todo porque precisamente la obra de la que hablamos “La historia de Cardenio”, se la regaló Shakespeare a Cervantes mediante una carta y Gabriel de Borbón dedicó gran parte de su vida a encontrar a algún heredero directo de Cervantes, a quien poder entregársela.

—Nunca había oído nada parecido — el ministro estaba muy sorprendido — ¿estás seguro de que esta historia es cierta?

—Mirad — les pasó la fotocopia de la carta del Infante, y cuando terminaron de leerla, ninguno de los dos sabía qué decir — este es el motivo real de los asesinatos. Y ahora os contaré cuál creo yo que ha sido la participación de Gilda y de Peter en este asunto.

—Sé que Gilda ayudó a la comunidad agustina hace unos años, para que no salieran a la luz pública las actividades que realizaba uno de los frailes. Era un hombre muy problemático al que le gustaba salir por la noche, beber y que incluso utilizaba los servicios de algunas prostitutas de la zona. Una noche estaba borracho cuando estrelló su coche contra una farola, el prior, asustado, pidió ayuda al Ministerio y le enviaron a Gilda que consiguió tapar el asunto. Desde entonces el prior sabe que le debe un gran favor — miró a Enrique

— Gilda y Peter deben haber oído rumores durante toda su vida sobre lo que había ocurrido con el manuscrito. ¿Os lo imagináis?, seguro que pensaron que les correspondía por derecho y que el Infante español había engañado a su antepasado inglés. Entonces, Gilda ve una oportunidad debido al favor que ha hecho a los frailes y pide al padre Benito que, si alguna vez oye algo sobre un manuscrito de Shakespeare, que se lo diga a ella antes que a nadie — miró al general — ayer, el prior me confesó que se lo había dicho hace semanas y que a él se lo había contado Salvador, el primo de Alejandro, al que asesinaron en Londres.

—Alejandro, cuando habló con su primo estaba muy emocionado porque había creado con dos amigos una sociedad secreta, con el fin de buscar un manuscrito de Shakespeare que pensaban devolver a su legítimo dueño. Salvador se lo contó al prior preocupado por la salud espiritual de su primo, ya que pensaba que se estaba haciendo masón, por lo de la sociedad secreta — el general palideció

—Creía que decías que no... — Germán levantó una mano para que no siguiera hablando,

—Espera, por favor. Gilda se lo dijo a su hermano en un impulso estoy seguro, como también lo estoy de que después se arrepintió de haberlo hecho y le prohibió hacer nada, pero él no le hizo caso. Entonces debió de discutir

con él y Peter amenazó con hacer pública la...profesión que Gilda tuvo cuando era joven. Creo que la ha estado chantajeando — la cara del general se endureció.

—Pero ella sabe que puede contármelo y en un día podía haber solucionado el problema.

—No he hablado con ella, pero creo que se sigue sintiendo responsable de su hermano, aunque a la vez teme que la gente se entere de su pasado, sobre todo por ti. Es mi opinión, pero es la única manera de que encaje todo.

—Pero — el ministro lo miraba desconcertado — ¿entonces Peter no es el asesino?

—No, es un sinvergüenza y un vago que se ha aprovechado de su hermana toda la vida, y si yo fuera Enrique, tomaría las medidas necesarias para mandarle lo más lejos posible y que os dejara vivir en paz — el general asintió apretando la mandíbula de tal manera, que Germán “casi” lo sintió por Peter — por las cámaras de la Biblioteca Británica sabemos que estuvo allí a la hora del asesinato, pero estoy seguro de que no tuvo nada que ver, me parece más posible que descubriera el cadáver y saliera corriendo. Por cierto, en cuanto al tema de las cámaras, cuando hablé con Enrique y me confirmó que a ellos tampoco les entregaba los vídeos Scotland Yard, me pareció muy curioso. Además, con el pasado de Peter, ¿no os sorprende que tenga tan buenos contactos con la policía inglesa?, no creo que haya estado nunca en las mejores relaciones con ellos.

—Sí, es raro, desde luego — el ministro miró al general que se dio cuenta de por dónde iba Germán y por eso continuó con su argumentación,

—A menos que...ellos estuvieran informados de todo y que por eso no quisieran que viéramos la prueba de que Peter había estado allí.

—¡Exacto! — Germán se echó hacia atrás en la silla sonriendo — eso es. Creo que les contó lo del manuscrito intentando conseguir un comprador,

y que por eso contaba con el apoyo de Scotland Yard

—O sea que los ingleses nos han enviado a ese inútil — el poli se encogió de hombros

—Eso ya lo tendrás que averiguar tú — Enrique asintió, cabreado

—Lo haré — pero Agustín necesitaba saber.

—Entonces, ¿quién ha sido? — estaban desconcertados.

—Me quedan un par de cosas por aclarar, pero creo que podré responder a todas vuestras preguntas esta noche. Luego os mandaré una convocatoria, pero me ha parecido mejor aclarar esto antes entre nosotros — el general, que sentía que se le había quitado un peso del pecho, sonrió al preguntar

—¿Vamos a tener la suerte de asistir a otra de tus impresionantes puestas en escena? — Germán le devolvió la sonrisa

—Con descubrir al asesino, me conformo — entonces el ministro le preguntó

—Pero ¿has encontrado el manuscrito?

—Todavía no — respondió con una sonrisa aún mayor — pero espero conseguirlo hoy mismo.

El prior había cumplido su palabra y Damián estaba esperándolos.

—Buenos días, inspector

—Hermano Damián ¿no es así? — el religioso asintió — permítame presentarle a Adelaida Gallego y a su marido Pierre Chausier, ambos son historiadores y músicos.

—Creo que primero los tengo que acompañar a la Biblioteca — cuando entraron en la sala principal, Adelaida sacó un par de hojas dobladas de su bolso que abrió y que comenzó a ojear. Germán echó un vistazo a la puerta que conducía al despacho del bibliotecario y preguntó

—¿Y el padre Beltrán? — el fraile susurró al contestar como si el

anciano pudiera escucharle a través de las puertas cerradas,

—Hoy es el funeral de los dos hermanos fallecidos, por eso casi todos los hermanos están rezando en la basílica — exactamente en eso había quedado con el prior el día anterior porque no quería que ninguno de los frailes viera lo que estaban buscando — y díganme, ¿qué desean ver? — Adelaida se acercó a ellos para precisar, leyendo de una de las hojas

—Primero, un libro de partituras que se titula “Seis conciertos de dos órganos obligados, compuestos por el padre Antonio Soler para la diversión del serenísimo Infante de España Don Gabriel de Borbón” — Germán estaba seguro de que solo escuchando el título había envejecido dos años.

El fraile los dejó instalados en una mesa larga bajo una ventana, mientras buscaba entre los libros de una de las estanterías que estaban en medio de la biblioteca. Minutos después volvió con uno estrecho y alto que dejó a su lado y cuya encuadernación parecía muy deficiente, Germán lo cogió extrañado de que a nadie se le hubiera ocurrido volver a encuadernarlo, porque le faltaban trozos de piel y no se leía bien el título. Se lo pasó a Adelaida y el fraile al ver su expresión, se explicó:

—Se cree que lo encuadernó el mismo Antonio Soler, por eso, no han querido encuadernarlo de nuevo — Adelaida lo trataba como si fuera un tesoro, y al ver que el fraile permanecía de pie le dijo sonriente,

—Si necesitamos algo más se lo diremos, hermano — el religioso se fue con el ceño fruncido porque no había podido ver lo que se traían entre manos. Entonces Adelaida sacó un libro pequeño del bolso, y Germán leyó el título sorprendido

—¿Es el mismo libro? — ella asintió mientras comparaba hoja por hoja los dos libros que estaban abiertos ante ella, y luego contestó con una sonrisa irónica,

—Aparentemente — Germán miró a su marido, pero el francés se

había levantado y estaba mirando las estanterías con la misma expresión que tendría un niño en una tienda de juguetes. Germán ya se había dado cuenta de que era un hombre que no hablaba a menos que fuera imprescindible. Miró su móvil y vio algunos correos nuevos, y mientras los leía y contestaba un par de ellos, pasaron veinte minutos antes de que Adelaida dijera,

—¡Aquí está! — Germán levantó la cabeza para ver cómo lo miraba sonriente, luego llamó en voz baja a su marido y le pidió que se sentara a su lado, explicándole algo en francés. Mientras su marido comparaba las partituras, le explicó, muy emocionada:

—Germán, como ya le dije, he estudiado a fondo la obra del padre Soler — con un movimiento elegante de su mano, señaló los libros — y estoy acostumbrada a sus partituras, sus saltos amplios, los cruces repetidos de las manos y los pasos escalares en tercias o sextas — al ver la mirada suplicante del policía abrevió — perdón, quiero decir que era un organista extraordinariamente habilidoso, por eso sus composiciones no son fáciles de tocar, pero en el Concierto n ° 4 en Fa Mayor, hay algo raro.

—¿Qué es? — ella sonrió como si los Reyes Magos en persona le hubieran traído un regalo inesperado.

—En la partitura de este libro copiado y encuadernado por él, aparece un signo musical que se llama “calderón” y que no está en el resto de las copias. Conozco muy bien esta obra y nunca la había visto escrita de esa manera.

—¿Y qué diferencia hay con la otra partitura, ese símbolo cambia las notas? — ella frunció el ceño y negó con la cabeza

—No, el calderón lo único que hace es que se alargue la nota, generalmente al doble de tiempo de lo que sería normal — se quedó un momento pensando y preguntó al policía — ¿cree que eso...?

—Sí, creo que el compartimento secreto solo se abrirá siguiendo

estrictamente la partitura original, por eso la encuadernó él mismo y la dejó preparada para cuando volviera el Infante.

—Estoy deseando intentarlo — estaba entusiasmada — ¿le decimos al fraile que nos lleve a la Casita del Infante?

—De acuerdo — se levantó para hablar con el hermano Damián, quien los acompañaría a la antigua residencia del Infante, donde podrían comprobar si su teoría era correcta.

## DIECISÉIS

Estaban llegando al monumento cuando cogió su mano y la besó, intentando tranquilizarla,

—Hoy se acabará todo — ella lo miró, pero no pudo sonreír.

—Lo sé, pero tengo un mal presentimiento — él asintió muy serio.

—Yo también, pero va a haber agentes por todas partes — Isabel inspiró profundamente

—Ya. Lo malo es que cuando acorralas a una alimaña suele atacar a todos los que están a su alrededor. Al menos espero que después de esto Gilda y Enrique solucionen sus problemas, ¿crees que lo harán?

—Creo que sí, aunque él me dijo que llevaba un par de días durmiendo en el CNI. Pero se quieren de verdad y ya han estado demasiados años separados — Isabel volvió a comprobar su arma.

—¿Llevas el chaleco?

—Sí ¿y tú?

—También, y los demás compañeros tienen órdenes de llevarlo. Saben que tienen que estar alerta, porque es posible que haya escondido algún arma en el Monasterio — aparcaron frente al monumento que estaba iluminado porque eran cerca de las once de la noche.

El prior le había asegurado que a esa hora no habría nadie aparte de los frailes. Antes de entrar, Germán estuvo hablando con dos subinspectores de la comisaría de Villalba que estaban apoyando la operación,

—Muchas gracias por venir, ¿tenéis alguna duda? — había estado coordinando la operación gran parte de la tarde a través del Ministerio. Después de asegurarle que tenían todo claro y que los agentes de su comisaría ya estaban en posición, atravesaron el Patio de los Reyes al final del cual

estaba el padre Damián

—Ya están todos dentro, alguno lleva esperando más media hora — Germán sabía que se habían retrasado, pero había costado más tiempo del que esperaba organizarlo todo.

Cuando subieron al coro vieron a todos sus “invitados” sentados en los bancos, frente al clavecín que habían traído de la Casita del Infante.

De izquierda a derecha estaban: el prior, el bibliotecario, el profesor; en el segundo banco se encontraban Guzmán (el listo), Eduardo, Ismael y Salvador (el primo de Alejandro); en el tercer banco el hermano Javier (el enfermero) y a su lado Claudia con Iñigo. Cuando había llamado a los padres de Laura, le habían contestado que no se sentían con fuerzas para asistir, pero que lo haría Claudia en su lugar, aunque Germán no esperaba verla acompañada por Iñigo después de la discusión que había escuchado entre los dos. A continuación, estaban Adelaida y Pierre, y detrás el Genio, al que le encantaba ver las conclusiones de sus casos, Agustín Argüelles y Enrique Llorente, ambos habían decidido que no acudieran ni Gilda ni Peter para evitar confusiones.

Y en el último banco, tal y como Germán había pedido, se había sentado Lorenzo acompañado de dos policías uniformados. El chaval sonrió al poli en cuanto lo vio a pesar de su palidez y de la visible herida en su sien.

Había agentes repartidos por toda la basílica, pero en el coro no cabía absolutamente nadie más. Isabel se colocó detrás de los bancos pegada a la pared y junto a Dominó y él lo hizo ante todos ellos, junto al clavecín.

—Buenas noches a todos, y perdón por la hora, pero era la única forma de hacer esto — posó su mano sobre el famoso instrumento — Para los que no lo sepáis, esto es un clavecín, yo no había visto ninguno hasta esta mañana. Este en concreto fue un encargo del Infante Gabriel de Borbón a, esperad que voy a mirar mi chuleta para no equivocarme (sacó las notas que

le había dictado Adelaida), un famoso artesano de la época: D. José Casas.

Es un clavecín de cámara de dos fachadas y dos teclados, la factura se expidió con fecha 11 de diciembre de 1773, aunque no fue entregado hasta 1775, es decir que tiene casi 250 años. Se conserva bien para su edad ¿verdad? — todos se quedaron mirando el piano, que tenía unas preciosas incrustaciones de marquetería y que estaba perfectamente conservado — pero hay algo que no es del dominio público y es que, después de que el artesano lo entregara en el Monasterio, el Infante encargó a un relojero de la Villa del Escorial llamado Manuel Terelló, que le hiciera unas modificaciones “especiales” — ninguno de los que lo escuchaban parecía saber de qué estaba hablando — el señor Terelló era conocido en toda Europa porque sus relojes siempre tenían compartimentos ocultos — en ese momento comenzaron a mirar el instrumento con interés — para poder entender el motivo de este encargo, os voy a leer una carta que había escondido Laura Barco en su casa — sacó la copia y comenzó a leer:

### **Casita del Infante, 5 de noviembre de 1788**

**Soy Gabriel de Borbón, Infante Real e hijo del Rey de España Carlos III, por la Gracia de Dios**

**Escribo esta carta desde la cama en la que voy a morir en los próximos días, como lo hicieron primero mi hijo a los pocos días de nacer y una semana después, mi querida esposa. Cuando ella murió yo ya estaba contagiado por la viruela, la misma enfermedad que se los llevó a los dos. No temo a la muerte porque siempre he intentado ser un hombre bueno, pero hay algo que he ocultado a todos, excepto a mi profesor de música, el querido Padre Soler, ya fallecido y que necesito**

confesar. Ojalá tenga suerte y el que esté leyendo esta carta esté interesado en hacer justicia.

Siendo adolescente encontré por casualidad, entre las páginas de un libro, una carta del escritor inglés William Shakespeare dirigida a Miguel de Cervantes. Mi profesor de música tuvo que traducirla porque yo por entonces no conocía la lengua inglesa, en ella Shakespeare recordaba su visita a España, en la que había conocido a Cervantes y que este le había regalado una edición del Quijote. También decía que cuando lo había leído, se había basado en uno de sus personajes para escribir una obra de teatro: La historia de Cardenio. Por último, confesaba que había oído hablar de los problemas económicos de Cervantes, por lo que le cedía la propiedad esa obra para que la utilizara como quisiera.

Decidí ocultar mi accidental descubrimiento hasta poder investigar un poco más, algo que con tan poca edad ya me gustaba sobremanera.

Antes de continuar, para que el que esté leyendo estas líneas pueda entenderme, he de explicar cómo funciona en estos asuntos la corte de mi padre. Cuando yo hubiera comunicado la existencia de dicha carta, esta sería catalogada, valorada y estudiada minuciosamente por varios expertos, y jamás consentirían que el legítimo propietario o sus herederos, la recuperaran.

Yo sabía que Cervantes había vivido escaso de posesiones y había muerto de la misma manera, por eso cuando la leí, lo primero que pensé fue que me encantaría encontrar la obra de teatro a la que se refería la carta, para entregársela a los herederos del mejor escritor que ha tenido la lengua española.

Ese era mi propósito, la búsqueda del heredero y del manuscrito. El último lo encontré en Inglaterra de donde nunca había salido porque

**el amigo de Shakespeare, al que se lo confió para que lo entregara a Cervantes, abusó de dicha confianza y lo vendió al mejor postor, y yo lo recuperé gracias al querido Padre Soler que tuvo que entregar a cambio 27 de sus sonatas a Lord Fitzwilliam.**

**Pero fallé al encontrar al heredero, no pude hacerlo a pesar de que lo intenté con todas mis fuerzas. Hice varias visitas a Italia, incluso viví allí algunos años porque había encontrado el rastro de un hijo bastardo de Cervantes, Promontorio Parisi, que fue soldado como su padre, pero su rastro se perdía después de unos años en Nápoles.**

**Rezo porque el que encuentre este escrito, tenga más éxito donde yo fracasé y sea capaz de entregar este tesoro tanto tiempo escondido a su legítimo propietario.**

**Imagino que el que esté leyendo esta carta se preguntará dónde están la carta y el manuscrito de Shakespeare, y para estar seguro de que eres la persona que merece encontrarlo solo te repetiré una frase que siempre me decía mi maestro de música:**

**“Hay que seguir la partitura al pie de la letra, es la única manera de estar seguro de que la música será la correcta”**

**Cuando esta carta esté terminada la doblaré para esconderla en la primera edición de mi traducción de las obras de Salustio, que un sirviente de mi confianza devolverá después a la biblioteca del Monasterio. El motivo de ponerla en ese libro en concreto es porque estoy seguro de que pocos lo leerán desgraciadamente, e intentando que el que la encuentre al menos sea un hombre culto. Ruego a Dios que**

**también sea justo.**

**Estoy en paz, mi confesor acaba de marcharse después de darme la absolución, solo me queda terminar esta petición de ayuda a un alma honrada. Gracias, si eres esa persona.**

**Gabriel de Borbón,  
Infante de España**

**P.S. Una última cosa, si vas a tocar esa partitura, te recomiendo que lo hagas en mi nuevo clavecín.**

La cara de todos cuando terminó la carta era impresionante, entonces, Germán hizo un gesto a Adelaida y a su marido que se acercaron para sentarse ante el instrumento, y ella colocó el libro original del padre Soler de forma que pudieran leerlo los dos,

—Van a tocar el Concierto n ° 4 en Fa Mayor del padre Soler, uno de los que escribió para Gabriel de Borbón, por favor, os pido que estéis muy atentos al sonido y al clavecín — se apartó un poco y se apoyó en una columna cruzando los brazos, y comenzaron a escucharse los alegres sonidos de la música. El clavecín estaba colocado como él había pedido, de frente a los sospechosos, para que todos pudieran ver lo que ocurría y los intérpretes, lógicamente, estaban de espaldas a ellos.

Cuando llegó el momento, después de una nota especialmente larga, la del calderón, sonó un chasquido en la madera y se levantó un rectángulo de marquetería del frente del clavecín, dejando un hueco de unos veinte centímetros de ancho por diez de alto, pero Adelaida y su marido continuaron tocando como Germán les había indicado. Dentro del compartimento que

había quedado a la vista, se podía ver un fajo de papeles con aspecto antiguo, Germán estaba preparado para la reacción del asesino, pero, de repente se escuchó una fuerte explosión que hizo que el suelo temblara y que, después de unos segundos de incredulidad, la mayoría corriera a la balaustrada para ver qué había ocurrido en la planta de abajo.

Había varios bancos destrozados y un agente caído junto a ellos a quien ya socorrían sus compañeros, la bomba debía estar justo debajo del coro y por eso había sonado tan fuerte. Germán entonces escuchó gritos detrás de él y se volvió con rapidez maldiciendo al ver que el asesino tenía a Isabel sujeta por el cuello con un brazo, mientras mantenía la punta de uno de sus bisturís sobre su carótida. La obligaba a caminar hacia las escaleras utilizándola como escudo. Con su cuerpo pegado al de la policía y con la determinación brillando en sus ojos, se dirigió a Germán,

—Ya sabes de lo que soy capaz, así que si quieres que siga viva, dame lo que hay dentro del órgano — Germán miró a Isabel, que le pedía perdón con la mirada, cogió los papeles y se los dio, entonces y por pura maldad el profesor apretó el filo del bisturí en el cuello de Isabel lo suficiente para que saliera un poco de sangre, y Germán entrecerró los ojos deseando matar por primera vez en su vida.

—Si le haces daño, te mataré. Te lo juro — el profesor pareció sorprendido por la amenaza, y le contestó

—No le haré nada, si dejáis que me vaya — Isabel negó con la cabeza suavemente para que Germán no lo consintiera, mientras Pedro Ferrara le hacía bajar por las escaleras muy despacio, mirando a izquierda y a derecha y exigiendo que los policías los dejaran pasar,

—¡Que todo el mundo se aparte! — Germán los seguía a tres metros, sin dejar de pensar en cómo distraerlo para que la soltara, mientras el corazón le latía desbocado en la garganta.

—Germán — Amaro se puso a su lado y le susurró — no podemos dejar que salga de aquí, todos sabemos lo que pasará si lo consigue — él asintió — hay un GEO apostado fuera que puede dispararle a la salida, solo hay que autorizarlo — Dominó, que estaba detrás de Amaro, susurró

—Germán, si quieres puedo intervenir yo, soy buena disparando — él lo pensó durante un segundo y, aunque le costó la vida tomar esa decisión, lo hizo. Dominó había sido la mejor de su promoción en el campo de tiro.

—Ponte detrás de mí y cuando te de la señal, le disparas en el brazo con el que sostiene el bisturí — ella lo miró como si estuviera loco

—Había pensado en una pierna — susurró mientras seguían bajando despacio — si le disparo en ese brazo, por la posición puedo herir a Isabel

—Pero lleva chaleco. Intenta dispararla en el hombro, donde está protegida, prefiero que la hieras tú a que la mate ese cabrón — Amaro abrió la boca, pero no se atrevió a decir nada al ver la cara de Germán. Finalmente, Dominó asintió y quitó el seguro de su arma.

—¿Cuál es la señal?

—Cuando aparte un poco el bisturí del cuello, para estar seguros de que no la hiere por error, diré tu nombre.

—De acuerdo — Germán, tragó nervioso y avanzó pasando junto al banco donde había estallado la bomba. Pedro Ferrara se movía despacio porque se giraba continuamente para estar seguro de que no lo atacaban por la espalda.

—¡Pedro! — se volvió hacia él y sonrió al ver la preocupación del policía — me imagino que te habrás sorprendido al ver a Lorenzo aquí, estoy seguro de que te arrepientes de haberlo dejado con vida — el profesor miró hacia arriba donde el adolescente observaba desde la balaustrada, junto a los policías que lo protegían y el resto de los “invitados”, luego volvió a mirar a Germán

—¡No tienes ni idea!, no sabes por qué lo he hecho y nunca lo sabrás.

—Te equivocas. Has asesinado a cinco personas porque eres heredero de Cervantes, aunque no tan directo como Lorenzo — escuchó los sonidos de sorpresa que bajaron del coro, pero no dejó que lo distrajeran — Cuando él ingresó en el hospital después de tu intento de asesinato, me fijé en su apellido: Parisi, y recordé la historia de Promontorio Parisi el hijo de Cervantes. Entonces comprobé los apellidos de todos los sospechosos y tú te apellidas Ferrara Parisi; y he dicho que asesinaste a cinco personas, porque incluyo al padre de Lorenzo, al que mataste porque él era un heredero más directo de Cervantes, lo mismo que le pasa a su hijo ahora — sabía que eso lo indignaría y cuando vio que se cabreaba, Germán susurró a Dominó que caminaba pegada a su lado,

—Atenta.

—¡Toda la vida estudiando y trabajando en la obra de Cervantes, desde que supe que era heredero suyo para que un estúpido pueblerino que no sabía sobre sus obras me quitara lo que es mío! — gesticuló un poco con la mano, llevado por la ira, y Germán aprovechó

—¡Dominó! — ella apuntó en un segundo y disparó conteniendo la respiración, el resultado fue que Pedro e Isabel cayeron al suelo. Germán corrió hacia ella mientras varios agentes inmovilizaban al profesor que se debatía contra ellos, a pesar de estar herido en el brazo.

Solo cuando se arrodilló a su lado y vio que el chaleco había parado la bala, pudo volver a respirar.

—¡Gracias a Dios! — desabotonó la camisa de Isabel por la parte superior, quitó el velcro del chaleco y metió la mano por debajo para frotar suavemente en el hombro el lugar del impacto, porque sabía lo doloroso que era. Isabel lo miraba con cara de cabreo y dijo,

—¿Lo del disparo ha sido idea tuya? — él asintió, ayudándola a

sentarse,

—¡Joder, como duele! — la abrazó con fuerza y ella le susurró

—Ya sabía yo que iba a pasar algo — se levantó ayudada por él y se tocó el hombro donde con seguridad le saldría un cardenal. Dominó se abrazó a ella muy emocionada.

—Gracias — Isabel se separó sorprendida al ver que su amiga tenía los ojos húmedos — ¡venga ya! No tendrías dudas ¿verdad?, todos sabemos lo bien que disparas.

—Estaba asustada — Genio las miraba desde arriba con cara de haberlo pasado mal.

El profesor estaba siendo atendido por un médico de la ambulancia que acababa de llegar, cuando Germán vio que el bibliotecario y los hermanos Guzmán y Javier, habían aprovechado el desconcierto general para escapar y ya estaban en la puerta de la basílica, pero el policía avisó a los agentes que estaban custodiándola,

—¡No los dejéis salir! — el prior, que se acercaba andando con dificultad ayudado por Salvador, susurró a Germán,

—El padre Beltrán no se encuentra bien inspector, y me ha pedido permiso para que lo ayuden a llegar a su habitación — Germán no creía haber conocido nunca a nadie tan ciego como aquel anciano.

—Lo siento padre, pero los tres son tan culpables como el profesor — entonces se los señaló al subinspector de la comisaría de Villalba — estos son los tres de los que os he hablado, detenedlos, por favor — todos los que estaban en el coro habían ido bajando hasta encontrarse, en ese momento, rodeando al grupo del Centro de Investigaciones Especiales. Uno de los policías que había detenido al profesor, al que ya se llevaban después de que el médico le hubiera hecho una primera cura, le trajo los papeles que había dentro del compartimento secreto,

—Tenga, señor.

—Gracias, pero estos papeles no tienen ningún valor — todos lo miraron con cara de alucinados y él hizo una mueca al verlo

—Padre — se dirigió al prior — ¿le parecería bien que terminara aquí mi explicación? Lo haré lo más rápido posible — el religioso, que ya se había sentado en un banco, asintió

—Sí, inspector, yo creo que todos estamos deseando saber qué ha ocurrido — desvió un momento la mirada hacia el altar — y estoy seguro de que al Señor no le importará.

—De acuerdo — señaló al grupo de bancos que había ante ellos, alejados de los que había destruido la bomba y todos, excepto él, se sentaron. Metió las manos en los bolsillos de su pantalón en una de sus posturas características, y comenzó a hablar,

—Cuando llegué al escenario del crimen de Félix me ocurrió lo que, a todo el mundo, que pensé que tenía que ser alguien de dentro. Porque ¿cómo iba a escapar un extraño atravesando la lonja del Monasterio lleno de sangre? Era imposible. Además, comparándolo con el asesinato de Londres, allí el asesino utilizó un chubasquero, lo que me hizo pensar que aquí no lo necesitaba porque era alguien de dentro. Y si el culpable era un fraile, en el hábito negro no se verían las manchas de sangre. Más tarde, se me ocurrió que cualquiera se podría haber puesto un hábito y hacerse pasar por un hermano más, pero los demás religiosos sabrían que no es uno de ellos y nos lo hubieran contado. A menos que — miró a Lorenzo que fue quien le había dado la clave — ese fraile fuera encapuchado — el prior y Salvador se miraron entre sí y luego lo miraron a él — de vez en cuando, algunos frailes hacen una especie de retiro espiritual o de promesa durante unos días, en ese tiempo siguen a rajatabla la regla del silencio y ninguno de los demás se puede dirigir a ellos, por ningún motivo. Esos frailes van encapuchados.

—Imaginaros que el profesor, que sabe todo lo que ocurre aquí por los motivos que ahora contaré, se pusiera un hábito cubriéndose además con la capucha. Pasaría entre ellos sin que supieran quien es, pero ninguno se atrevería a decirle nada. Así es como lo hizo, pero aún así me parecía muy difícil que escapara por la lonja así vestido. A pesar de que en la penumbra no se note la sangre sobre el hábito negro, a la luz del sol es diferente, ¿y si aparecía la policía antes de tiempo? no querría arriesgarse — se paró junto al prior — pero hay otra manera de escapar de aquí ¿verdad padre? — el anciano asintió

—Sí, la Mina.

—¡Exacto, la Mina! Unas galerías subterráneas que recorren la lonja hasta el pueblo del Escorial, donde se quitaría el hábito y pasaría desapercibido al salir. Así es como consiguió escapar cuando mató al hermano Félix — pensó durante unos segundos y continuó.

—Ya sabemos qué lo motivaba, pero ¿por qué asesinar a dos frailes y a una becaria que trabajaba a sus órdenes? — miró a Claudia que lloraba silenciosamente, abrazada por Iñigo — porque Alejandro, Félix y Laura habían encontrado la carta de Gabriel de Borbón que os he leído antes y habían decidido imitarlo, es decir, que iban a entregar el manuscrito al heredero de Cervantes. Para eso crearon una sociedad secreta que llamaron “Pro veritate et iustitia” “Por la verdad y la justicia”, algo enternecedor y que decía mucho sobre cómo eran estos tres chicos. Si os preguntáis porqué actuaban a escondidas, solamente tenéis que ver lo que ocurrió después.

El profesor tenía en el punto de mira a Félix y a Alejandro por la información que le habían dado el bibliotecario y Francisco, este último le repetía todo lo que hablaban los estudiantes mientras guardaba los libros, obedeciendo las órdenes del padre Beltrán. Pero hasta que Laura no le comunicó el título de su trabajo de fin de carrera, no supo que ella también

formaba parte de la sociedad — el ministro preguntó el título.

—¿Cómo se titula?

—“Cervantes en la vida de Gabriel de Borbón”, cuando ella, que no sospechaba de su profesor, le dio el título, él se dio cuenta de que tenía al enemigo en casa y fue cuando debió conseguir la clave de acceso de Laura a su ordenador, aunque no sé cómo lo hizo — se encogió de hombros — quizás simplemente viendo cómo la tecleaba alguna vez.

Le fue fácil acceder al portátil, ya que trabajaba como becaria en su departamento, y husmeando en sus correos se enteró de lo que los tres habían planeado hacer en Londres. Aprovecharían el congreso para fotografiar en la Biblioteca Británica la firma de Shakespeare, y la compararían con la de la carta.

—Aunque he pensado en varias ocasiones que fue algo innecesario ya que la podrían haber comparado por internet, creo que para ellos era algo simbólico. Otra prueba más, y como iban al congreso, no les costaba nada acercarse a verla. Pero Pedro siguió a Alejandro y lo asesinó, seguramente le diría que lo esperaba en el baño, que tenía que decirle algo importante y que esperara un par de minutos antes de seguirlo. Aprovechó ese tiempo para ponerse el chubasquero, fue una acción muy arriesgada, pero él estaba dispuesto a todo para conseguir lo que quería. Después, mató a Félix en el coro de la basílica y días después estranguló a Laura y la abandonó desnuda en el campo, para intentar aparentar un crimen sexual y alejar las sospechas de sí mismo. Pero no tengo dudas de que él fue el asesino — suspiró — en cuanto a cómo se enteró de lo que habían descubierto Félix y Alejandro, eso es debido a que hace años que tiene cómplices en el Monasterio — miró fijamente al prior — me refiero al bibliotecario, con el que estudió en la universidad, y a quien le ayudaba a vender algunos de los libros más valiosos de la Biblioteca para sufragar sus gastos caros — al prior parecía que le iba a

dar un infarto — por ejemplo la compra de una edición de “El Quijote” que tiene en su escritorio y que fue adquirida hace unos meses en una puja privada por 58.000 euros, y que intentó hacerme creer que se lo había dejado un sevillano para que lo tasara.

El padre Beltrán lleva expoliando el Monasterio desde hace años, ayudado en gran parte por su sobrino, el hermano Guzmán que es el amante del enfermero, el hermano Javier. Guzmán ha sido durante mucho tiempo el ejecutor del bibliotecario, y Javier el que nutría de drogas a Francisco para hacerlo aún más maleable para ellos.

—Y ahora llegamos a uno de los acontecimientos más tristes de este caso, el abuso psicológico de Francisco ejecutado sin piedad por el profesor y el bibliotecario durante años — volvió a mirar al prior que, como se imaginaba, había comenzado a llorar — Francisco tenía lo que llaman los expertos una inteligencia límite, lo que quiere decir que está por debajo de la media. Una persona con esta característica presenta dificultades en algunas áreas, como por ejemplo el autocontrol, la comunicación, las habilidades académicas o muchas otras. Y después de años de “trabajo” cruel en la mente de Francisco, el profesor había conseguido que creyera todo lo que le decía sin cuestionarlo y sin contárselo a nadie — miró a Enrique para asegurarse de que lo escuchaba — el día de la ponencia, después de la charla y de que se apagaran las luces, el profesor se sentó detrás del proyector, pero fue sustituido por Francisco en cuanto Alejandro salió de la sala.

—Pero él hablaba a la vez que pasaban las imágenes, eso es imposible — Dominó frunció el ceño mientras lo negaba.

—Sí, pero ¿no se te ha ocurrido que pudo poner una grabación?, Francisco solo tenía que hacer bulto, al fin y al cabo, estaba detrás de una columna, ni siquiera iban a ver su silueta; estaba allí por si alguien se levantaba y le preguntaba algo, o por si se encendían las luces. Al final

siempre podían decir que era algún tipo de broma.

—¿No tenía coartada? — Dominó estaba asombrada

—No, no la tenía. Cogió el ascensor que está enfrente de la sala, bajó al aparcamiento y cogió otro ascensor que le dejó en una puerta lateral de la Biblioteca Británica. Fue directamente a por Alejandro que sabía que estaría en la sección de Shakespeare y ya os he contado lo que debió decirle. Cuando volvió, tiró el chubasquero en una papelera que encontraron posteriormente, y volvió a la conferencia a tiempo para sentarse en su silla y que Francisco volviera a la suya como si nada hubiera pasado. Francisco era una persona fácil de influenciar y más utilizando algunas drogas de las que era experto el hermano Javier. El profesor lo convenció de que los asesinatos de Félix y Alejandro eran necesarios para que Dios los perdonara — los miró arrepentido porque se había saltado un dato importante — perdón, pero hay algo que os tengo que explicar antes de seguir — intentó ordenar todos los datos en su mente.

—Cuando los tres amigos crearon la sociedad secreta, puede que, como broma, mandaron acuñar unas cuantas monedas — sacó la suya y la dejó para que la pasaran de unos a otros — en una cara está la efigie de Cervantes y en la otra el nombre de la sociedad y debajo los símbolos de la masonería. Los católicos siempre han estado en contra de la masonería, y el Papa actual continúa con la tradición. Recordando una conversación que mantuve con Francisco creo que el profesor utilizó esos símbolos precisamente, para convencerle de que Alejandro y Félix se habían hecho masones. Francisco utilizó un versículo de la Biblia hablando conmigo que me resultó muy curioso, “Lucas 21-22: porque estos son días de venganza en los que se cumplirán las cosas que están escritas” y cuando intenté que me explicara lo que quería decir, salió huyendo y por supuesto el hermano Javier lo sedó, como hacía siempre que no le interesaba que hablara.

—Francisco se suicidó después del intento de asesinato de Lorenzo, dejando una nota que no creo que él escribiera, como tampoco creo que disparara la pistola que dejaron en su cuarto — se encogió de hombros — a pesar de eso tuvo su parte en los asesinatos, aunque lo hizo bajo el malvado dominio de Pedro Ferrara Parisi.

— ¿Pero ¿cómo es posible que no se defendieran, me refiero a Alejandro y a Félix? — sonrió levemente al ministro antes de contestar.

—Es cierto, los dos eran más jóvenes, altos y estaban más en forma que el asesino. La explicación es que antes de cometer el crimen los gaseó con óxido nítrico, lo que los durmió al instante. Aunque quedan muy pocas trazas en los pulmones porque se elimina fácilmente, los forenses después de pedirles que lo buscaran, han encontrado un leve rastro en la piel.

—¿A mi prima también la durmió? — Germán asintió sin contestar y Claudia pareció algo más aliviada, y el policía dio las conclusiones por terminadas, a pesar de que quedaban algunas cosas en el aire.

¡Hola!

Soy Margotte Channing, la escritora de esta novela, antes que nada, te pido disculpas por interrumpir tu lectura, ya sé que esto es distinto...

Quiero invitarte a participar en un concurso, para ganar una de mis **NOVELAS GRATIS** que sorteo a final de mes (puedes elegir la que quieras cuando ganes).

Si estás interesad@, para participar solo tienes que enviarme un correo electrónico a [margottechanning@gmail.com](mailto:margottechanning@gmail.com), con tu nombre, y el código secreto: **“CERVANTES”**.

Te responderé confirmando tu inscripción en el sorteo.

Muchas gracias por tu atención, y ¡buena suerte!

Margotte Channing

## EPÍLOGO

Se había convertido en una costumbre que, a los pocos días de que terminara un caso, se reunieran para cenar y sacarle los detalles que se le habían quedado en el tintero, o que hubiera descubierto después. Pero no le molestaba, se había acostumbrado. En esta ocasión, cenaban juntos Roberto, Natalia, Dominó y Genio, además de Isabel y él mismo, por supuesto.

—Cuenta, cuenta, por favor, ¡qué pena no haber estado en el momento en el que descifraste las cartas!, ¡qué cosa más tétrica! — Natalia todavía estaba cabreada porque no había vuelto a tiempo de Londres, para estar presente en la resolución del caso — entonces, ¿ese chico, el pinche de cocina es el heredero de Cervantes? ¡me estás vacilando! — todos rieron, y él sonrió, mientras le servía un trozo de carne a Genio.

—Efectivamente, aunque quedan algunas comprobaciones por hacer, por cierto, que el gobierno británico ya ha hecho una oferta por el manuscrito — el general le había confirmado que los británicos conocían las intenciones de Peter.

—¡Ehhh!, espera, que al final no nos contaste donde estaban el manuscrito y la carta de Shakespeare — el Genio le guiñó un ojo bromeando porque él ya conocía lo ocurrido

—Bueno, esa mañana fui con Adelaida y su marido a la Casita del Príncipe y tocaron en el clavecín del Infante, el Concierto nº 4 según la partitura original consiguiendo que se abriera el compartimento secreto. Dentro solo estaba el manuscrito, a pesar de que por la carta del Infante yo pensaba que los dos documentos estarían en el interior del clavecín. Pero la carta de Shakespeare la había escondido Alejandro en la biblioteca, donde la encontramos Isabel y yo. En cualquier caso, esta mañana cambié el

manuscrito por unos papeles viejos que no tenían ningún valor y volvimos a cerrar el clavecín preparando la trampa para el profesor — Natalia frunció el ceño

—Entonces ¿dónde está el manuscrito?

—En un lugar seguro, esperando.

—¿Esperando a qué?

—A que alguien que pueda, tome la decisión correcta — en la mesa se hizo un silencio respetuoso hasta que Roberto preguntó a su amigo

—¿Quieres que se lo entreguen a Lorenzo?

—No necesariamente. Pero si le corresponde por derecho, creo que lo justo es que por lo menos aseguren su futuro y el de su madre. Que pueda estudiar si quiere, o que haga lo que quiera — todos murmuraron que estaban de acuerdo, hasta que Dominó le preguntó

—Lo que no tengo claro todavía es cómo el profesor consiguió que Lorenzo fuera al Monasterio.

—Años después de asesinar a su padre, conoció “por casualidad” a su madre, que trabajaba limpiando casas por problemas económicos y le ofreció trabajo. Más tarde, cuando ella le dijo que Lorenzo necesitaba trabajar, convenció al prior a través del bibliotecario para que lo contrataran en el Monasterio, así lo tendría vigilado. El prior y el bibliotecario se prepararon juntos para ser sacerdotes, por lo que el padre Benito tenía plena confianza en el padre Beltrán, lo que fue un gran error, por supuesto.

—Es un ser maquiavélico — Isabel lo miraba pensativa — al registrar su casa, entre otras cosas, han encontrado el portátil de Alejandro.

—¿Se lo había llevado él? — Roberto parecía extrañado, pero Germán no estaba de acuerdo

—Todavía no lo sabemos, pero creo que se lo debió de entregar Guzmán, es la típica cosa de la que se encargaría. También nos han

informado que hace algunos años, el profesor interpuso una demanda para que lo consideraran el heredero más directo de Cervantes, pero la rechazaron — bebió un sorbo de vino blanco y continuó — lo tenía todo planeado, hasta el artefacto explosivo que hizo explotar desde el coro, lo hizo con un mando a distancia.

—¿Se ha recuperado Fernández? — era el agente que se había desmayado a causa de la explosión,

—Sí, aparte de alguna herida superficial, está bien. Ya está trabajando — entonces, Genio se levantó y carraspeó mientras Dominó se ponía extraordinariamente roja.

—Perdonad que os interrumpa amigos, pero no puedo más — miró a Dominó que disimulaba bebiendo agua — hay algo que queremos deciros — Germán sonrió — ¡Dominó está embarazada! — después de unos segundos de sorpresa, todos se levantaron gritando para abrazarlos y felicitarlos, encantados. Genio estaba orgulloso como un padre de los de antes y Dominó avergonzada e incrédula, le dijo a Isabel,

—Es que no sé cómo ha ocurrido, ¡en serio! — el inocente comentario consiguió hacerlos reír a todos de nuevo.

Isabel observaba la escena con una tierna sonrisa y Germán la abrazó por detrás apoyando la barbilla en su hombro. Nunca había sido más feliz.

FIN

PS- A continuación, me siento obligada a confesaros algunas verdades.

Os transcribo, tal y como fue escrita por Cervantes, una escena perteneciente al capítulo 8 del “Viaje del Parnaso”,

“Llamóme padre y yo llaméle hijo,  
quedó con esto la verdad en punto  
que aquí puede llamarse punto fijo.  
dijóme Promontorio: yo barrunto, padre  
que algún caso a vuestras canas las trae tan lejos  
ya semidifunto.”

El rumor de que existía otro hijo natural de Cervantes, además de Isabel Saavedra, ha llegado hasta nuestros días. Se decía que se llamaba Promontorio, que nació en Nápoles en 1575, y que se ganó la vida como soldado como también lo hizo durante parte de su vida nuestro gran escritor. Su madre, llamada por Cervantes en algún escrito Silena, era una señora de Nápoles, según su misma expresión. A pesar de que he buscado dicho nombre, no he encontrado que perteneciera a nadie real, aunque, cuando iba a darme por vencida, encontré una acepción en latín que dice así, “Silena: expresión de cariño que usaban los amantes antiguamente”, lo que podría indicar que guardó hasta el final cierto afecto por ella. Al menos eso me gusta pensar.

Por supuesto, me gustaría poder aseguraros que Cervantes y Shakespeare se conocieron, y aunque hubo oportunidad para ello, porque Cervantes vivía en

Valladolid cuando una delegación inglesa vino a ratificar la firma de la paz anglo-española, no hay ninguna prueba de que los dos genios se vieran, aunque en esa delegación viajaron los miembros del Teatro Globe, el de Shakespeare.

Por otro lado, es cierto que “La historia de Cardenio” existe y que el personaje está copiado de “El Quijote”, como también es verdad que el manuscrito original nunca ha aparecido y cuando leí que se cree que desapareció en un incendio, no pude resistirme a cambiar “un poco” la historia.

Y, por último, pero no menos importante, me gustaría dedicar unas últimas líneas con todo mi cariño al Infante Gabriel de Borbón. Un hombre notable, inteligente y culto, que murió joven y que hizo lo que pudo en su época para llegar a ser un hombre bueno. Cuando conocí su trágica, pero maravillosa vida pensé que sería un perfecto compañero para Germán, aunque sus existencias estuvieran separadas por varios siglos. Ambos personajes me resultan similares en cierto modo, porque tienen el mismo sentido de *lo que es justo*.

Gracias por leerme y un fuerte abrazo,

Margotte

Recuerda que para participar en el sorteo de este mes y poder ganar una de mis **NOVELAS GRATIS**, solo tienes que mandarme un correo electrónico con el código secreto “**CERVANTES**” y tu nombre a [margottechanning@gmail.com](mailto:margottechanning@gmail.com)

A continuación tienes el primer capítulo del MISTERIO DEL MARIDO DESAPARECIDO, primera novela de esta saga.

## UNO

**N**atalia Bolaños estaba harta de su mala pata, y nunca mejor dicho, en los dos meses que llevaba de inactividad, había organizado todos los papeles que tenía en casa, había visto las películas que tenía pendientes, incluso había empezado a escribir una novela, que había dejado a medias, por supuesto.

—Señorita por favor — levantó la vista de las agujas de hacer punto, y miró a la asistenta que no había tenido más remedio que contratar. Con la pierna derecha escayolada hasta la ingle, había muchas cosas que no podía hacer sin ayuda. Sonrió a Francisca, que era un encanto y le aguantaba el malhumor sin una mala cara,

—Por favor te lo repito, llámame Natalia, si me llamas señorita no me doy por aludida — la otra muchacha asintió, pero ella sabía que a la próxima vez la volvería a llamar así.

—Mire, es que según las instrucciones que dejó el médico, aquí pone que hoy tiene que comer filete con patatas fritas y sopa, tengo el caldo hecho, pero no hay filete, ¿habrá algún problema si come otra cosa de segundo?

—Tranquila, a mí me da igual las instrucciones que dejara el pesado de Roberto — estaba más que harta de que se metiera en su vida — ¿qué te parece si pedimos una pizza para las dos? — Francisca le lanzó una sonrisa como si fuera una niña, cuando sonreía, Natalia era consciente de lo joven que era, solo tenía 22 años.

—¡Ah! Veo que te gusta la pizza, ¡bien! — alargó la mano hacia el móvil — voy a pedirla, enseguida la tendremos aquí, ¿de qué te gustan? — la muchacha sonrió valientemente

—Me gustan con todo.

—¡Estupendo, a mí también! — pidió la comida y luego continuó intentando aprender a hacer punto. Cuando llegó la pizza media hora después, ya había decidido que hacer punto, tampoco era lo suyo.

Comieron como dos niñas hambrientas, Natalia tuvo que obligar a Francisca a que se sentara a su lado a comer, y estaban a media pizza cuando sonó la puerta de la calle. Francisca se levantó de un salto, como si el visitante pudiera regañarla por comer con la dueña de la casa. Natalia sonrió hasta que escuchó la voz del visitante y su cuerpo entero se puso rígido pensando en tener que verle otra vez. Respiró hondo, pero daba igual, ya estaba cabreada. Siempre le ocurría.

—Hola Natalia — él no parecía más feliz de verla que ella de verle a él, por lo menos, era un alivio saber que a él también le molestaba tenerla delante. Pero si era así ¿por qué venía?

—Hola Roberto, creía que habíamos quedado en que ya no vendrías más. Si tengo algún problema, avisaré a mi médico, que por cierto...no eres tú — Francisca se fue a la cocina con su trozo de pizza, al ver que empezaba la guerra.

Roberto, al contrario de lo que hubiera hecho cualquier hombre decente, se acercó hasta ella y se sentó a su lado, observando la pierna escayolada que mantenía estirada sobre una silla. Posó con cuidado la mano en los dedos de su pie,

—Tienes los dedos helados — ella frunció el ceño cuando él cerró su mano con suavidad sobre ellos para calentarlos, agitó la pierna para que los quitara, aunque le costó realizar el movimiento,

—Quita la mano Roberto, y déjame en paz, no eres bienvenido aquí, ya te lo dije ayer — intentaba no levantar la voz principalmente por Francisca, ya la había asustado bastante el día anterior.

—Creía que ya se te habría pasado el malhumor — movió la cabeza chasqueando la lengua — entonces, abrió su mochila y sacó un termómetro, y lo dirigió hacia su boca, ella la cerró para que no pudiera metérselo, pero él presionó hasta que consiguió que entrara. Ella levantó la mano para sacárselo, pero él se la sujetó,

—Estate quieta Natalia, no seas niña — por el motivo que fuera, el contacto de sus manos en las suyas, consiguió alterarla más — estás algo roja, puede que tengas unas décimas de fiebre, ¿te duele la garganta? — frunció el ceño pensativo — recuerdo que, cuando eras niña, tenías muchas veces anginas, tus padres se empeñaron en que no te las quitaran de pequeña — por fin le quitó el termómetro.

—¡Eres como el dentista, preguntando cosas que no te pueden contestar!, vale, ya me has metido el termómetro. Si te has quedado a gusto, haz el favor de irte, estoy comiendo — él miró con el ceño fruncido el trozo de pizza grasienta que había en su plato.

—No sé cómo no estás como una bola con semejante alimentación, le dije a Francisca cuál tenía que ser tu dieta para recuperarte antes. Y, por cierto, tienes fiebre, por si te interesa — él había apretado la mandíbula, ella sabía que cuando se ponía así, no se podía con él.

—Roberto, no te aguanto, creo que ya te lo he dicho en varias ocasiones, pero te lo repito. El que nuestros padres sean amigos, no quiere decir que tú y yo, tengamos que serlo. Por favor ¿puedes irte? — por un momento le pareció que había ido demasiado lejos, porque le dio la impresión de que él se había puesto algo pálido, pero enseguida se rehízo y resopló agotada al ver que atacaba de nuevo,

—Tienes que tomar paracetamol e ibuprofeno alternándolo para bajar la fiebre, te traeré las pastillas. ¿Dónde tienes el botiquín? — ella señaló el baño sin hablar y dejó el plato en la mesa, ya sin hambre. Estaba segura de

que no la dejaría en paz si no cooperaba, por lo menos tomándose las pastillas.

—¡Esto es una vergüenza! — se sobresaltó al oírle, Roberto salió del baño con dos cajas en la mano, y ella sintió que se ponía más colorada todavía, había olvidado que los tenía allí — ¡tienes todas las medicinas caducadas!, ¡pero si tienes caducados hasta los condones! — miró las dos cajas de colores brillantes, que prometían un alto grado de satisfacción a sus usuarios — ¿Tamaño extra-grande? ¿es una broma? — la miró irónico — ¿y necesitas comprar las cajas de 50 unidades? — ahora él también estaba rojo, por lo menos estaban iguales, pensó.

—Roberto, eso es asunto mío, así que si no te importa déjalos donde los has encontrado, Francisca puede ir a comprarme lo que me has dicho — pero él, como ella imaginaba, no le hacía ni caso.

—¡Francisca! ¡tráigame el cubo de la basura! — le miró con el ceño fruncido, pero, aunque le molestaba profundamente reconocerlo, sabía que tenía razón, tendría que haber hecho limpieza en el botiquín años atrás — muchas gracias — Roberto se lo agradeció a Francisca y cogió el cubo de sus manos llevándoselo al baño, desde allí pudo escucharle tirar todo lo que quiso mientras seguía gruñendo. Al menos, cuando salió, parecía más calmado.

—Tenga Francisca — le devolvió el cubo mucho más lleno — dejo aquí mis cosas, bajo un momento a la farmacia — se fue, ignorando la lengua que le enseñaba Natalia, como hacía cuando era pequeña.

—Señorita,

—Natalia, por favor Francisca...

—Sí, Natalia, esto...solo quería decirle que yo creo que debería tratar algo mejor a este hombre, no va a encontrar otro que le quiera tanto.

Y después de soltar semejante frase inexplicable para ella, se fue a la cocina, dejando a Natalia con la boca abierta.

Desgraciadamente, Roberto volvía veinte minutos después, con una bolsa llena de medicamentos que dejó encima de la mesa. Trajo el botiquín del baño y estuvo llenándolo con lo que había traído.

—No te he pedido nada, ni siquiera sé para qué son esas cosas.

—Tiritas, vendas, gasas, desinfectante para las heridas...todo complicadísimo — sonrió irónicamente —

—¡Qué gracioso eres! — ella también podía ser irónica. Él la miró con el ceño fruncido, y ella le imitó.

—¿Quiere un poco de sopa doctor?, hay mucho caldo y no lo hemos probado, con la pizza... — él desvió la mirada de la cara de Natalia para posarla en la asistenta, y la sonrió afablemente. Natalia al verlo se sintió ultrajada, a ella nunca la sonreía así. Desde que podía recordar, con ella era muy antipático.

—Prefiero un poco de pizza, gracias — lo que le faltaba por escuchar.

—¡No me lo puedo creer!, cuando yo como estas cosas me pones verde, ¿y tú si puedes? — Roberto se había puesto cómodo en la mesa y la miraba atento, mientras mordía un triángulo de pizza con ganas.

—Yo no lo como casi nunca, aunque soy humano y me gusta. Pero no podría vivir de este tipo de comidas como tú. No es sano. Y como tu médico, tengo que decírtelo.

—¡No eres mi médico!, no he aceptado que lo seas — ¡qué cansancio de hombre!

—Mientras no me presentes a otro que acepte serlo, seguiré siéndolo, necesitas uno a tiempo completo.

—¡No quiero que sigas metiendo las narices en mis cosas Roberto! — se cruzó de brazos, ya no sabía qué hacer para que la dejara en paz. No le soportaba, la enfadaba tanto que perdía el buen humor, ¡eran incompatibles!

—Pero ¿qué narices te pasa? — ella se encogió de hombros, aunque

estuvo a punto de decirle que cada día le aguantaba menos. Para su horror sintió que unas lágrimas asomaban en sus ojos, se las limpió con rabia, odiándose por haber permitido que la viera así, como si fuera débil. Pero él no aprovechó la ventaja, contrariamente a lo que pensaba, y se levantó poniéndose en cuclillas junto a ella, susurrándole,

—¿Qué te pasa cariño? — ella negó con la cabeza, pero se dejó envolver por los fuertes brazos de su archienemigo. Sollozó como hacía años que no lo hacía, en su hombro, mientras que él le acariciaba suavemente la espalda, haciendo que se estremeciera.

Estuvieron así unos minutos perdidos en el tiempo, como si fueran dos personas normales, y no dos que habían nacido para pelear. Él la apartó retirándole el pelo negro que le cubría parte de la cara, y la miró a los ojos marrones y húmedos:

—¿Estás mejor? — ella asintió — ¿seguro?

—Sí, lo siento, es que después del accidente no lloré ni nada, creía que lo había aceptado todo muy bien, pero llevo un par de noches con pesadillas.

—Es normal, deberías hablar con alguien.

—Ya, no es nada, no tiene importancia — cogió una servilleta y se limpió las lágrimas sonriendo — perdona, no pensaba echarme en tus brazos hoy precisamente — sonrió, pero su sonrisa murió cuando vio la expresión de él — ¿qué te pasa Roberto? — él no contestó, simplemente la abrazó más fuerte contra él y bajó la cabeza lentamente hasta ella, para darle tiempo a retirarse si quería, pero ella no lo hizo. Entonces, la besó.

Si te ha gustao y quieres seguir leyendo, busca en tu kindle:

EL MISTERIO DEL MARIDO DESAPARECIDO



[www.margottechanning.com](http://www.margottechanning.com)